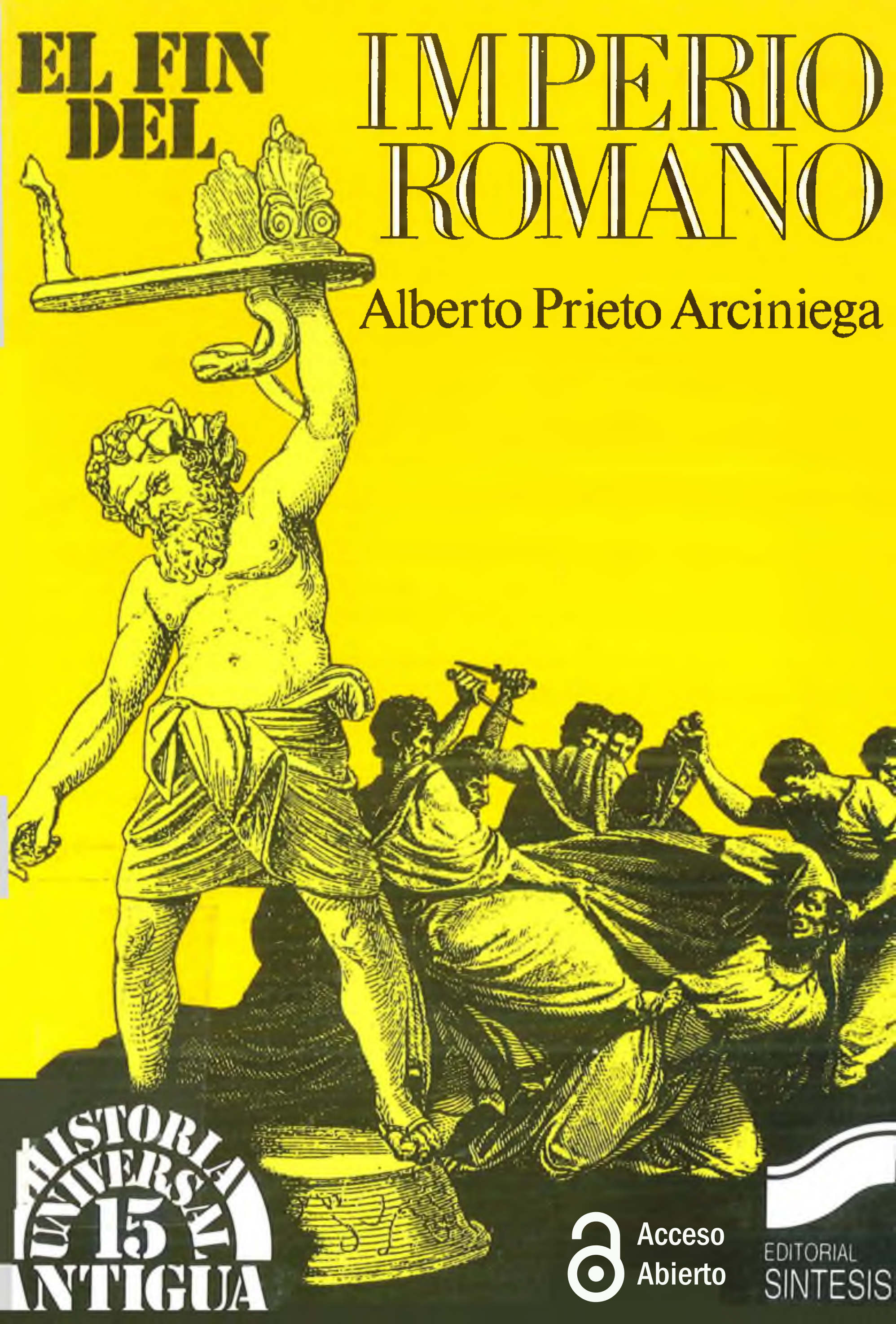
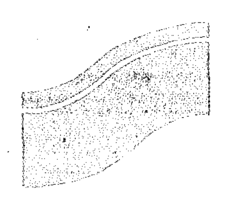


EL FIN DEL
IMPERIO ROMANO
Alberto Prieto Arciniega
HISTORIA UNIVERSAL
15
ANTIGUA
Acceso Abierto
EDITORIAL SINTESIS

EL FIN DEL IMPERIO ROMANO

Alberto Prieto Arciniega

Profesor Titular de Historia Antigua
de la Universidad Autónoma de Barcelona



EDITORIAL
SINTESIS


HISTORIA
UNIVERSAL
ANTIGUA

Diseño de cubierta: Juan José Vázquez

Vallehermoso, 32 - 28015 Madrid.
Teléf. (91) 593 20 98

ISBN: 84-7738-105-4
D. L.: M. 16025 - 1991

Fotocomposición: Textoláser, S. A.
Impresión: Lavel, S. A.
Impreso en España - Printed in Spain

Indice

Preámbulo

Si Alberto Prieto aborda en este libro la caída del Imperio Romano, no es para seguir paso a paso las diversas etapas, sino para destacar su valor emblemático en la cultura occidental. Punto de referencia, como construcción política y como marco de dominación secular, el Imperio de Roma no ha dejado nunca, en efecto, de fascinar a pensadores y políticos, ensayistas e ideológos.

No ha cesado tampoco de alimentar lecturas múltiples o contradictorias de sus estructuras y de su historia. «Imperio sin imperialismo», modelo de crecimiento y de desarrollo donde las crisis se suceden, mundo enfrentado a los enemigos del interior y progresivamente presionados por otros desde el exterior, los bárbaros. La historia de Roma es un lugar donde se plantean todas las contradicciones.

A. Prieto ha abordado en otras partes el funcionamiento de la referencia romana, siempre activa hoy día.

Modelo de libertad y de austeridad, heredero de los héroes de República —retomado en la Revolución francesa de 1789—, o modelo de autoridad y de derecho, propio de los grandes emperadores, retomado por los regímenes autoritarios, el ejemplo de la referencia romana se arraiga desde la antigüedad en su ambigüedad, donde ya el lujo y la corrupción minaban los valores ancestrales.

Desde reflexiones de filósofos, trabajos científicos de historiadores, hasta producciones culturales de masas casi no han cesado, de reproducir estas visiones de la historia donde el cuerpo imperial, encarnado en sus príncipes, afronta la difícil fase del envejecimiento, tras un crecimiento anárquico y una floreciente madurez. Agotamiento o asesinato, caída evitable o inevitable, son las preguntas que se hacen. Pues, las numerosas lecturas



Escultura de la loba capitolina

en términos de declive o de decadencia —actualmente en vías de revisión— han inducido comportamientos y análisis, ayer como hoy. A. Prieto los cuestiona en la tradición historiográfica, principalmente española, y en las imágenes popularizadas en el cine por el *peplum* cuya eficacia no se limita exclusivamente a la difusión de concepciones caricaturizadas del pasado. De hecho estos films plantean las cuestiones esenciales de hoy día sobre el devenir de las sociedades humanas; el conflicto de la segunda guerra mundial, el derrumbamiento de los imperios coloniales, las guerras de liberación y la presión del tercer mundo no pueden ser indiferentes al eco que encuentra el traumatismo de la caída de Roma en el transvertismo del *peplum*.

La presencia de Polibio, las referencias de Gibbon, no se presentan aquí neutras; ellas jalonan las vías de una reflexión milenaria donde A. Prieto nos introduce. El invita también, a través de este modelo, a una reflexión profunda sobre el devenir de las sociedades humanas y sobre la capacidad de los hombres a ser actores de su propia historia, revitalizando el famoso dicho «Roma no está nunca en Roma, ella está siempre donde yo estoy».

MONIQUE CLAVEL-LEVÊQUE

Prólogo

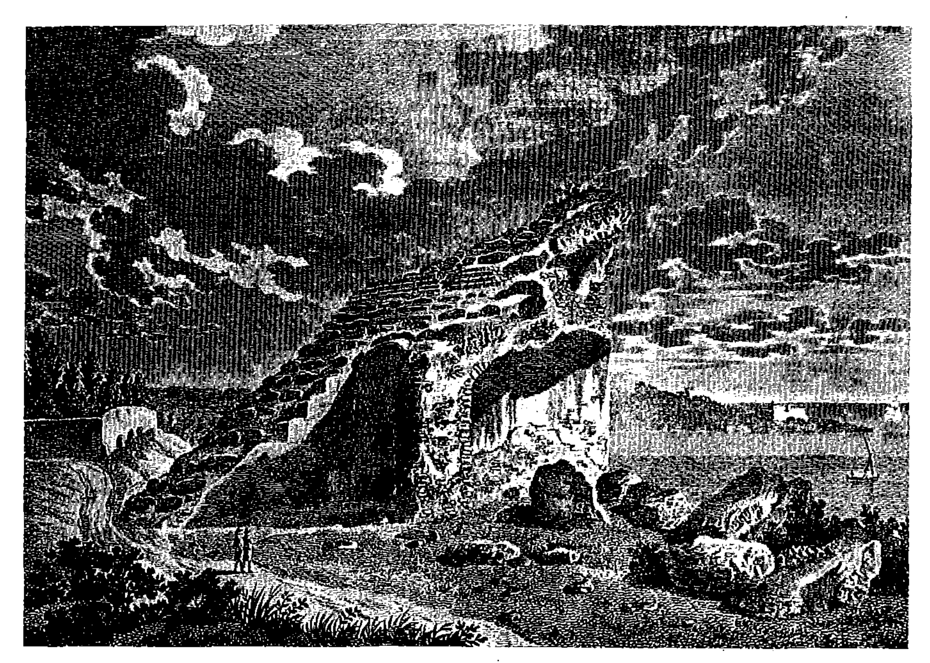
En este volumen he procurado presentar versiones amplias sobre el fin del mundo antiguo, que van desde las expuestas en los medios de comunicación de masas hasta las que han sido y son objeto de controversias entre los historiadores de la antigüedad.

Al aparecer juntos en el mismo libro, el lector podrá observar cómo las fronteras entre uno y otro terreno no son tales e incluso podrá preguntarse por qué unas han circulado o circulan más que otras, y ello ya no es causado directamente por el historiador sino que corresponde a factores ideológicos que provocan que determinadas corrientes históricas se impongan o tengan más difusión que otras.

Estas circunstancias hacen que la historia antigua, en este caso el fin de la antigüedad, como escribió el malogrado M. I. Finley, sea una discusión sobre el pasado desde el presente. Bajo estas premisas he dividido el libro en nueve capítulos cada uno de los cuales tiene entidad por sí mismo, pero al mismo tiempo exponen aspectos parciales de la problemática. Uno de ellos lo he dedicado a la historiografía española, con el ánimo de presentar el debate que más nos puede interesar a nosotros.

En la selección de comentarios de textos he procurado reunir una antología que se abra a las diversas direcciones que respira el libro, nivel de masas *(La caída del Imperio Romano, antiguos y modernos)*, historiografía *(Los orígenes de la Reconquista)*, cambios artísticos y culturales y fuentes antiguas (Polibio, Orosio y San Agustín). Quizás lo más chocante para el lector pueda suponer la colocación de una película como tema de comentario.

No es que yo crea que el «*peplum*» es un fiel reflejo de la historia antigua, pero paralelamente es un género que está en la calle y por ello mismo



Anfiteatro romano de Tarragona, según Laborde

considero necesario acercarlo, tanto para evitar enfoques erróneos como para aprovechar lo que de útil pueda tener, ya que no hay que olvidar que estamos en el reinado de la imagen y las películas de «romanos» son la visión de masas que, nos guste o no, se tiene de la antigüedad.

En las ilustraciones elegidas he procurado escoger ejemplos diversos que puedan servir como instrumentos de trabajo distintos (historia social, económica o del arte).

Dadas las directrices editoriales de no abusar con una bibliografía exhaustiva, he colocado una selección de las obras más importantes, insistiendo en las publicadas en castellano, de las que hemos añadido la editorial. En el caso de otro tipo de trabajos que utilizo a lo largo del libro, las referencias las he puesto a continuación del nombre del autor y en las obras que me parecían más útiles he agregado asimismo los datos editoriales.

A otro nivel quisiera llamar la atención sobre una serie de puntos que pueden ayudar en la lectura.

En primer lugar, soy de la opinión de que las monografías tradicionales albergan el peligro, de que se conciben, por parte de quienes lo consultan, como algo cerrado, de que «todo» lo que se sabe sobre el tema está dentro.

Esta circunstancia entraña el peligro de creer que el manual es tanto el punto de partida como el de llegada, que no hay nada más que decir.

Frente a ello, he intentado escribir el «antimanual», es decir, una obra abierta que incite a participar. Que el lector descubra que «el fin del mundo antiguo», o las teorías sobre ello, no están agotadas, sino que existen muchas incógnitas que tenemos que ir despejando entre todos. Es, en suma, una invitación a que el lector participe y se interese de una forma activa por el tema.

En segundo lugar, he procurado en muchos casos, exponer las circunstancias históricas en las que se construyeron muchas de las teorías que aparecen en este libro.

Soy consciente de que este camino es poco espectacular y puede decepcionar a más de uno, ya que no se le dan recetas acabadas. Pero me parece más fructífero enseñar a cocinar y explicar como lo han hecho otros, que presentar el menú completamente acabado.

A otro nivel, puede dar la impresión de que soy un dinamitero, es decir, que sólo muestro las técnicas para destruir un edificio, y que a la inversa, no presento alternativas.

Un lector atento puede vislumbrar algunas preferencias, posibles caminos, pero eso sí, como algo «parcial», no como un todo herméticamente cerrado.

He de confesar que soy el primero que, en estos momentos, no tengo totalmente claro el tema de la transición del mundo antiguo al medieval. Estas dudas supongo que están latentes en el libro. He tratado de expresar cómo la Historia está siempre «en construcción»; de lo que se trata es de buscar o de hacer las preguntas que más pueda interesar en estas últimas década del siglo XX.

En tercer lugar, es evidente que no están todos los que son, ni son todos los que están.

En mi selección de temas y autores, junto a obras importantes, he presentado otras colaterales y lo he hecho a conciencia, con el empeño de comprometer al lector en su propia investigación sobre el tema, al mismo tiempo que verifique cómo el acceso a ello no es complicado, sino que sigue estando en la calle y que, en última instancia, se trata de construcciones realizadas desde el presente de turno y dirigida al lector de este presente. No hay que olvidar que ahora más que nunca estamos bajo la égida de la publicidad y ella penetra incluso en la Historia, es decir, en la comprensión / incomprensión del pasado.

Con el interés de centrar la atención en «ciertos» enfoques españoles he recogido, en el capítulo VIII, algunos pasajes de una obra que no creo que haya tenido un fuerte impacto, que yo sepa, en la historiografía española. Me refiero a la de R. Latre, *Porqué el español no ha llegado a más*, que puede ser un ejemplo de reflexión sobre el tratamiento del tema de la décadencia de España en los ambientes conservadores de la sociedad española en la etapa previa al advenimiento de la Segunda República.

En cuarto lugar, estoy convencido de que el abuso de muchas citas literales a lo largo del libro no es muy pedagógico, porque de una forma mecánica el lector tiende a saltarlas, pero en esto quisiera llamar la atención sobre el habitual hábito de parafrasear las ideas de otro historiador. Recomendaría que se confrontaran las referencias porque es bastante frecuente, de una forma consciente o no, el no transmitir fidedignamente las ideas de otro.

Un ejemplo bastante elocuente de estas malinterpretaciones lo ha sido mi maestro Marcelo Vigil; a quien repetidamente le han colocado y colocan tesis que nunca sostuvo. Por esta razón he insistido en citas y en los casos que no aparecen, animo al lector a que se habitúe a la sana costumbre de comprobarlas.

Por esta razón me he permitido la licencia de exponer largas referencias extraídas de los trabajos realizados por M. Vigil, en colaboración con A. Barbero como homenaje a su labor de pioneros en esta apasionante y difícil etapa que constituye el fin del mundo antiguo.

Este libro es fruto de discusiones con amigos y colegas, algunas de cuyas sugerencias lo han mejorado. Quisiera agradecer a Jordi Cortadella tanto el seguimiento continuado en la elaboración del presente trabajo, como las constantes observaciones que me ha ido realizando; a Isabel G. Trócoli por su abnegado trabajo, no sólo informático, sino de lectora y crítica implacable; a J. Alvar y D. Plácido tanto por las observaciones que me realizaron tras la lectura del primer borrador, que indudablemente sirvieron para mejorar el libro, como también por encargármelo, ya que en un principio no sabía como podría escribir sobre el tema algo que no fuera una simple repetición de las obras existentes. Finalmente, tengo que expresar mi agradecimiento a Monique Clavel-Lévêque por prolongar este libro, ya que ambos compartimos la opinión de que la Historia es una herramienta que puede ayudar en la gradual cimentación de una sociedad cada vez más justa.

Introducción

El fin del mundo antiguo aparece inevitablemente asociado a la idea de decadencia. Aplicado a la antiguëdad se ha empleado desde diversos ángulos: las costumbres, tecnología, instituciones, arte, cultura en general e incluso se ha hablado de eliminación de los mejores.

En todos estos planteamientos subyacen dos ideas al mismo tiempo complementarias: que la decadencia de la antigüedad dio por resultado la barbarie e intolerancia que supusieron los primeros siglos del medievo, o bien que la decadencia antigua abriría el camino a otros modelos que suplantarían a los antiguos, mejorándolos.

Como se puede ver, en ninguno de los casos se analiza en solitario el fin de la antigüedad sino que, en ambas versiones la decadencia existe como producto de lo que viene después, sea esto negativo o positivo.

P. Chaune; CHAUNE. P. (1983) *Historia y decadencia*, Ed. Juan Granica, Barcelona, ha expresado cómo el término decadencia, aplicado a un estado o a una civilización, data del siglo XVIII y a su vez es inseparable del progreso. Durante cierto tiempo la palabra se aplicó generalmente con relación a Roma apareciendo en 1734 los *Considerations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence* de Montesquieu, que expresaba cómo al cenit de un gran imperio le sobreviene el ocaso (la decadencia).

Frente a la decadencia se relanzaría la idea de progreso, cuyo mejor símbolo lo encontramos en Gibbon. Para el autor de *The Decline and the*



Maqueta de la primera edición de «La transición del esclavismo al feudalismo»

Fall of the Roman Empire la caída del Imperio romano fue el preludio del mundo moderno, en el sentido de que la civilización moderna creada tras la Edad Media había forjado un sistema tan sólido que no podría ser destruido, ya que quienes intentaran tal empeño necesitarían civilizarse y con ello entrarían asimismo en la modernidad.

Momigliano (1978) ha remarcado como el optimismo de la Ilustración que invadía la obra de Gibbon cambiaría a finales del XIX de la mano de los hombres de ciencia quienes, impregnados asimismo de la idea de progreso, criticarían el escaso conocimiento científico de los antiguos.

En 1862, Liebig achacaría la decadencia romana al agotamiento del suelo, y en 1877 Du Bois Reymond sostendría la tesis de que la decadencia de Roma sobrevino por una ignorancia de éstos sobre las ciencias naturales; para evitar estos peligros era necesario establecer una enseñanza secundaria donde se explicara menos latín y más «ciencias» si se quería salvar la civilización.

Incluso en 1886 aparecería un periódico titulado «Le Décadent» y a la sombra del sicoanálisis se desarrollaron teorías que intentaban demostrar que los grandes trastornos históricos habían sido provocados por individuos enfermos mentalmente. Estas ideas serían propagadas por Lombrosso, quien elaboró una teoría siquiátrica-zoológica de la revolución en la que se expresaba un claro rechazo de los movimientos revolucionarios. Sería asimismo en este clima en el que Ferrero publicaría su *Grandezza e Decadenza di Roma*, que suponía la vuelta a estudios más técnicos y realizados por especialistas sobre la etapa final del Imperio Romano.

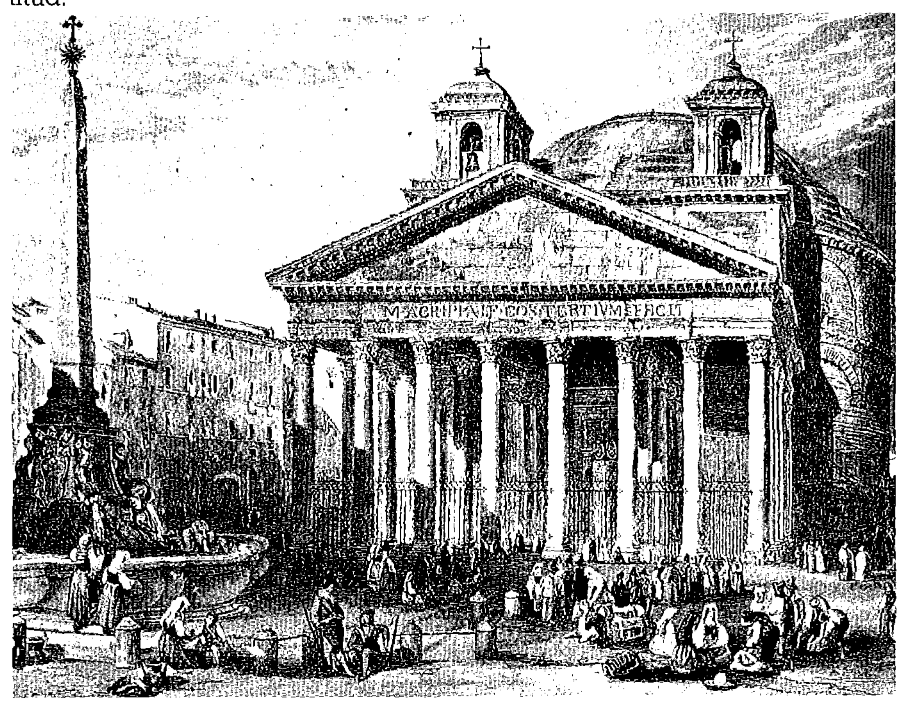
Las ideas vigentes a principios de siglo seguían siendo las de la decadencia antigua, con lo que el período conocido con el nombre de Tardoantigüedad era la fase de este declive. Las cosas comenzarían a variar desde el terreno de la historia del arte.

A comienzos de siglo, dos austríacos, Wickhoff y Riegl, en frase de Bandinelli «liberaron a la historia del arte del concepto biológico de decaden-

cia». Ambos defendieron la especificidad del arte romano concebido no como una degeneración (decadencia) del arte griego sino como otro arte con un gusto propio que correspondía a los artistas de la época. Por ese camino asimismo se podía evitar la crítica realizada sobre las producciones artísticas tanto de la tardoantigüedad como del comienzo del Medievo, bautizado igualmente con el término «arte decadente».

Como podemos, ver la decadencia antigua es algo producido en los laboratorios de los historiadores y con lo que, en realidad, nos encontramos es con la desaparición de un mundo y el comienzo de otro, producido no de una forma brusca sino más o menos lenta, en relación con el modelo de transición existente. En este camino, la antigüedad se iría transformando, creando otras formas (ni mejores ni peores) distintas, que supusieron la aparición de nuevas páginas de la historia. Si pasamos a las causas, sería equívoco el conceder prioridad a unos elementos en favor de otros, sólo si conseguimos verlos enlazados podemos llegar a entenderlos. Si en un concierto cada instrumento, cada músico, cada nota forma parte de un todo, algo semejante ocurre en la Historia.

Por un lado tenemos los acontecimientos y por otro la interpretación que los historiadores hacen de ellos, si conseguimos que ambas cosas funcionen armónicamente obtendremos una obra con un alto grado de exactitud.



El Panteón hacia 1835

En este libro he procurado presentar al lector diversas versiones del fin del mundo antiguo, en muchos casos he tomado ejemplos que aparentemente parecen estar lejos de la problemática, pero mi objetivo era precisamente ése, hacer ver que el fin del mundo antiguo no es un terreno encerrado exclusivamente en el santuario de los historiadores antiguos sino que, como una caja de Pandora, se ha extendido en todas las direcciones, sembrando la idea de que el final de la antigüedad había acarreado numerosos males y calamidades. Si en la versión hesiódica del mito, la Esperanza no se escapó de la caja, esta misma esperanza me anima a desear a los lectores que intenten colocar de nuevo en la caja las visiones catastrofistas sobre el fin del mundo antiguo que desde la misma antigüedad se han ido produciendo. Este es el propósito de este libro, si se ha conseguido, el lector lo juzgará.

1.

La caída del Imperio Romano en los medios de comunicación de masas

El pintor holandés Brueghel expuso en un lienzo titulado «La caída de Icaro» lo que para él podía ser la ciencia de la antigüedad. En la escena, Icaro aparece en pleno descenso ante un mundo impertérrito que sigue en sus actividades cotidianas, a excepción de un pastor que observa con asombro la caída. Lo que aquí encontramos es una crítica a la ciencia antigua y su inutilidad, ya que incluso los legendarios inventos de Dédalo, aparte de satisfacer los amores de Parsifae, no tenían una salida práctica, o, cuando estos «inventos» se producían, eran incompletos como las alas de cera de Icaro, que se derritieron con el sol haciéndolas ineficaces.

Este desprecio por la ciencia antigua se vería incrementado por el peso de la Iglesia, que impondría una visión del mundo basada en la «Biblia» que se podría ejemplificar en el siguiente poema de Bertold Bretch:

«—Obispo, puede volar
—le dijo el sastre al obispo—.
Verás que bien se me da—.
Y se subió con dos trastos
que a alas asemejaban,
decidido, al campanario.
—Todo eso es falsedad
—dijo del sastre el obispo—.

El hombre no nació pájaro.
Jamás logrará volar—
—El pequeño sastre ha muerto
—dijo la gente al obispo—.
Fue una locura. Las alas,
al caer, se le quebraron.
Y se estrelló contra el duro,
duro suelo de la plaza.

—Que repiquen las campanas,
todo era falsedad
—dijo el obispo a su pueblo—.
El hombre no nació pájaro,
jamás logrará volar.

Se ha dicho que en la ciudad ideal de Platón el artesano no tenía cabida. El divorcio entre observación y experimentación producido en el mundo antiguo había creado un desprecio hacia la figura del artesano. La base de este bloqueo estribaba en el convencimiento de que el invento por excelencia consistía en el empleo de la mano de obra esclava, con lo que el desarrollo tecnológico sólo se produciría en los ámbitos en los que la ma-



La caída de Icaro, de Brueghel.

no de obra humana no podía suplir a la máquina. Además, ambas la experimentación y su aplicación tenían otra traba y era que podían poner en entredicho el armazón ideológico construido tanto en la antigüedad como en el medievo y, por tanto era necesario controlar «la verdad», es decir, controlar la ciencia, dando la imagen aparente de que ésta se realizaba sólo en el seno de determinadas castas o grupos. Tal como dice Farrington; FARRINGTON, B. (1965): *Ciencia política en el mundo antiguo*. Ciencia Nueva. Madrid, pág. 201:

> «Era necesario mantener entre las clases una distancia tal que, en cualquier ocasión que surgiese un hombre grande y noble para decir una mentira por necesidades políticas, su *gravitas* fuera capaz de acreditar lo que decía. Para tener seguros los privilegios había que mantener viva una especie de ciencia: pero quien desvelaba esta ciencia ante el pueblo era un traidor a su clase. Era éste el tono y el carácter de la sociedad antigua, y ese tono y ese carácter eran incompatibles con el espíritu 'científico'.»

En este sentido tenemos que entender las visiones mitológicas antiguas como el fracaso de Icaro, el eterno peregrinaje de Dédalo o el castigo divino a Prometeo por enseñar «la ciencia» a los hombres. Como complemento de esta imagen telúrica de la ciencia, la misma configuración del panteón olímpico expresaba el espacio reservado al artesano representado en Vulcano, engañado por su mujer (Venus) y dotado de un aspecto deforme agravado por su cojera. Entendiendo el peso de esta tradición, el cuadro de Velázquez titulado *La fragua de Vulcano* supone una ruptura con toda la tradición anterior que si en *Los borrachos* lo es de un dios (Baco) con no muy buena prensa en la antigüedad y en el medievo, con *La fragua de Vulcano* se desvelan los secretos del templo del artesano, la fragua.

Si uno de los polos de los argumentos internos sobre la decadencia había sido el bloqueo tecnológico, el otro era la corrupción de costumbres. Al igual que el tema anterior, la crítica sobre la «corrupción de costumbres» había comenzado en la misma antigüedad, teniendo su punto de arranque más significativo en la dinastía Julio-Claudia y continuada en los siglos posteriores tanto por los autores cristianos como por la aristocracia senatorial contrarios, por razones diversas, al sistema de poder personal que se estaba gestando.

Si volvemos de nuevo a la pintura, el cuadro de Couture *Los romanos de la decadencia* (1847), desde un esquema plenamente academicista, expresaba el sentimiento de que la decadencia romana se había debido al abuso de los placeres licenciosos que alejaban a las clases dirigentes del buen gobierno.

A nivel de masas, la antigüedad queda expuesta como un museo lleno de ruinas, que hay que contemplarlas con «mentalidad de anticuario», es



Los romanos de la decadencia de Couture.

decir, como una civilización que nos ha legado diversos objetos bellos de admirar pero sin ninguna validez para el presente o como una enseñanza de sus logros y fracasos. La multitud de pinturas en las que el telón de fondo son las ruinas antiguas son muy frecuentes en el Romanticismo, como también la pintura histórica que iba a recrear y adaptar los momentos históricos del pasado que se necesitaban exponer en el presente, como es el caso de *Los romanos de la decadencia*. En algunos casos, las mismas ruinas servirían de campo de meditación sobre la decadencia de los Imperios. El párrafo final de la *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano* de Gibbon concluye así:

> «Entre los mismos escombros del Capitolio, me sobrevino el peregrino arranque de una empresa, que por cerca de veinte años ha estado entreteniendo y aferrando mi vida...»

Lo mismo alentó estas líneas de *Las ruinas de Palmira* del Conde de Volney:

> «El aspecto de una gran ciudad desierta, la memoria de los pasados tiempos, la comparación del estado actual, todo elevó mi mente a las más sublimes reflexiones. Sentado sobre el fuste de una columna, apoyando el codo sobre mi rodilla, sostenida la cabeza con la mano y dirigiendo mis miradas alternativamente al desierto y a las ruinas, me entregué a una profunda meditación».

Este dualismo sobre la decadencia antigua se percibe en numerosos medios de comunicación de masas. En una sugerente obra de Himmelmann; HIMMELMAN, N. (1976): *Utopische Vergangencheim. Archälogie und modern Kultur*, Berlín, se expresa cómo las ruinas antiguas son empleadas asiduamente por la publicidad, no sólo como garantía de un viaje sorprendente y misterioso sino para recalcar el mensaje de que el objeto de turno es «clásico», significando con ello que es sano, sólido y eterno. Bajo estos mensajes las ruinas antiguas sirven de soporte a la publicidad moderna, dando la imagen de eternidad de lo anunciado.

La recuperación de Aristóteles en su globalidad, en lucha con el oscurantismo medieval es el leitmotiv básico de la famosa novela de Umberto Eco, *El nombre de la Rosa*, que en el fondo constituye una crítica a la novela histórica del XIX de inspiración cristiana, que había impulsado la creación de una serie de obras destinadas a demostrar que la decadencia de Roma se había debido a la crueldad de sus emperadores, destacando en ello el tema de persecución y martirio de los cristianos.



Vista de Atenas hacia 1839.

1.1. La decadencia en la novela histórica

Un precedente de esta temática sería la obra de Chateaubriand, *Los mártires* (1809), que en forma de epopeya en prosa arremete contra las persecuciones de cristianos por Diocleciano, concluyendo con el martirio de los protagonistas y la implantación del cristianismo por Constantino. En general se puede decir que Chateaubriand trataba de defender el papel de los cristianos frente a la polémica usual en su época que achacaba al cristianismo el fin del mundo antiguo y la llegada de la tenebrosa Edad Media.

Ya no en el mismo género, Chateaubriand había defendido la importancia del cristianismo en otra obra más conocida, *El genio del cristianismo* (1802).

Este clima que presentaba el fin del mundo antiguo como un conflicto entre paganismo y cristianismo se iba a prestar a las elaboraciones de novelas de inspiración cristiana en las que se exaltaba el papel de éstos, en oposición a la crueldad de los paganos. Siguiendo un orden cronológico, la más conocidas serían las siguientes:

— *Los últimos días de Pompeya* (1834), de Lord Lytton.
— *Fabiola* (1854), de Cardenal Wiseman.
— *Ben-Hur* (1880), de Lewis Wallace.
— *Quo Vadis* (1896), de Henryk Sienkiewicz.

Para Highet, esta proliferación de novelas de esta índole se debía a un intento del cristianismo de defenderse de los ataques de la crítica racionalista; HIGHET G. (1954) *La tradición clásica* Fondo de Cultura Económica, vol. II, Méjico, pág. 257:

> «Una razón que explica mejor la influencia de las novelas cristianas es el hecho de que contrarrestaban la crítica racionalista de la tradición bíblica que comenzó con la Vida de Jesús de David Strauss y que a lo largo del siglo XI fue creciendo hasta ser una enorme y movediza estructura de hipótesis... Contra la corriente racionalista, estas novelas mostraban el establecimiento del cristianismo como la intervención deliberada de Dios para salvar a un mundo espiritualmente agonizante. Después de las congojas revolucionarias que dieron nacimiento al siglo XIX, esta interpretación era muy bien venida para muchos. Finalmente, como hemos visto en rasgos generales, algunos de los más eminentes poetas, filósofos y novelistas de la época estaban defendiendo la ética y los ideales del paganismo y atacando, directa o implícitamente, la del cristianismo del siglo XIX. Como contraataque, estos novelistas escribían ahora historias procristianas que resucitaban el argumento I de la Querella de Antiguos y Modernos en una forma nueva, con más sólido fundamento en los hechos. Su contrapropaganda tuvo un efecto que sigue muy activo en nuestros días. Era otra más de las muchas pugnas —que son tam-

bién confluencias— entre el espíritu de la cristiandad y el espíritu (a través del cual llegó a nosotros) de Grecia y Roma».

Algo diferente sería la novela de Charles Kingsley, *Hipatia*, filósofa pagana, (1853), en la que se exaltaba la filosofía pagana ya que Hipatia es matada por la intolerancia religiosa de la plebe cristiana, novela, que yo sepa, no traducida al castellano y que en Inglaterra ha conocido numerosas ediciones.

En una línea distinta Walter Pater escribía *Mario el epicúreo*, en la que expresaba las líneas maestras de lo que fue el debate antiguo: no un conflicto entre paganismo y cristianismo sino el gradual acercamiento entre ambas posturas. El peso de la historiografía cristiana haría que el dualismo cristianismo-paganismo tomara más énfasis, ya que así se frenaba los posibles resquicios que podía suponer el volver a poner en vigor las discusiones filosóficas que se dieron a fines de la antigüedad, con lo que la postura de la Iglesia era eminentemente a la defensiva.

En muchas de estas obras, el estereotipo de la crueldad es el emperador Nerón, que no en vano los historiadores cristianos lo consideraron el Anticristo. Nerón aparece pues como el símbolo de una forma de gobernar autoritaria y arbitraria, siendo el ejemplo de cómo por este camino el Imperio caminaba inexorablemente hacia su ocaso.

No hay que olvidar que el siglo XIX fue un período de graves tensiones sociales que habían precipitado la caída de algunas monarquías y en otros casos, la monarquía absoluta constituyó el centro de numerosos conflictos, con lo que el recuerdo del final del Imperio Romano, era un recurso más que introducir en la discusión; sin ir más lejos, en su oposición a la forma de gobernar de Napoleón, Chateaubriand lo llamó «un nuevo Nerón», y las esculturas de Bonaparte realizadas por Canova, lo presentan como un emperador romano.

En el campo del teatro, cabe destacar la tragedia de Angel Guimerà, *Gala Placidia* (1879), quien sitúa la acción en Barcelona en el 416. En ella se plantea la idea de la ruina del Imperio y la continuidad en el reino visigodo tal como expresa Ataulfo:

«Recuérdalo, Placidia. Sólo ruinas
eran los pueblos de la triste Italia,
y frente a mi grandeza, los romanos
en el polvo sus rostros sepultaban...

....

Bajo mis pies moría el gran Imperio
y reanimóse cuando alcé la planta...
¡Y no bastó! Lleve a un rincón de Iberia
mi gente. ¡Y no bastó! Yo mendigaba
del trono al pie, para evitar tus lágrimas!...

¿Quién vio rogar al vencedor, de hinojos,
a un vencido que el ruego desdeñara?
....
¿Por qué envidiar eternamente a Roma?
Que crezcan los dos pueblos; son dos plantas
Roma y la Gothia; han de enlazar un día
las raíces en tierra; allí las ramas.
(Señalando al cielo)

Además, la síntesis sería simbolizada en los dos personajes, pero el intento fracasa al conspirar Gala Placidia en la muerte de Ataulfo, concluyendo la obra con la muerte de Gala Placidia por los visigodos mientras exclamaba:

«¡Mi corazón es Roma!
¡Heridme todos!».

En tono humorístico discurre *Rómulo el Grande* (1943) de F. Dürrenmatt. El protagonista es el último emperador romano Rómulo Augústulo. En lugar de un niño de catorce años, aquí el emperador tiene más de 50. La obra transcurre en los momentos anteriores a la llegada al palacio imperial de Odoacro, que, en suma, suponía el derrocamiento del emperador. El prólogo que Carme Serrallonga escribió en la traducción catalana de la obra presenta un final elocuente; SERRALONGA Carme (1983): «Prólogo» a *Ròmul el Gran* de F. Dürrenmatt, Barcelona. Pág. 7:

> «La obra concluye con el encuentro de Rómulo y Odoacro. Ambos descubren muchas afinidades: les gusta la vida sencilla, la cría de gallinas, desconfían de los grandes discursos ampulosos que incitan al heroísmo... Si los dos se han podido entender hablando de gallinas, ¿por qué no se han de entender hablando de sus pueblos? Pero ay, siempre surgirá algún Teodorico ambicioso y cargado de buena fe que animará a su pueblo y querrá hacer una nueva Roma que domine el mundo».

Volviendo a las novelas históricas y la decadencia, las producciones más recientes, *Yo, Claudio* de Robert Graves y *Anno Domini* de Anthony Burgess, inciden en la misma situación de crítica a los emperadores Julio-Claudios con un énfasis en Calígula y Nerón, acentuándose en la segunda el papel del judaísmo y cristianismo frente al poder central.

A la inversa, la novela de M. Youcenar *Memorias de Adriano* ha intentado expresar la riqueza de la cultura pagana a través de una sugerente seudo memoria de este emperador. En la misma línea habría que destacar *Juliano el apóstata* de Gore Vidal.

Un curiosa obra de teatro es la de I. Aguirre, *Retablo de Yumbel* (1987) en la que traza una parábola entre las persecuciones de cristianos por Diocleciano y Chile tras el golpe militar de 1973, que abría un camino diferente a la sombra de la llamada teología de la liberación.

1.2. La decadencia en los comics

Una idea latente en la mayoría de los comics es que el tiempo está detenido, los personajes no envejecen y, por tanto, no hay cambios, no existe la evolución. El cómic más famoso es, evidentemente, *Astérix*, aunque de él no se desprende ninguna crítica a la decadencia, ya que a sus autores les interesa resaltar sus propias raíces frente al invasor, es decir, la resistencia gala frente a Roma y, por tanto, el antagonismo era necesario dejarlo anclado en un momento clave como fue la Guerra de las Galias, donde aún existía una milenaria resistencia a la ocupación romana.

Cada país necesita gestar una Edad Oro que sirva de momento culminante, y para España ese momento sería el Siglo de Oro, que pondría colofón a un período de Reconquista tras el cual se produciría la «unidad española». Ya veremos en el capítulo noveno la trama ideológica de estos planteamientos, lo que en realidad nos interesa resaltar aquí es que el momento más álgido será el de la Reconquista y por ello no es ninguna casualidad que *El Guerrero del Antifaz* fuera el cómic por antonomasia o que su réplica *El Capitán Trueno* actuara asimismo en este período histórico.

Un caso aparte lo puede suponer *El Príncipe Valiente* de H. Foster en el que el protagonista se mueve en el período central del siglo V, llegándose incluso a situar algunos de los episodios en Italia y la misma Roma. El cuadro presentado es un compendio de los principales juicios sobre la «descomposición» del imperio romano: ciudades convertidas en ruinas por los bárbaros, corrupción de la nobleza, riqueza de unos pocos y pobreza de la mayoría, eliminación de los mejores por intrigas palaciegas y frente a ello la ética cristiana que suponía el nuevo modelo dentro del desorden existente.

Una serie, *Mazinger Z*, expuesta en Televisión hace años, puede servirnos de ejemplo del papel de la Antigüedad en la sociedad actual. (PRIETO, A.: (1981) Historia de masas sin masas, Akal 1981, 89 ss).

> «La base del cómic es la lucha entre un robot dirigido por un niño y fabricado con los últimos avances de la tecnología americana y japonesa y los robots fabricados por el doctor Infierno, cuyas formas se asemejan bastante a los guerreros propios del medievo.
>
> El campamento del doctor Infierno se coloca en una isla del Egeo, allí es donde éste emplearía sus primeros robots con aspecto de esculturas griegas y allí está colocada su sede permanente, en pleno corazón de la cultura clásica. Así aunque la tecnología usada por el doctor Infierno tanto su nombre, como su campamento y sus robots exhalan una añoranza del pasado, circunstancia que el otro bando sólo se da en el caso de un robot con las formas femeninas muy marcadas y que recibe el nombre de Afrodita, así el único recuerdo de la antigüedad en el bando de Mazinger es del canon de la belleza femenina.»

¿Qué relación puede tener todo esto con el fin del mundo antiguo?

«Si realizamos un repaso histórico por las visicitudes por las que ha pasado la burguesía para crear su ideología lo comprenderemos y veremos como Mazinger Z es un buen ejemplo de esta ideología triunfante, sin remiendos; ya no necesita apoyarse en otros períodos y en otras ideologías, sino que el capitalismo ha encontrado un marco adecuado en el que evidenciar su superioridad.»

Como veremos en los capítulos siguientes la burguesía había utilizado la antigüedad, o mejor la cultura clásica había sido el instrumento ideológico utilizado por la burguesía para enfrentarse al modelo feudal, mientras iba gestando su propio modelo, que se centraría finalmente en la idea de progreso, cuyo ejemplo más visible lo puede suponer el culto a la tecnología, tal como hemos visto en este cómic.

«Si volvemos a nuestro cómic, nos encontramos que lo clásico es abolido de una forma tajante porque ha dejado de ser un soporte necesario para el mantenimiento de la ideología burguesa: *Mazinger Z* barre todas las supervivencias precapitalistas tanto feudales como esclavistas y entroniza de una forma majestuosa, que se puede expresar en la aparición del robot en la piscina, la soberanía del modo de producción capitalista.

La técnica, la fe en el progreso materializado en la técnica, es el dogma que interesa resaltar...»

Creemos que este ejemplo nos puede servir para ilustrar una lectura actual muy frecuente del mundo antiguo concebido simplemente como ruinas que no deben removerse demasiado porque pueden surgir peligros como la diabólica «arca de la alianza» de la famosa película *En busca del arca perdida»*.

Si pasamos al cine nos encontramos con una repetición de la misma temática que estamos viendo.

1.3. La decadencia en el cine

Una canción de Joaquín Sabina se titula *Una de romanos* y en ella el cantante recuerda cómo en los cines de la Ubeda de su adolescencia «siempre daban una de romanos». Las películas de este género se denominan *peplum*, y aunque es con este término como nos referimos normalmente a cualquier película de la antigüedad, iba a ser el mundo romano el centro de esta filmografía. Para Cano; CANO, P. L. (1986): *Espectacle, amor i martiris al cinema de romas*. Facultat de Filosofia i Lletres, Tarragona. Pág. 2:

«El peplum pretende ser una imagen de la Antigüedad Clásica, una imagen esquemática creada por el propio cinematógrafo a lo largo de varios

lustros. No importa que el arco triunfal sea neoclásico o una túnica fenicia: el conjunto da siempre Roma para el espectador. No renunciaremos, por tanto, al popular apelativo de «película de romanos» si bien el nombre más correcto sería el de *peplum*, que venimos repitiendo. La palabra en cuestión, *peplum*, está usada en el más amplio sentido que abarca el saber popular, es decir, una túnica larga de pliegues irregulares que crea la imagen tópica de un antiguo griego o romano. En realidad es la antigua vestidura de las mujeres griegas y, concretamente, la de Palas Atenea, que paseaba por la ciudad durante las Panatenaicas; también entre griegos y romanos, la túnica ceremonial y, en general, cualquier ropa exterior de corte amplio. No sabemos desde cuando, pero los críticos usan esta denominación con frecuencia en forma satírica y, como sucede tantas veces, el nombre pretendidamente hiriente se convierte en designación unívoca. En este fue la revista *Cahiers du Cinema* la que consagró la palabra mencionada, aunque había sido ya empleada por algunos historiadores anteriormente».

Al igual que ocurre con la novela histórica, el cine es un juicio del presente sobre el pasado, con la diferencia de que tanto los protagonistas como los episodios quedan más gravados en las masas siendo, en suma, la versión del pasado a nivel popular.

Se ha dicho que *La caída del Imperio Romano* de A. Mann supuso también el declive de las grandes superproducciones dedicadas a la antigüedad. Tras ello, el cine de peplum ha pasado a un segundo lugar y sólo ha destacado en películas donde el sexo ha sido protagonista fundamental, como sería el caso de Calígula de Tinto Brass, producida por la conocida revista pornográfica Penthouse.

Aparte de la mayor o menor verosimilitud de los acontecimientos o personajes, el juicio cinematográfico sobre el fin de la antigüedad encaja en grandes enfoques que iremos viendo en las páginas siguientes y que tienen por epicentro las crisis internas o los bárbaros.

Las causas de las crisis internas suele ser la corrupción de costumbres, planteándose en general dentro de la antinomia vicio/virtud, tema que ya estaba presente en la literatura antigua. Así, la persecución de los cristianos se debía a la crueldad de los emperadores romanos, y la amoralidad de los segundos, el retrato de algunas mujeres —Popea, Mesalina o Teodora—, se contrapone a la ética cristiana, la castidad de sus mujeres y la sencillez de todos ellos. La luminosidad del palacio imperial o de los diferentes espectáculos se contrasta con la oscuridad de las catacumbas, que conecta con la de las prisiones, sedes alternativas de refugio de los cristianos. En los escenarios finales, la situación cambia y las luces toman diferentes tonalidades debido al incendio de la ciudad o catástrofes —la erupción del Vesubio—, mientras en el mundo de los cristianos surge una fuerte luz interior que finalmente se proyecta por toda la pantalla expresando el triunfo del cristianismo.

Con respecto al tema bárbaro, la mayoría de las películas cargan las tintas sobre el sentido de pueblos atrasados y brutales. Los títulos hablan por sí solos:

— *El terror de los bárbaros* (1959),
— *La furia de los bárbaros* (1960),
— *La venganza de los bárbaros* (1960),
— *Brenno, el enemigo de Roma* (1963),
— *El exterminador de los bárbaros* (1964),

En algunos casos, la actitud de los bárbaros contra Roma viene causada por la actitud de los mismos romanos, de lo cual vemos un ejemplo en el grito de un bárbaro pidiendo venganza mientras es quemado en el foro romano, en la película *La caída del Imperio Romano*.

A su vez, la tesis del escritor cristiano Comodiano sobre los bárbaros como el instrumento divino para castigar a los hombres por sus pecados, aparece reflejada en numerosas películas, siendo Atila el ejemplo por antonomasia. Los títulos de las películas de Atila lo pueden expresar:

— *El signo del pagano* (1954),
— *Atila, azote de Dios* (1955), (llamada *Atila, hombre o demonio* en la versión española).

En suma, las explicaciones de masas del fin del mundo antiguo, no se alejan demasiado de las clásicas versiones históricas, lo que representa un obstáculo si queremos alejar los tópicos que pesan sobre este pasaje de la historia de la humanidad.

2.

Imperio sin imperialismo

2.1. El sistema imperial-esclavista

En 1983 se traducía al catalán un artículo de Clavel-Lévêque, «Pluralitat de vies i universalisme en el model imperial romà» L'Avene, 58 en el que se exponía cuáles eran las líneas maestras del sistema esclavista romano y, por ende, sus limitaciones y sus contradicciones. Para la historiadora francesa el éxito del sistema romano y, con ello, su estabilidad, estaba centrado en la desigualdad.

Para su mantenimiento era necesaria reproducir las diferencias provinciales existentes e incluso ampliarlas. Con estos planteamientos, tomados de los estudios sobre el desarrollo desigual de unos países con respecto a otros, se abría una nueva óptica para comprender el funcionamiento de lo que se ha llamado sociedad «imperial-esclavista».

Hasta entonces, la disparidad de crecimiento de unas provincias con respecto a otras e incluso de éstas con relación a la Italia Central y, en el mismo sentido, la mayor o menor presencia de una mano de obra esclava eran elementos que ponían en entredicho el empleo del término «sociedad esclavista». El desarrollo de la investigación arqueológica comenzó a evidenciar que una serie de trabajos, tanto en la ciudad como en el campo, no necesitaban de una mano de obra especializada o solamente especializada en una o varias funciones, para las que no se requerían grandes conocimientos técnicos, con lo cual el salario no era muy elevado e incluso podía desempeñarlo una mano de obra servil.

Para que la labor de los esclavos fuera rentable se requería que fuera intensiva, con lo que, según la época del año, los esclavos irían pasando de un oficio a otro, tanto en la ciudad como en el campo. Hay que tener en cuenta que las actividades que se les asignaban no requerían una gran especialización, con lo que el coste de la mano de obra esclava no era muy alto, siempre que existiera una fuerte oferta de esclavos, es decir, que el expansionismo romano prosiguiera y los habitantes de la periferia siguieran siendo transformados en esclavos.

Asimismo, para que los productos encontraran una fácil salida en el mercado, se requería que no existieran sistemas productivos semejantes en las provincias, es decir, que se creará un desarrollo desigual que beneficiaría a Italia frente a las provincias. A nivel comparativo se ha dicho que las cerámicas campanienses o aretinas serían el equivalente del «Duralex» en nuestra época o que la construcción en *opus reticulatum* jugaría el papel del cemento actual.

Lo mismo que ocurría en la ciudad, sucedía en el campo, donde el sistema de la *villa* esclavista dedicada a un cultivo intensivo sería el modelo básico de la agricultura de la Italia Central.

A medida que avanzaba el Imperio, las cosas comenzarían a variar, no sólo en Italia sino también en algunas provincias como la Galia Narbonense, Bética o el Levante hispano donde el número de talleres artesanales y el de *villas* esclavistas se irían incrementando compitiendo con la misma Italia.

En el plano jurídico, la Lex Flavia de Vespasiano sería una expresión de esta realidad, es decir, la incorporación de las oligarquías provinciales al aparato del Estado. Esta situación es la que puede explicar la lectura de algunos textos como uno de Cicerón en donde expresaba cómo los romanos habían prohibido a los pueblos transalpinos el cultivar la vid en beneficio de sus propias cosechas, o el edicto de Domiciano, que mandó arrancar la mitad de las viñas existentes en las provincias. Ambas noticias se han prestado a numerosas interpretaciones, pero lo que nos interesa resaltar aquí es el hecho de que los romanos eran conscientes de que el valor de una mercancía, como es el caso del vino, no era algo fijo e inmutable sino que variaba en función tanto del mayor o menor stock existente en el mercado como del valor que le asignaban los compradores.

A otro nivel, de forma simbólica, en ambos casos se planteaba la necesidad de evitar la competencia provincial, es decir, que el cultivo de la vid se desarrollará fuera de Italia, ya que entonces su rentabilidad sería menor, con lo que había que mantener el desarrollo desigual, circunstancia que en época de Domiciano eran inviables debido a que el mismo emperador había seguido la línea de su padre —Vespasiano— de otorgar el *statu* de municipio a diversas ciudades de las provincias occidentales.

2.2. El proceso hacia la homologación

El historiador italiano Mazzarino exponía un caso bastante ilustrativo del proceso que acaeció a la producción itálica con relación a las provincias (MAZZARINO; 1962, 224 y ss.). Para ello recurría a un ejemplo tomado de la historia contemporánea italiana:

> «En un libro reciente de un financiero contemporáneo se contienen interesantes menciones de un exportador burgués: 'En mi juventud exportaba a Argentina cerveza embotellada; después, los argentinos comenzaron a crear fábricas de cerveza y entonces exportaba maquinaria y aparatos para la fabricación de la cerveza; cuando estas máquinas se instalaron allí igualmente me limitaba a suministrar cascos vacíos de cerveza; ahora exporto únicamente la etiqueta para la botella'».

Si nos colocamos en el túnel del tiempo y viajamos a la Roma Imperial es fácil comprender lo que ocurrió. Durante la última fase de la República se observa cómo fuera de Italia los romanos irían creando nuevos sistemas de explotación de la tierra según sus propios esquemas, lo cual supondría un cambio tanto en las formas de producción como en los mismos productos, acercándose así al sistema de la Italia Central, con el desarrollo de la *villa* esclavista. El mismo fenómeno se observa en los talleres artesanales en los que se elaboraban cerámicas o contenedores que imitaban o reproducían las formas romanas. Por último, se desarrollaría el sistema urbanístico y cultural romano con el cambio jurídico de muchas ciudades o la concesión de la ciudadanía a los indígenas.

Este proceso no sería homogéneo sino que se daría primordialmente en las provincias occidentales, sobre todo en las litorales, como fueron los casos de la Bética y la Narbonense.

En el caso de la Península Ibérica, un hito importante sería la concesión del *ius latii* por Vespasiano. Esta situación se puede ver si analizamos el siguiente gráfico de L. Panella.

En el gráfico se señala un modelo hipotético de la producción de diversos artículos en Italia y algunas provincias desde fines de la República hasta la época Antonina. El barómetro empleado es el de los contenedores, es decir, las ánforas encontradas en Italia y las provincias. Como se puede observar, Italia, que presenta un espectacular despegue en la época republicana, comienza a descender hasta ocupar un menguado papel durante las últimas fases de la dinastía antonina. A la inversa, las provincias de Hispania, las Galias y Africa se reparten lo que anteriormente había sido patrimonio exclusivo de Italia.

A través de estas líneas se puede observar cómo la homologación se estaba produciendo tanto en el terreno de la producción como en el plano jurídico. El paso siguiente consistiría en una mayor participación de los pro-

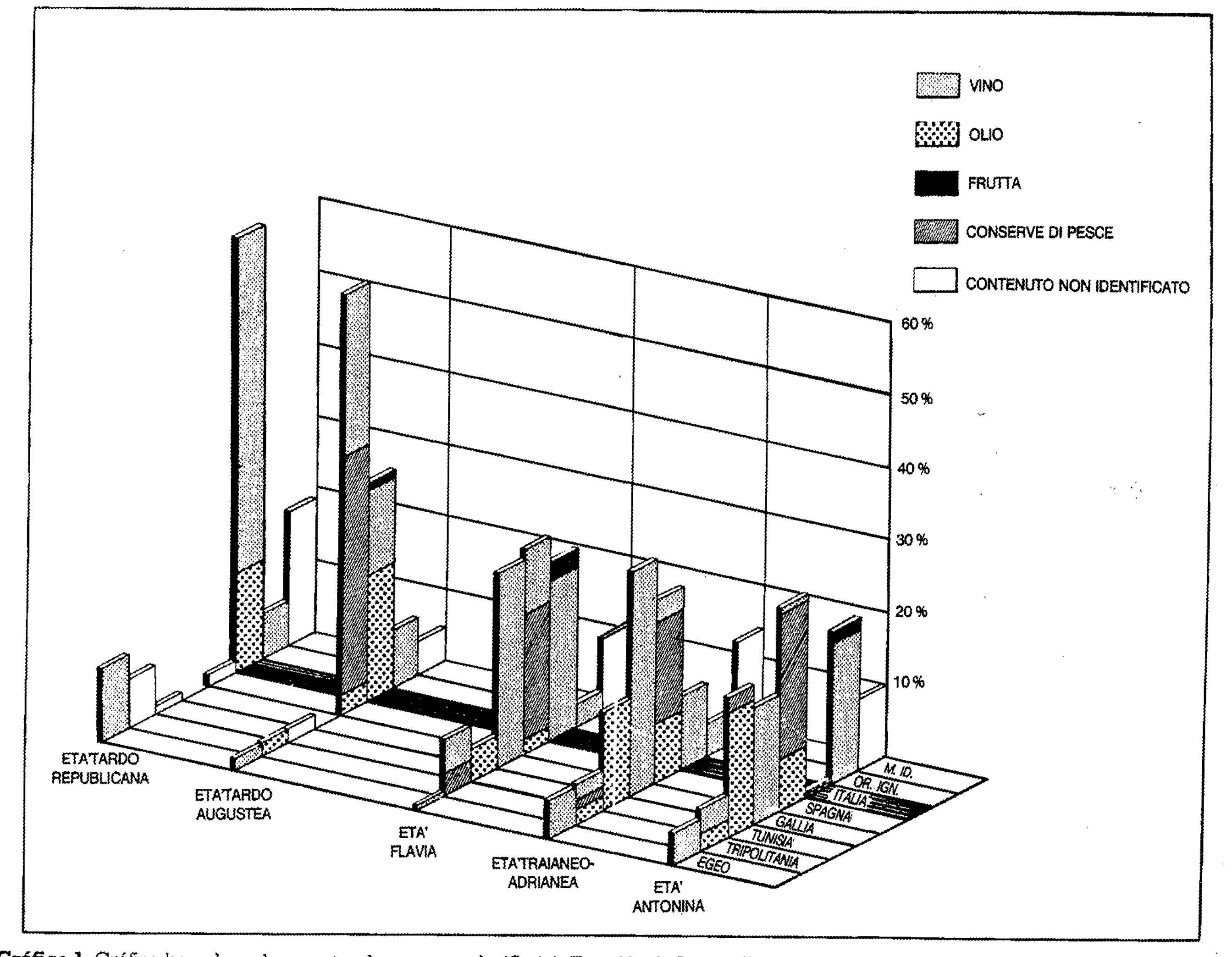


Gráfico 1. Gráfico basado en la muestra de un mercado (Ostia). Extraído de L. Panella. «La distribuzione e i mercati», en *Società romana e produzione schiavistica* vol. II, Roma, 1982, págs. 68 y 69.

vinciales en el aparato de Estado, no siendo ninguna casualidad que los primeros emperadores no itálicos correspondieran a la Bética —Trajano, Hadriano— o a las Galias —Antonino Pío.

Se ha dicho que uno de los factores que iba a impulsar la equiparación sería la necesidad del Estado de incrementar el número de contribuyentes. Las preocupaciones de Vespasiano por recomponer la Hacienda imperial, los viajes de Hadriano o las confiscaciones de Septimio Severo, son ejemplos de que el Estado necesitaba recursos y las diversas vías emprendidas estaban conduciendo a un mismo camino, es decir, a la igualación de las provincias entre sí y a que Italia dejara de ser una zona privilegiada.

2.3. El Imperio sin imperialismo

Con el edicto de Caracalla que concedía la ciudadanía romana a todos los súbditos del Imperio, se habían acabado las diferencias jurídicas de unos ciudadanos con respecto a otros, se había llegado a lo que se ha llamado un «Imperio sin imperialismo».

Si la clave del imperialismo romano había consistido en mantener las diferencias de unas zonas del Imperio con respecto a otras e incluso ampliarlas, ahora las distancias se acortaban, con lo que el sistema esclavista romano, entraba en crisis, al no desarrollarse las diferencias y, por tanto, mantener los mercados donde colocar los productos realizados en las villas y talleres artesanales itálicos.

Paralelamente el edicto buscaba incrementar el número de impositores, o si se quiere igualar la situación de éstos, no es ninguna casualidad que el cargo de prefecto del pretorio lo ocupen ahora juristas, lo cual remarcaba la preocupación estatal, entre otras cosas, por clarificar las obligaciones fiscales de todos los ciudanos del Imperio.

Si la conversión de Polibio, y con él la de la oligarquía griega a la causa del imperialismo romano, se había debido a que Roma suponía la garantía de solucionar los conflictos sociales de cada *polis*, así como la posibilidad de entrar en un mundo financiero cada vez más universal, ahora esta oligarquía se encontraba en una doble dependencia. Una parte de los beneficios lo debían destinar a paliar los conflictos internos a través de nuevas liturgias u obligaciones, y además se veían obligados a hacer frente a las diversas exigencias estatales. Bajo estas presiones, escritores como Plutarco habían señalado ya las nuevas dificultades de las clases dirigentes griegas.

En Occidente asimismo, el incremento de los *munera* suponía la obligación de las oligarquías urbanas de realizar diversos servicios hacia sus respectivos ciudadanos. En suma, el Estado disponía que, al igual que el

emperador se preocupaba en Roma de realizar el *panem et circenses* y las diversas actividades edilicias así como el mantenimiento de los edificios públicos y el suministro de agua a la ciudad, esa misma tarea le competía a los sectores dirigentes de las diversas ciudades.

Esta situación se percibe con una gran intensidad desde el siglo II siendo su punto final el edicto de Caracalla, con el que se puede decir que aunque el Imperio romano continuaría durante varios siglos, a partir de ahora sería un «Imperio sin imperialismo». Con ello, desde el siglo III se entra en una nueva fase de la Historia de Roma, que estará marcada por lo que se ha llamado «la crisis del siglo III», que muchos historiadores tienden a vincular mecánicamente con la caída o fin del Imperio romano, sin tener en cuenta que aún transcurrirían varios siglos y que, como veremos, la llamada «crisis del siglo III» sería en todo caso una «crisis» del modelo de Estado que se había gestado en torno al sistema «imperial-esclavista» pero siempre sin caer en las terroríficas explicaciones que tuvieron un amplio énfasis, sobre todo, a partir de Gibbon y que hizo que se la califique, por ejemplo, de «pavorosa revolución» (Walbank).

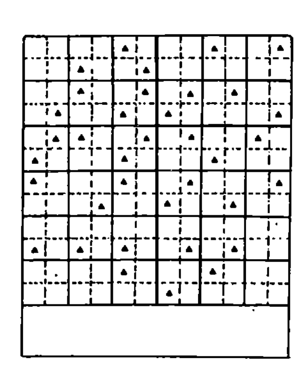
2.4. Las formas de propiedad

Los gráficos de A. Carandini y S. Settis muestran las tres formas de propiedad dominantes en la sociedad romana. Aunque los gráficos están expuestos de una forma mecanicista —a cada uno sucede el otro—, hay que tener en cuenta que la implantación de la *villa* esclavista no supuso la desaparición de la pequeña propiedad y, asimismo, la primacía del latifundio no implicó la desaparición de las dos primeras, sino de la hegemonía de una forma sobre las restantes, es decir, que los ejes principales de la producción se orientan hacia la función agraria dominante y en ese sentido el latifundio iría implantando gradualmente su predominio durante la tardoantigüedad.

Dentro de ello, conviene tener en cuenta la aportación de E. M. Schtajerman. La autora soviética expuso cómo en la época imperial existirían cuatro formas de propiedad (SCHTAJERMAN, 1964, Berlín):

1) La esclavista.
2) La comunal.
3) Los latifundios extraterritoriales.
4) Tierras estatales o imperiales.

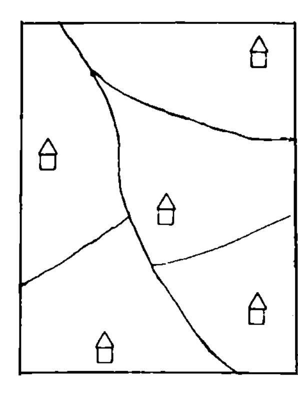
Debido a la crisis del sistema esclavista, la primera forma iba a perder importancia en beneficio de las tres restantes.



Características de la pequeña propiedad campesina

1. La tierra es cultivada por los mismos propietarios.
2. El propietario puede emplear a esclavos y a asalariados estacionales.
3. Los cultivos, de base familiar, no son intensivos (prevalecen los cereales).
4. La producción es más para el consumo del propietario que para su venta en el mercado.

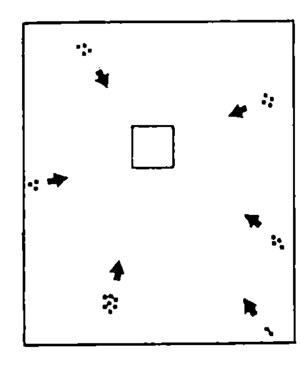
Este sistema es frágil por su baja productividad, que puede llevar a empobrecer a muchos y a enriquecer a pocos.



Características de la villa esclavista

1. La tierra, usurpada a los pequeños campesinos, pertenece ahora a un número reducido de propietarios que no la trabajan directamente ni residen en ella de manera estable.
2. La tierra es cultivada por muchos no-propietarios, generalmente esclavos.
3. El trabajo está racionalizado y controlado con disciplina paramilitar por un capataz («villicus») y sus ayudantes («monitores»), que aseguran la eficacia en el trabajo de los esclavos campesinos.
4. Los cultivos son intensivos y altamente especializados (vid y olivo).
5. Los productos agrícolas son destinados no sólo al comercio local sino a su venta en los mercados mediterráneos.

Este sistema no puede ser aplicado con éxito más allá de ciertos requisitos de la propiedad y de la mano de su obra. Su disolución da origen al latifundio.



Características del latifundio

1. La tierra pertenece a grandes propietarios absentistas o al emperador.
2. La tierra es cultivada por pequeños campesinos dependientes (esclavos, siervos o libres).
3. Los cultivos vuelven a reducirse a parcelas familiares. Su explotación es poco racional y es extensiva (prevalecen los cereales y los pastos).
4. La producción es para el consumo del trabajador no-propietario y para el pago de rentas e impuestos a las administraciones de los propietarios y del Estado. No está en absoluto destinada a los mercados de ultramar.

Este sistema se aproxima a la forma de producción «feudal» dominante en el Medievo.

Gráfico 2. Casa y su territorio: tres sistemas de producción. Extraídos de A. Carandini y S. Settis: *Schiavi e padroni nell'Etruria romana*, Bari, 1979.

En las provincias había territorios que seguían dependiendo de sus antiguos habitantes regidos en muchos casos por sistemas comunales. Algunas de estas tierras serían concedidas a particulares sin que dependieran jurídicamente de las ciudades. Estas características harían propicio que entre los primitivos habitantes de estas tierras se fueran creando formas de dependencia distintas a las esclavistas y más cercanas al colonato.

Por último, las propiedades imperiales presentaban formas distintas desde las que eran centuriadas y repartidas en lotes, hasta las que seguían perteneciendo al fisco o al emperador y eran administradas por procuradores. Dentro de ellas existían grandes latifundios en situación semejante a los latifundios extraterritoriales que hemos visto con anterioridad. Además, tal como exponía Schtajerman (SCHTAJERMAN, 1964, 45).

En algunos casos este tipo de tierras podía pertenecer a comunidades de aldeas, aunque dado que las tierras pertenecían al Estado romano éste las explotaba directamente o las cedía a particulares. En muchos casos los miembros de estas comunidades eran transformados en la práctica en colonos con la obligación de abonar una renta y realizar diversos tipos de prestaciones. A otro nivel, la existencia de este tipo de tierras se prestaba a numerosos conflictos jurídicos con las ciudades, que reclamaban que fueran incluidas dentro de su jurisdicción.

En esta orientación se puede entender que cuando el sistema esclavista entrara en crisis, estas otras formas fueran ocupando su lugar hasta convertirse en dominantes.

Con ello estamos donde al principio, ¿por qué la crisis? ¿hubo crisis? ¿qué tipo de crisis? A la primera pregunta se puede responder parcialmente, la homologación de las provincias había provocado que los circuitos variaran y que el sistema esclavista basado en el desarrollo desigual no fuera tan rentable. Más que una subida del coste de los esclavos por el cese de la expansión, habría que pensar en el cese de la expansión misma, pero no sólo esto, sino también la tendencia hacia una homologación interna, lo que hemos llamado un imperio sin imperialismo.

Esta situación haría que las condiciones que habían hecho rentable el empleo de esclavos, tanto en la ciudad como en el campo, comenzaron a esfumarse, cosa que se explica no por una simple subida en el precio de los esclavos sino porque el ritmo de amortización no era tan rápido como antes.

A todo ello tenemos que añadir la otra homologación, es decir, la obligación de las nuevas oligarquías para hacer frente a sus compromisos con respecto al Estado y sus ciudadanos. *Munera*, liturgias y evergetismo se convertirían en una pesadilla y serían los causantes de mucha de la literatura sobre la crisis económica antigua que en el fondo era de malestar por las intromisiones estatales.

2.5. Algunas consideraciones sobre la crisis del siglo III

Desde el siglo I la presión fiscal se había ido incrementando, primero de una forma semivoluntaria —*munera*— y después con mayores obligaciones y controles. Además, desde Cómodo se modificaron las cantidades de oro y plata de las monedas para aumentar los ingresos a partir de los beneficios derivados de la acuñación monetaria.

Mazzarino (1962) ha defendido la tesis de que el problema crucial del siglo III era el económico-tributario. La base impositiva del Estado estaba centrada en la producción esclavista que tenía por centro la ciudad. Los esclavistas se veían obligados a una doble coerción: la estatal y la local; es decir, pagar al Estado y vender a bajo precio en circunstancias concretas. Los comerciantes, aparte de las oscilaciones monetarias, estaban asimismo controlados por el Estado. Por otra parte, las oscilaciones monetarias no afectaban a los contribuyentes, ya que el Estado iba exigiendo los pagos en especie, que eran más gravosos para los impositores.

En este contexto a los contribuyentes sólo les quedaba la salida de invertir en ramas alejadas del control estatal, o sea, en tierras que no dependían de las ciudades.

Si el esclavismo sólo era rentable comercializando en la ciudad los excedentes, al disminuir esta salida, acababa su rentabilidad, con lo que la aparcería (colonato) se fue convirtiendo en una forma más segura. Además, patronos y colonos tenían un interés común: defenderse de los recaudadores de impuestos. La misma literatura refleja este cambio: mientras la base del *Satiricon* de Petronio es el esclavismo, en las obras de Apuleyo el protagonista es el colonato.

Este proceso también lo había efectuado el propio Estado, interesado en una renta en especie. Con todo esto, durante el siglo III, el colonato se había transformado en la forma de producción predominante. A la inversa, en estos momentos el Estado intentó desarrollar el esclavismo en las provincias como en las Galias, durante el gobierno de Tácito (MAZZARINO, 1962, 380). La respuesta a ello serían los intentos separatistas que ya hemos ido viendo. En esta espiral, el Estado cada vez encontraba menos impositores y con ello menos recursos con lo que hundía aún más a la sociedad antigua y él mismo entraba en crisis.

Las consecuencias de ello son obvias, el Estado carece de recursos, con lo que la presión exterior es mayor, la ruina de la ciudad antigua provoca la aparición de una nueva forma de propiedad (el latifundio) trabajada por una mano de obra dependiente (colonos o esclavos) más libre jurídicamente que en la fase anterior o íntimamente unida en intereses a sus patrones, al menos en las primeras fases. De esta forma, las bases del Alto Imperio aparecían rotas y de sus ruinas surgieron estas nuevas formas de producción y de relaciones sociales que serían la base del período siguiente.

La caída de la *villa* esclavista supuso un golpe para el Estado y provocó el estallido de crisis sociales y políticas (guerras civiles, invasiones, secesiones, bandidaje) que agudizaban la crisis del modelo antiguo. Frente a las teorías catastrofistas sobre este período, debemos verlo como el paso de un modelo social a otro, en el que los símbolos externos —la crisis del modelo de Estado— no supuso una crisis de la producción, aunque es evidente que este cambio no fue igual y las capas populares lo sufrieron más, ya que para ellos no se habían ofrecido otras posibilidades.

El Estado necesitaba cambiar su sistema impositivo de acuerdo con la nueva situación existente, aunque para ello tuviera que enterrar el sistema anterior, e incluso, inmolarse él mismo a largo plazo, si quería seguir representando a las transformadas y renacidas clases dirigentes, y eso sería, en suma, lo que ocurriría en los siglos siguientes.

2.6. Un modelo de crecimiento económico

Para comprender este momento, pueden ser útiles unos gráficos realizados por J. Pinyol (1984). Se trata de un modelo teórico simple que evidentemente no existió tal como lo presentamos, pero puede ser un índice estimativo de cómo estaban las cosas en el siglo III y lo que ocurrió después. Los gráficos se centran en dos aspectos importantes como serán la extensión del colonato y las consecuencias del cambio en el sistema de taxación imperial a fines de este siglo.

El gráfico 3a está centrado en la rentabilidad de los *fundi* trabajados por esclavos. Este gráfico se puede explicar con la siguiente fórmula:

$$Q = K (X_1, X_2)$$

donde Q es la producción, X el número de esclavos y X la extensión del fundo. Si nos encontramos en fase del crecimiento del imperialismo, se observa una continuidad en la oferta de mano de obra (esclava) y de tierras, y, por consiguiente, un crecimiento continuado de la producción. Así podríamos decir que una continuidad de la presencia de esclavos (X) garantiza el esquema, con lo que el tiempo (t) podrá ser igual al número de esclavos. Si no ocurre ninguna alteración, la función cóncava de la curva de crecimiento podrá seguir continuadamente de la misma forma.

Si pasamos al gráfico 3b nos encontramos con variables. Este gráfico se centra en la evolución temporal de la oferta de esclavos. Si el siglo II d.C. supuso el momento de máximo apogeo del sistema esclavista, cabe suponer que dentro de él, en el segundo cuarto de siglo, podría haberse dado el momento culminante, con lo que el punto *a* podrá reflejar esta fase, mientras que el punto *b* significará el punto O, que ciertamente es una exa-

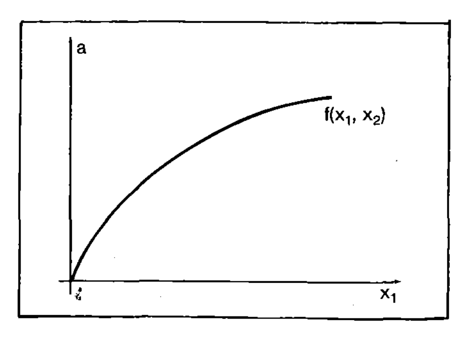


Gráfico 3a. La función de la producción (PINYOL, 1984, 110).

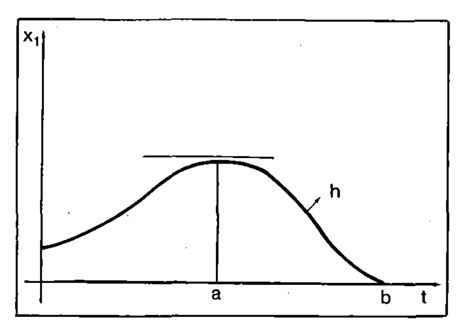


Gráfico 3b. La evolución de la oferta de esclavos en el decurso del tiempo (PINYOL, 1984, 110).

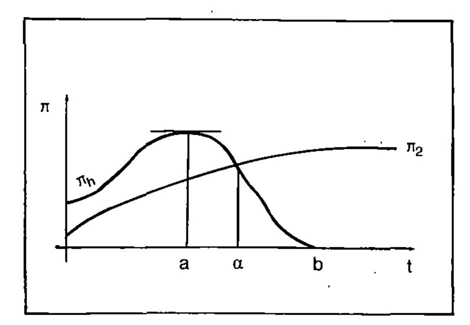


Gráfico 3c. Evolución de los beneficios de ambos sistemas institucionales (PINYOL, 1984, 114).

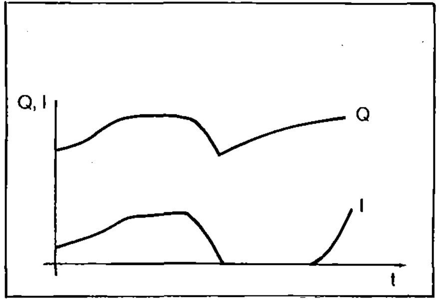


Gráfico 3d. Comparación de los resultados anteriores con los ingresos estatales.

geración ya que en la antigüedad la esclavitud nunca desapareció totalmente.

El punto h podría corresponder a los años posteriores al fin de la dinastía severa, donde la serie de factores desestabilizadores ofrecían una mayor concentración.

Para comprender el cambio en la forma de producción podemos pasar al gráfico 3c. Si es un lugar común que el sistema esclavista fue reemplazado por el colonato, esta situación se irá produciendo de una forma más intensa en el período comprendido entre la segunda mitad del siglo II y la primera mitad del siguiente. Si pasamos al gráfico y consideramos:

π = beneficios,
π_1 = beneficios bajo el sistema esclavista,
π_2 = beneficios bajo el colonato,

nos encontramos con un momento de confluencia (α) y a partir de aquí las líneas van a caminar divergentes, mientras baja estrepitosamente, man-

tiene una línea continuada aunque menos espectacular que la curva de crecimiento anterior del sistema esclavista.

Por último llegamos al gráfico 3d, donde se comparan estos resultados con los ingresos estatales. Aquí nos encontramos con dos curvas, la superior (Q) vinculada a la producción y la inferior (I) ligada a los ingresos del Estado. En el gráfico se observa que la producción mantiene una línea en alza con una alteración temporal y luego se recupera. Con la alteración se quiere indicar los momentos de trasvases de un sistema a otro, cosa que produciría un cierto declive, junto con el empeoramiento de la situación política, social y económica que se produciría durante esta fase, que hemos colocado a grandes rasgos entre el 150-250 d.C. Este bache no sería tan profundo como han querido exponer muchos historiadores y pronto la producción volvería a estabilizarse. Si pasamos a los ingresos del Estado, encontramos que durante un período de tiempo éstos dejan de percibirse, con lo que el Estado se encontraría sin recursos.

De nuevo tenemos que repetir que se trata de un modelo y que en realidad no existen momentos cero, tal como aparecen en los gráficos, aunque esta situación es útil para comprender las transformaciones surgidas.

El declive de los ingresos y el fin del cobro de éstos, hay que entenderlo desde la misma mecánica fiscal imperial. El grueso del sistema tributario romano estaba montado en función del sistema esclavista. Al declinar éste y desarrollarse los latifundios extraterritoriales y otras formas diferentes, de las hasta entonces reguladas por el Estado, se puede decir que al Estado se le escapan los contribuyentes. Esta situación provocaría una crisis que sería sobre todo política, del modelo de Estado, pero no económica, ya que el declive de la producción es de un corto espacio de tiempo.

Si queremos colocar fechas, este período en blanco de los ingresos estatales podría corresponder al período comprendido entre el fin de los Severos y el establecimiento de la Tetrarquía por Diocleciano. Es en esta fase donde se ha centrado primordialmente la tesis que habla de la gran hecatombe del Imperio Romano y como estamos viendo si hubo algún cataclismo éste fue para el Estado y ello explica la sucesión continuada de conflictos políticos durante estos años. Finalmente, la recuperación de los ingresos explica que el Estado había encontrado un sistema más eficaz para controlar a los contribuyentes y este invento sería la *capitatio-iugatio* iniciada bajo la tetrarquía.

3.

Los antiguos y la decadencia

3.1. La historiografía antigua

En el siglo II a.C. Polibio distinguía dos tipos de causas en la decadencia de los estados, una externa, difícil de preveer, y otra interna, surgida de la acumulación de riqueza de unos pocos y de la rebelión de las masas ante esta situación (POLIBIO: VI-8-10).

Como ha visto Mazzarino (1961). Polibio no limitaba su visión a Roma sino a los grandes imperios anteriores. Su divergencia con Roma era que ésta última, a diferencia de persas o macedonios, sometió a casi todo el mundo, y además en el campo religioso, actuó de forma particular, siendo imposible ir más lejos (POLIBIO: VI-56, 8-13, traducción de M. Balasch, Gredos, Madrid, 1981):

> «Esto extrañará a muchos, pero yo creo que lo han hecho pensando en las masas. Si fuera posible constituir una ciudad habitada sólo por personas inteligentes, ello no sería necesario. Pero la masa es versátil y llena de pasiones injustas, de rabia irracional y de coraje violento; la única solución posible es contenerla con el miedo de cosas desconocidas y con ficciones de este tipo. Por eso, creo yo, los antiguos no inculcaron a las masas por casualidad o por azar las imaginaciones de dioses y las narraciones de las cosas del Hades: los de ahora cometen una temeridad irracional cuando pretenden suprimir estos elementos.»

En Polibio, estaban ya latentes los dos tipos de motivos sobre el fin del mundo antiguo, externos e internos. Tras Polibio, Mazzarino destaca las opiniones de Cicerón y Salustio. Para Cicerón el declive de Roma había surgido de la corrupción de costumbres y la falta de hombres importantes. Para Salustio, la decadencia se debería a la desaparición de la *virtus* y el advenimiento de la *luxuria*. En el período final de la República se usaría el término «declinación» en cuanto «declinación del Estado». En la época imperial el concepto se haría más extensivo (MAZZARINO; 1961, 23 y ss.):

> «No es el caso que, siempre en los círculos dirigentes del Imperio, en el siglo I y II, se haya comenzado a usar el término «declinación» (*inclinare*) por lo que respecta a las costumbres y a la literatura; encontramos en Plinio *inclinatis iam moribus* y en Quintiliano *inclinasse eloquentiam*. Por tanto es una transferencia del concepto *inclinare* (que en Cicerón se aplica al Estado) a la esfera de la cultura; es la edad en la que se habla de decadencia de las artes (Petronio) y de la elocuencia (Tácito y Quintiliano). La tradición romana, representada por las clases senatoriales y por la alta cultura, ha elaborado, así, una especie de humanismo suyo: el concepto de *inclinatio* será, en la historia moderna, el gran descubrimiento de nuestro siglo XV.»

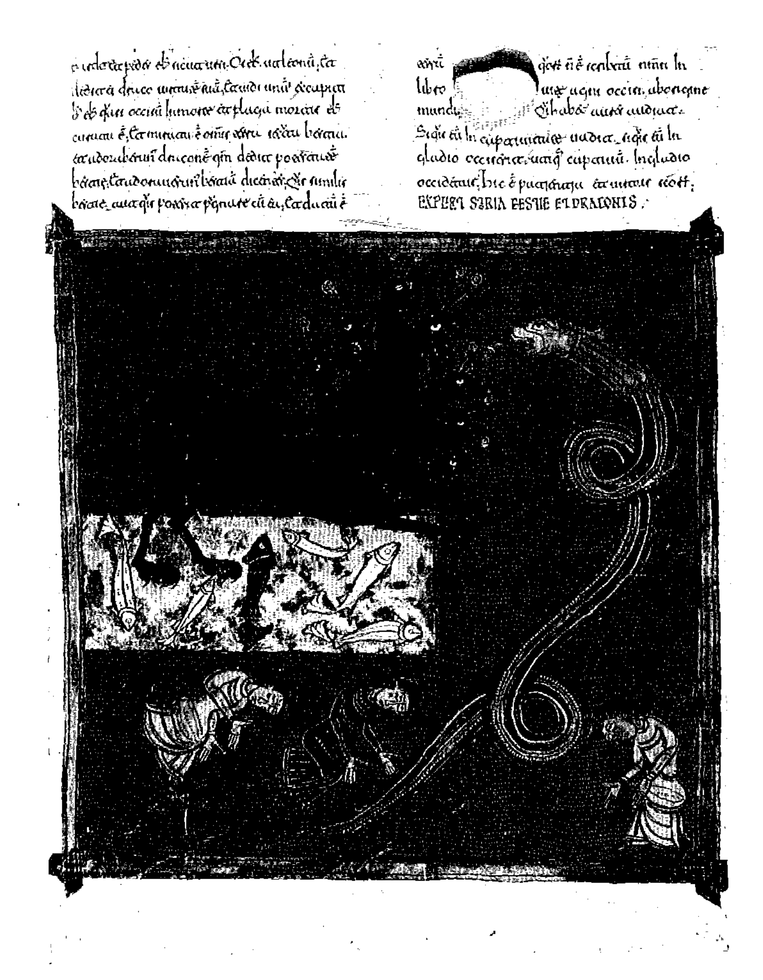
Para Herodiano, la decadencia de Roma habría comenzado tras el reinado de Marco Aurelio, ya que a partir de Cómodo empezaron los errores que en su mayor parte «no los atribuimos a él sino a los aduladores de su entorno y a quienes eran a la vez consejeros y cómplices de sus infamias».

Del mismo parecer era otro pagano, Casio Dión para quién tras la muerte de Marco Aurelio se había pasado de una edad de oro a otra de hierro.

Con la difusión por el Imperio del judaísmo y el cristianismo, se irían desarrollando las ideas de castigo divino que llegarían a identificarse con las teorías del fin del mundo, vinculándose este acontecimiento con la desaparición del Imperio Romano. En este contexto surgirían escritos cristianos que vaticinaban la caída del imperio romano que a su vez suponía el fin de la opresión. Estos textos estaban dirigidos a consolar a los fieles de las miserias del presente, prometiendo la arribada de un nuevo mundo, ya en la otra vida, que se caracterizaría por el castigo de los malvados y la recompensa de los buenos.

Una de estas líneas estaría confirmada por las teorías de los cuatro imperios y otra por los libros apocalípticos. La teoría de los cuatro imperios surgiría a principios del siglo II a.C., siendo muy divulgada en la antigüedad y el medievo; GASCO, F. (1981), «La teoría de los cuatro Imperios. Reiteración y adaptación ideológica, I: Romanos y griegos», Habis, 129.

El tema aparecía en la explicación que Daniel hacía al rey babilonio Nabucodonosor de un sueño que éste había tenido. En otros pasajes se ofrecen visiones del mismo Daniel en los que se acentúa el carácter brutal de la cuarta monarquía, identificada con una bestia, y el advenimiento del



Beato en el que se expone uno de los temas del *Apocalipsis*, de San Juan.

reino de Dios tras la caída de ésta (Libro de Daniel, 7, 23-28, Sagrada Biblia, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1963, 14a. Ed. versión Nácar-Colunga, pág. 930):

«Díjome así: La cuarta bestia es un reino sobre la tierra, que se distinguirá de todos los otros reinos y devorará la tierra toda y la hollará y la triturará. Los diez cuernos son diez reyes que en aquel reino se alzarán, y tras ellos se alzará otro que diferirá de los primeros, y derribará a tres de estos reyes. Hablará palabras arrogantes contra el Altísimo, y quebrantará a los santos del Altísimo, y pretenderá mudar los tiempos y la Ley. Aquéllos serán entregados a su poder por un tiempo, tiempos y medio tiempo. Pero se sentará el

tribunal y le arrebatarán el dominio hasta destruirle y arruinarle del todo, dándole el reino, el dominio y la majestad de todos los reinos de debajo del cielo al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino será eterno y le servirán y obedecerán todos los señoríos».

Otro escritor cristiano sería San Hipólito, quien en su comentario al libro de Daniel colocaba el fin de Roma en el 500 d.C., aunque lo novedoso de San Hipólito era que la causa se debía al surgimiento de las democracias que nacerían de las naciones.

El pagano, Vettio, se había acercado a la fecha propuesta por San Hipólito, ya que había predicho que el Imperio romano duraría doce siglos. Lo importante de San Hipólito consistía en remarcar las contradicciones internas, aunque él las transforme, finalmente, en una guerra entre cristianos y paganos, viendo en los romanos el brazo de Satanás.

Así mientras el señor llamó a través de los Apóstoles a todas las naciones, haciendo una sola nación de fieles cristianos, del mismo modo el Imperio lo limitaba armando para la guerra a todas las naciones bajo el poder de Satanás.

A través de estos escritores, la idea de que el fin del mundo antiguo se había debido a un conflicto entre cristianos y paganos se fue desarrollando hasta convertirse en una de las dominantes en la historiografía posterior.

A su vez, Mazzarino ha recordado que el libro de Daniel se convertiría desde el siglo III en el centro de discusiones históricas entre paganos y cristianos sobre si era el Imperio romano la cuarta monarquía de la profecía.

Un pagano, Porfirio, expuso en el siglo III que la cuarta monarquía era la Seleúcida y que el libro de Daniel, más que profético, expresaba la situación existente entre la cultura helenística y judaica durante el siglo II a.C.

Frente a ello, la tradición cristiana mantuvo el carácter profético del libro de Daniel que expresaba sin ninguna duda la caída de Roma. En esta línea, a principios del siglo IV, San Jerónimo mantuvo la tesis de que tras la caída de Roma, el Imperio se repartiría entre 10 reyes.

Para Orosio los cuatro imperios eran fruto de la Providencia divina, los castigos habían surgido por los pecados de los hombres y el mantenimiento de Roma se debía al haber aceptado el Cristianismo (OROSIO; 11, 3, 5-10).

Un complemento del Libro de Daniel sería el Apocalipsis de San Juan, donde quizás la diferencia fundamental consistía en que la caída de Roma no tenía continuidad y su fin equivalía al fin de los tiempos en la tierra y al comienzo de la otra vida. Con relación a Roma se vaticinaba su inmediata caída con el ánimo de alentar a los fieles, durante las persecuciones, con la

fe en el triunfo final. Tras ello seguiría el fin del mundo y el reinado definitivo de Cristo.

En esta polémica sobre el fin de Roma, un punto importante lo constituiría el debate religioso. Si para los paganos los autores de la decadencia eran los cristianos, a la inversa, éstos expresarían cómo sólo el cristianismo suponía la continuidad de Roma, debido, en palabras de Orosio, a la Providencia divina.

En esa línea, Minucio Félix y Tertuliano en los siglos II y III insistirían en la opinión de que la grandeza romana se había producido por designio divino. Tertuliano añadiría que el castigo a los judíos se debía a su actitud con Cristo. Tras expresar que algunos dioses romanos o el mismo Capitolio eran posteriores a la creación de Roma, intenta demostrar cómo algunos religiosos romanos eran posteriores a los de otros pueblos «los babilonios reinaron antes de los pontífices, los medos antes de los *quindecimviros*, los babilonios antes de los salios, los asirios antes de los lupercos y las amazonas antes de las vestales» (Tert. 26).

Este carácter providencial sería rememorado por San Agustín quien intentaría demostrar que no fue el azar la causa del esplendor romano, sino Dios quien «concedió a los romanos el reino cuando quiso y como quiso», ya que mientras en el reino de los cielos concedía la bienaventuranza sólo a los piadosos, en la tierra concedía reinos tanto a píos como a impíos «aunque no le place nada que sea injusto».

Pero estas divergencias se planteaban en el seno de un fuerte debate en el que también existían convergencias entre paganos y cristianos. Mazzarino ha citado a un sibilista cristiano quien tras exponer el desolador marco que ofrecía el Imperio, vaticinaba el ocaso de Roma que al igual que los paganos Herodiano y Casio Dión, lo colocaba tras Marco Aurelio (cit. en MAZZARINO; 1961, 271). En esa época aparecía el Anticristo, que sería Nerón redivivo, concluyéndose el esplendor de Roma. A continuación surgiría una gran confusión cuando el Omnipotente comenzara a juzgar las almas de los vivos y los muertos siendo el fin del mundo. De este modo:

> «El Imperio de Roma en un tiempo florenciente antigua señora de las ciudades vecinas, ha desaparecido. La tierra de Roma, lozana, ya no vencerá, cuando el vencedor (anticristo) vendrá de Asia con Ares. Cuando haya hecho todo eso, él vendrá sobre la urbe que se yergue: (oh Roma), tú cumplirás 948 años, cuando el destino de muerte se abatirá violento sobre ti, cumpliendo el valor numeral de tu nombre».

Otras semejanzas planteadas por Mazzarino son las de San Ambrosio, quien al igual que Polibio distinguía causas externas e internas, o las de Amiano Marcelino y Vegecio, para quienes el desastre de Adrianópolis había supuesto la arribada de una nueva época marcada por la decandecia de Roma y producida por la misma clase dirigente en su postura indigna hacia los godos, o con respecto al ejército, al enviar a las legiones a los

peores colonos mientras se reservaban los mejores para el trabajo de sus tierras.

En este clima de críticas a la decadencia aún surgirían intentos de salvar al enfermo Imperio a base de nuevas recetas que lo vitalizasen.

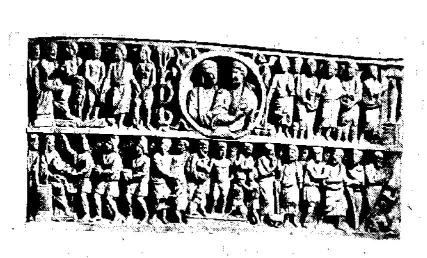
Dentro de todo esto, merece destacarse un escrito titulado *De rebus bellici* en el que se exponía las causas de la decadencia y los remedios para salir de ella, consistentes en medidas económicas y sociales, así como la creación de nuevas máquinas militares (MAZZARINO; 1961, 41).

El relato de los artilugios militares atrajo la atención de los humanistas así como de los estudiosos del arte militar desde su impresión en forma de libro en 1522. Para Finley (1970) aunque el texto no tuvo ningún efecto en la actuación imperial, planteaba uno de los temas acuciantes que necesitaba una respuesta: o más hombres o una revolución tecnológica, pero a ninguna de estas dos peticiones se les dio respuesta.

Un ejemplo tomado de la historia del arte puede asimismo explicar las contradicciones de esta época: el arco de Constantino de Roma. En la inscripción se menciona cómo Roma había sido liberada de la tiranía con la ayuda de la divinidad (*instinctor divinitatis*). Las escenas históricas estaban constituidas por el asedio de Verona, la batalla de Puerto Milvio, la *liberalitas* y la *oratio*. Los relieves de la balaustrada del arco se ha señalado que corresponden a otros monumentos de la época Antonina, con lo que se ha bautizado el arco como al mayor palimpsesto del arte romano.

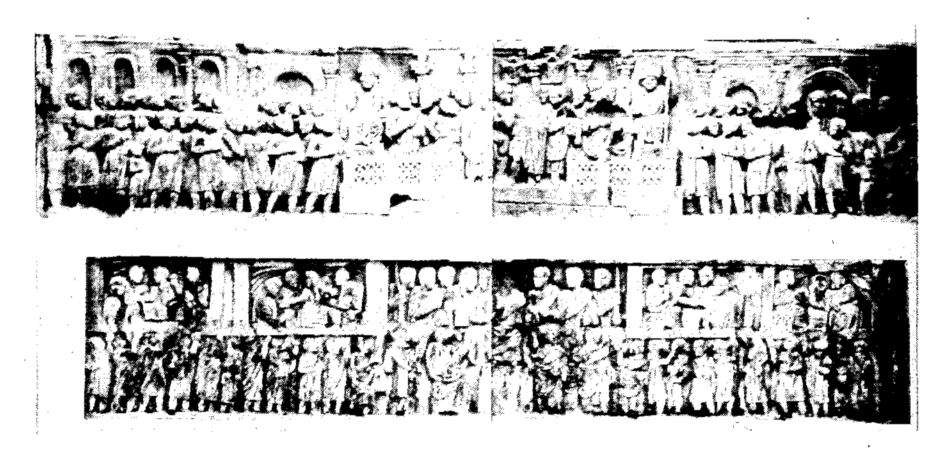
Esta forma de actuar de Constantino no se limitaría al arco, ya que en la ciudad de Constantinopla, concebida como una nueva Roma, es decir, como un nuevo punto cero, también se habían instalado monumentos, o partes de éstos, de las principales ciudades orientales del Imperio, con lo que la nueva ciudad era un museo donde se exponían las principales obras de arte del Imperio, así, si el arco suponía la síntesis política, la nueva ciudad era la síntesis cultural.

Asimismo, el sarcófago 104 del Museo Laterano es llamado «sarcófago teológico» ya que aparece la Santísima Trinidad en una época en que las discusiones sobre este problema se iban a zanjar con el Credo niceano de la consustancialidad del Padre y del Hijo, que era en suma una fórmula de compromiso con lo que se podría decir que el sarcófago representaría el consenso religioso.

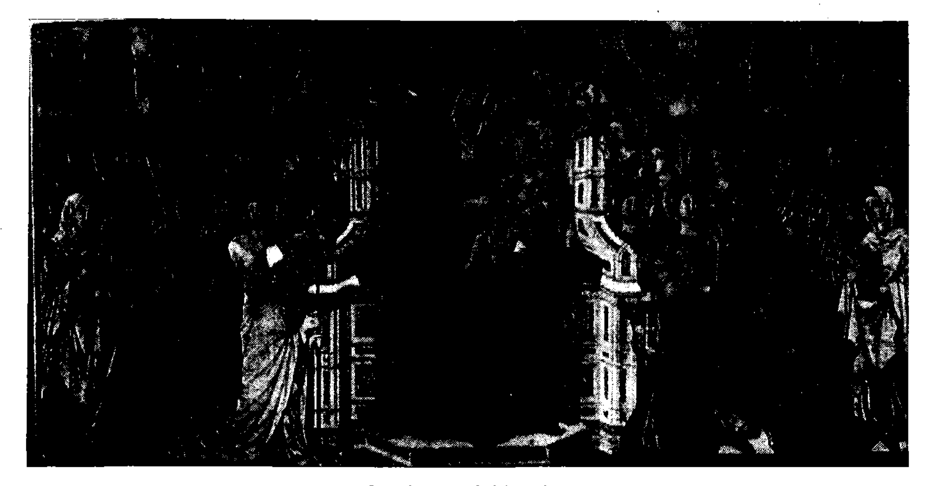




Sarcófago 104 del Museo Laterano.



Oratio del arco de Constantino en Roma.



Madonna del Ducio.

Si volvemos al arco, Bandinelli (BIANCHI-BANDINELLI; 1981, 96) ha observado que en el arco de Constantino el espacio reservado al friso sacrifical, se utiliza ahora como friso histórico y honorario.

Surge así un nuevo lenguaje artístico que expresa la llegada al poder de una nueva clase que se había ido gestando desde los tiempos de los Severos y había alcanzado un fuerte impulso desde el momento en que Galieno «despojara a casi todos los pertenecientes a familias patricias del mando militar y del proconsulado en las provincias». Además la ruptura con las formas naturalistas de tradición helenística daría lugar a la introducción de elementos simbólicos con una alteración de las proporciones en un sentido plenamente jerárquico.

De esta forma se crearían unos esquemas expositivos que durarían hasta fines de la Edad Media, destacándose la eliminación de la relación espacial y de perspectivas, que daría lugar a una notoria diferenciación jerárquica de los personajes. De este modo a la representación del emperador en su divina *maiestas* en el arco, corresponde la *Maesta* de la *Madonna* del Ducio de 1311. En suma, Constantino pretende presentarse como el continuador de la sociedad y la cultura antigua, depositando en Constantinopla o en el arco, lo mejor de la tradición antigua, incluso la más liberal, recordando en la inscripción del arco que con él se había acabado la tiranía. Pero el cambio de las escenas del friso —de sacrificial a histórico— así como la disposición de las figuras en la *oratio* evidencian que están en otra época. Constantino, al recoger materiales de otros períodos, lo quería presentar como la síntesis del Alto Imperio, pero, a su vez, esta síntesis se supera en la *oratio*, expresando lo que era una negación de la sociedad antigua con la configuración de un nuevo modelo piramidal en cuya cumbre aparecía la figura solitaria del emperador.

3.2. Burckhardt y Constantino

La Edad de Constantino escrita por Jacob Burckhardt en 1852 supuso la introducción de una problemática que desde entonces ha atraído la atención de los estudiosos: la idea del Constantino político. El mayor éxito de su obra consistió en vislumbrar la importancia que tuvo la época de Constantino como un período de cambio en el que el Cristianismo no fue el culpable de la decadencia del Imperio . Burckhardt introdujo la idea del Constantino político, es decir, el del hombre de Estado, no religioso, que utilizó el cristianismo como un instrumento político.

A otro nivel, Mazzarino ha recalcado otras tesis que tendrían un posterior desarrollo por otros historiadores. Uno de ellos sería la idea de senectud: «Toda la historia de este tiempo es un solo testimonio de la senilidad y decaimiento de la vida romana, cosas de las que ninguna culpa puede atribuirse al Cristianismo».

En suma, a partir de aquí se puede decir que se asienta la opinión de que el mundo clásico concluía en Constantino y a partir de él comenzaba un largo y nuevo período de continuas transformaciones que ha sido bautilizado como Tardoantigüedad.

Se podría, por último, decir que las principales opiniones sostenidas durante estos siglos serían las dominantes durante la Edad Media, comenzando con el Renacimiento la introducción de nuevos temas sobre la decadencia antigua.

4.

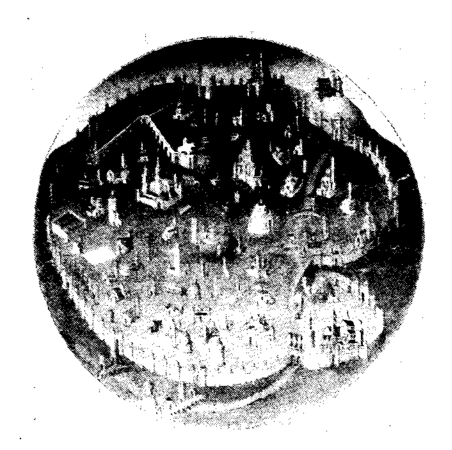
Del Renacimiento al Iluminismo

Juan Carlos Rodríguez exponía en 1974; RODRIGUEZ Juan Carlos (1974): Teoría e historia de la producción ideológica. Las primeras literaturas burguesas. Akal. Madrid. Pág. 125 y ss. las diferentes versiones con que los diversos historicismos explicaban el paso de una época a otra.

En primer lugar, distingue una *vertiente hegeliana* en la que las ideas que configuran esa misma época no se «encuentran a gusto» en los corsés en los que han sido colocados y tienden a romperlos para insertarse en otra forma nueva. En segundo lugar, una *vertiente kantiana* en la que el paso de una época a otra se debe a una fase superior en la relación entre el hombre y la naturaleza.

En tercer lugar, la *empirista* en la que el paso se centraba en la experiencia.

En estos apartados creemos que se condensan la mayoría de las corrientes ideológicas sobre las causas del paso de una época a otra. Según el mismo autor, la noción de



Miniatura que representa Roma en la Edad Media.

Renacimiento ofrece diversos puntos de vista en función del discurso que se quiera presentar; RODRIGUEZ (1974): Ob. Cit. supra. 143 y 146):

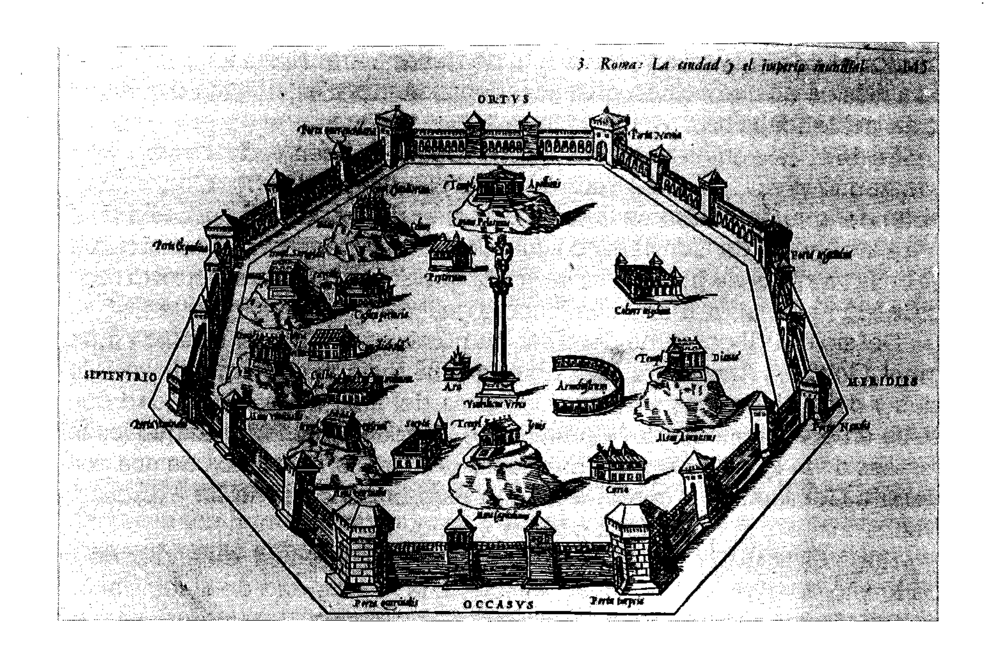
> «Finalmente, resulta necesario realizar algunas precisiones respecto a la famosa cuestión del llamado «descubrimiento» del mundo antiguo (griego y romano) por parte de la supuesta actitud renacentista. Digamos tan sólo que, como ya hemos apuntado, resulta casi vacuo recalcar que la ideología burguesa desde su primera fase «humanista-italiana» utilizó una especial imagen de «lo griego» (o del mundo heleno-romano en general) forjada en las necesidades de su lucha contra el escolasticismo feudal, y en cuanto que éste también había establecido una especial imagen de ese mundo griego-romano del que pretendía ser «prolongación/culminación» y en el que había pretendido fundamentar todo su «saber», la coherencia interna de su valor. Se trataba, pues, de una especial encrucijada de la ideología humanista establecida por necesidades de su lucha y por las necesidades simultáneas de su coherencia interna, de su legitimación. A consecuencia de esta especial encrucijada, la ideología burguesa, en esa fase «humanista», se ve obligada a realizar una especial imagen —suya— de lo «griego» que sirva justamente de contrapunto a la especial imagen forjada por la ideología feudal.
>
> En suma, el llamado descubrimiento del mundo antiguo no es, para la ideología mercantil, más que una manera de «legitimarse», apropiándose de las categorías establecidas ya por la tradición escolástica de la segunda fase para señalar el momento del redescubrimiento —«renacimiento»— de la luz (para fechar, pues, el origen de sus propios ancestros directos) después —y en contra— de la «oscuridad» nobiliaria y feudalizante».

Estos planteamientos de J. C. Rodríguez enmarcan la problemática de los vaivenes de la cultura clásica y con ello de su nuevo florecimiento o decadencia en función de las diversas ideas ejes utilizadas a raíz del Renacimiento.

4.1. La decadencia antigua en el Renacimiento

Mazzarino ha señalado cómo el humanista Flavio Biondo desarrolló la idea de *inclinatio* (declinación) en su obra titulada *Historiarum ab inclinatione Romannorum Imperii decadas tres*; MAZZARINO (1961, 78 y ss.).

Para Biondo la idea de que la decadencia (*inclinatio*) de Roma había comenzado con César debido a la desaparición de la libertad republicana, debía de rechazarse ya que en lugar de disminuir el poderío romano se había acrecentado tras el gobierno de César. Esa línea ascendente llegaría hasta el reinado de Arcadio y Honorio en el que «después» de la derrota de Radagaiso en Fiésole, la dignidad del Imperio... empezó a sufrir una grave decadencia con las inundaciones de bárbaros, antes que todas la de Alarico.»



Roma en tiempos de Servio Tulio, según un grabado de 1527.

Igualmente Biondo rechazaba la tesis de que con la pérdida de la libertad desapareció la virtud al preferir los emperadores «los viles a los fuertes, a los buenos los tristes, a los hombres de carácter y de santidad los aduladores y los viciosos».

Es decir, Biondo rechaza la tesis de «la corrupción de costumbres» que como, estamos viendo a lo largo de este libro, constituía una de las teorías más divulgadas arrancando sus raíces en los mismos escritores antiguos de tendencia senatorial o cristiana.

Un capítulo importante lo iba a ocupar la obra de Lorenzo Valla demostrando que la noticia sobre la llamada «donación de Constantino» fue una falsificación medieval. Según esta referencia, el emperador Constantino habría concedido diversos poderes al obispo de Roma, es decir, al Papado, con lo que se hacía manifiesto, en palabras de Mazzarino, que «el Imperio Carolingio es solamente una creación pontificia», poniéndose así en entredicho toda la teoría de la *translatio imperii*, es decir, la continuidad del Imperio romano a través del Imperio Carolingio y la mediación del Papado.

Junto a ello, frente al emperador Constantino, cuya imagen será exaltada durante la Edad Media, el emperador Juliano iba a despertar un mayor interés. Este emperador había intentado desesperadamente salvar la cultura pagana: de ahí que en el Renacimiento se le concediera un énfasis

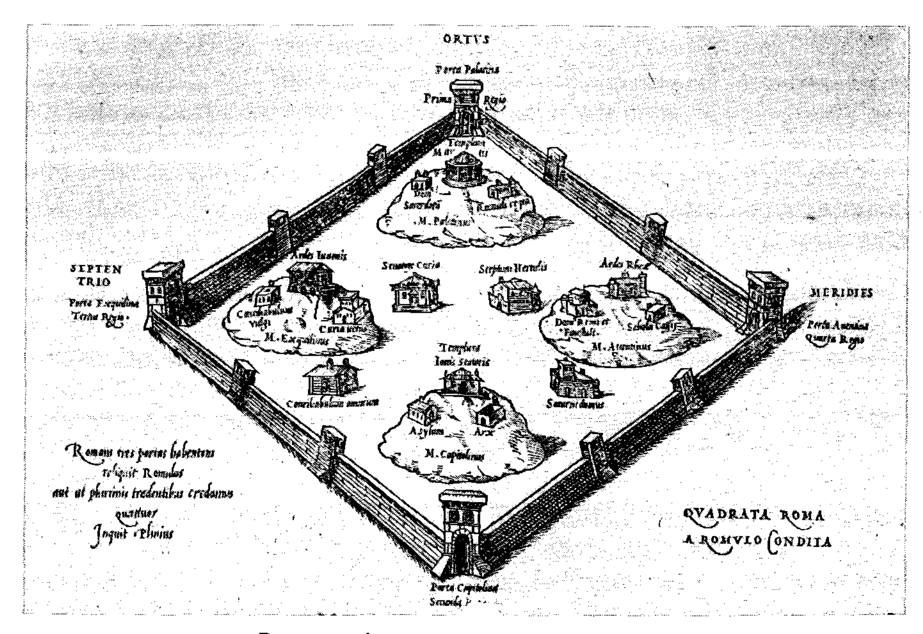
particular por lo que tenía de intento de frenar la transformación de la cultura clásica en una cultura cristiana identificándose este hecho con la victoria del feudalismo.

En 1571 Lówenklav escribía su Apología en defensa de Zósimo. Para Mazzarino lo valioso de Lówenklav fue el plantearse si hubo relación entre el fin del mundo antiguo y la cristianización del Imperio y para ello compara las figuras de Constantino y Juliano. La característica que más subrayaba Löwenklav de Juliano era la virtud, que asimismo era el aspecto recogido algo antes por Maquíavelo como cualidad del príncipe bueno.

Del siglo XVII conviene destacar los nombres de Arnold, Grocio y Tillemont. Gottfried Arnold iba a escribir en 1688 Historia imparcial de las iglesias y de los heréticos en la que la causa del final de la antigüedad consistía en el alejamiento de la primitiva fe, desde el momento en que los intereses de la Iglesia coincidieron con los del Estado. Se trataba de una condena a Constantino y con él a todo el Bajo Imperio, como ha expresado Mazzarino, era una condena política y religiosa.

Hugo Grocio iba a desarrollar otras líneas diferentes, defendiendo el concepto de germanismo en el sentido de la inferioridad de la legislación romana frente a la propia de los pueblos germanos.

Mientras la inicial pureza jurídica romana se había ido perdiendo, los



Roma quadrata, según un grabado de 1527.

germanos aportaban diversas ventajas frente las romanas. Así mientras unas (romanas) «dependían de la voluntad del príncipe, o sea, de un hombre solo, fácil de engañarse y cambiar de opinión», las otras (germanas) «tenían tres ventajas: que por el número de buenos consejeros aquellas leyes no podían celar algo dañino, que se observaban con alegría porque se derivaban del consentimiento común, que no cambiaban nunca sino por absoluta necesidad».

Se trata del concepto del buen salvaje y encierra, en suma, una apología de las invasiones como vitalizadoras de la decadente cultura antigua; MAZZARINO (1962) 104 y ss.

4.2. El modelo inglés

En 1776 surgieron los primeros volúmenes de la History of the Decline and Fall of the Roman Empire de E. Gibbon y en 1788 saldrían los últimos. La obra arranca del 96 d.C. y concluye en 1453, es decir, abarca el fin del Imperio romano de Oriente; FONTANA, J. (1982): Historia, análisis del pasado y proyecto social. Crítica. Barcelona. Pág. 87:

> «La fortuna del libro se debe en buena medida a la maestría de Gibbon como escritor; pero el valor perdurable de su obra hay que buscarlo en otras razones. Fue el primero que acertó a reunir las concepciones teóricas de los «filósofos» con el trabajo de los investigadores eruditos tradicionales: que aplicó la mente del siglo XVIII al saber del XVII...
>
> En la obra de Gibbon la consideración de la decadencia de Roma se aparta de los tópicos usuales y se ve confrontada con una visión del progreso económico, de neta raíz británica, que aparece en vigoroso contrapunto. En un texto de excepcional interés, en el capítulo 38, Gibbon se para a considerar las causas de la ruina del Imperio de Occidente, y nos ofrece un esquema del progreso humano a partir del salvaje primitivo, «desnudo tanto de mente como de cuerpo, y privado de leyes, artes, ideas y casi de lenguaje», en una situación que debe ser «el estado primero y universal del hombre». Desde ese punto seguimos su ascenso «a mandar en los animales, a fertilizar la tierra, atravesar el océano y medir los cielos». Tal progreso ha sido irregular y diverso, y en muchos momentos se han visto fases de caída que parecían ponerlo en peligro. Pero la experiencia global de la historia revela que «ningún pueblo, a menos que la faz de la naturaleza se modifique, volverá a caer en la barbarie original». Gibbon no se contenta, sin embargo, con expresar su fe en el progreso humano, sino que distingue entre los avances debidos a los individuos geniales —como los poetas o los filósofos—, los que han de atribuirse a los grupos ilustrados de la sociedad —como los de ley y la política de las artes, las ciencias el comercio, etc.— y aquellos otros, más elementales pero mucho más decisivos para la subsistencia de los hombres, que son aprendidos por el conjunto de la colectividad y conservados en la práctica de ésta».

M. Baridon (1976), en un interesante libro titulado *Gibbon et le mythe de Rome, histoire et ideologie au siécle des lumiéres*, ha estudiado el ambiente cultural de Gibbon, marcado por la revolución inglesa de 1688 que supuso el fin de la monarquía absoluta y el pacto entre las ideas de Gibbon sobre la revolución francesa y su punto de vista contrario al establecimiento de un gobierno popular así como la defensa de la monarquía.

Clavel-Lévêque ha expuesto las claves del discurso histórico de Gibbon; CLAVEL-LEVEQUE (1977) 94 a 101. La obra de Gibbon surge con las influencias recíprocas de las corrientes conservadoras y revolucionarias que existían en la Europa del XVIII, las cuales acudían a la antigüedad clásica en busca de soluciones políticas para su propio tiempo. Esta contradicción pasado/presente es muy notoria en los estudios de los diversos ilustrados y Gibbon no fue una excepción.

> «El Decline and Fall... nacido en las ruinas del Capitolio, ha nacido también de la compresión fulgurante, de la conciencia iluminada por la continuidad de las sociedades, surgida de la visión apocalíptica de los hermanos descalzos, cantando las vísperas en el templo de Júpiter en una presentación amplia y fatal».

Eternidad de Roma y renovación de los tiempos se enlazan de una forma inexorable, al igual que Gibbon había observado en el destino de Inglaterra. Se dará la paradoja de que el mito de Roma bloqueaba la reflexión teórica de su propia sociedad, y por la misma razón, de la de Roma, Gibbon se encontraba condenado por su impotencia para criticar la sociedad inglesa en la que vivía y el no comprender las sociedades del pasado. Esta contradicción la observa Clavel-Lévêque en varios apartados de su obra.

La primera contradicción se percibe en su intento de conciliar su idea de progreso lineal con una concepción cíclica de la Historia. Así, mientras expresa los fenómenos de aculturación, desdeña el papel de las masas y sobre todo de los esclavos, es decir, no tiene en cuenta las relaciones sociales, sino el desarrollo de las fuerzas productivas concebidas en el sentido de «las riquezas de las naciones». De esta manera la reproducción de las relaciones sociales viene dada por una racionalidad fuera de las sociedades humanas, en el seno de las inmutables leyes de la naturaleza.

En segundo lugar, los aspectos positivos de Roma los suponía «la concordia de los buenos», es decir, la alianza de senadores y caballeros que concluiría en la integración política de mercaderes y publicanos. Como señala Clavel-Lévêque, Gibbon, como nieto del director de la South Sea Company y miembro de la Board of Trade, veía en la concordia ciceroniana el modelo inglés producido con la caída de la monarquía absoluta y la revolución de 1688. En esta línea de pensamiento, Gibbon cae en la contradic-



Goethe ante unas ruinas.

ción polibiana de buscar un modelo de Estado aristocrático y democrático a la vez. Esta opción explica que la Roma de Catilina y Clodio sea para Gibbon semejante al París revolucionario y la propuesta ciceroniana se convierta en la única salida posible.

En tercer lugar, en el plano religioso Gibbon apoya incondicionalmente la aristocracia pagana sin tener en cuenta que su condena del Imperio Cristiano era a su vez la condena del sistema político que él quería defender. Esta contradicción hace que para Gibbon el declive se produce cuando el Estado se cristianiza y a su vez, los bárbaros cristianizados crean un nuevo marco que supone la destrucción de la civilización antigua.

En cuarto lugar, el triunfo de la barbarie tanto en el pasado como en el presente no fue más que un retroceso: una regresión de la cultura que desemboca en la vuelta al primitivismo frente al progreso. En suma, la obra de Gibbon constituye un intento de defender una escala de valores amenazados en un momento tumultuoso de la historia y expresa los diversos antagonismos de clases que se estaban produciendo en la sociedad europea a fines del XVIII.

4.3. El modelo francés

El siglo XVIII iba a conocer en Francia un fuerte debate sobre qué tipo de modelo político debía de aplicarse en contra del sistema feudal y en este contexto las explicaciones sobre las causas de la decadencia del Imperio Romano gozaron de cierta predilección, ya que se debatía también los límites de la sociedad antigua frente al desarrollo que podían lograr los hombres de este siglo. Era, en suma, el debate de la idea de progreso. Dos nombres merecen destacarse los de Montesquieu y Voltaire.

Althusser (ALTHUSSER, L., 1968. Montesquieu, la política y la historia. Ciencia Nueva Madrid) ha expuesto como el objetivo político de Montesquieu era el intentar evitar el declive de la nobleza amenazada por el rey y para ello intentaba ganarse a la burguesía. Como señala Althusser la gran contradicción de Montesquieu fue el creer que la amenaza contra los privilegios feudales venía principalmente de la monarquía y con ello iba a contribuir a la caída del único pilar solido de la nobleza.

La causa primordial de la caída del Imperio romano era la pérdida de la libertad republicana. Así Montesquieu compara la monarquía absoluta con el sistema imperial romano. Asimismo el argumento polibiano de la cohexistencia en el gobierno de la Roma republicana de los 3 estamentos-pueblo, senado, cónsul—, le sirve para esgrimirlo como el sistema idóneo para la Francia de su época, pretendiendo crear tres cámaras en las que estuvieran presente monarquía, nobleza y pueblo. Por razones en parte diversas las ideas de Montesquieu coincidirían, como veremos, con las de Gibbon. Ambos pretendían la existencia de un Estado parlamentario controlado por la nobleza y la burguesía.

Además, hay que tener en cuenta que Montesquieu era un noble que quería defender sus privilegios, pero al mismo tiempo estaba interesado en las actividades mercantiles, es decir quería ser burgués sin dejar de perder los privilegios que gozaba como noble.

En esa línea estaría dirigida su crítica al uso de los esclavos en las funciones artesanales, debido a que los ciudadanos estaban ocupados sólo en la guerra.

> «Los ciudadanos romanos consideraron el comercio y las artes como ocupaciones dignas de esclavos; y no las ejercían. Si hubo excepciones, fueron libertos que continuaban su primera industria. Pero, en general, sólo conocían el arte de la guerra, único camino que conducía a las magistraturas y los honores. Por eso se conservaron las virtudes guerreras, aún después de haber perdido todas las demás». (*Grandeza y decadencia de los romanos* (1962) Austral. Madrid, 65.

Si pasamos a Voltaire, su visión sobre las causas del Imperio Romano serían diferentes de las de Montesquieu.

En su Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones (1959, Hachette. Buenos Aires) lo achaca a la continuidad de los conflictos religiosos, la molicie de los soldados y la suplantación de los agricultores por monjes; VOLTAIRE (1959) 167:

> «La debilidad de los emperadores, las facciones de sus ministros y de sus eunucos, el odio que la antigua religión del Imperio tenía a la nueva, las querellas sangrientas suscitadas en el cristianismo, las disputas teológicas sustituyendo el manejo de las armas, y la molicie al valor, las muchedumbres de monjes reemplazando a los agricultores y a los soldados, todo apelaba a esos mismos bárbaros que no habían podido vencer a la república guerrera, y que derrotaron a la Roma languideciente, bajo emperadores crueles, afeminados, y devotos».

Esta obsesión por los catastróficos efectos del cristianismo es una constante; VOLTAIRE (1959) 242 y ss.:

> «Pero, ¿por qué los romanos no los exterminaron, como Mario había exterminado a los cimbros? Porque ya no había más Marios; porque las costumbres habían cambiado: porque el Imperio estaba dividido entre arrianos y anastasianos».

Estas circunstancias posibilitaron el saqueo de Roma por Genserico y, en suma, la invasión de los bárbaros.

Su juicio de la Edad Media es el propio de los hombres del Renacimiento y de su misma época, es decir, un período tenebroso y sombrío; VOLTAIRE (1959) 245:

> «Cuando se pasa de la historia del Imperio Romano a la de los pueblos que lo han desmembrado en el Occidente, se siente uno como el viajero que al salir de una soberbia ciudad, se encontrara en desiertos cubiertos de zarzas.
>
> ....
>
> El entendimiento humano se embrutece con las supersticiones más cobardes e insensatas. Estas supersticiones llegan hasta el punto de haber monjes que se convierten en señores y en príncipes: tienen esclavos y esos esclavos no se atreven siquiera a quejarse. Europa entera se corrompe en este envilecimiento hasta el siglo XVI, y no sale de él sino enmedio de terribles convulsiones».

Hombre de la Ilustración, Voltaire rechaza también el período antiguo, considerando que la Historia es interesante a partir del Renacimiento, pensamiento que enlaza con la polémica de antiguos y modernos, y toma partida claramente por su época dentro de la visión de progreso lo cual le lleva a criticar la antigüedad y defender los logros de su época que identifica con la aparición y desarrollo del capitalismo.

El siglo XIX conocería la difusión del Romanticismo, que en Alemania

tendría una vertiente que intentaría idealizar el atraso alemán, criticando la idea de progreso de la Historia, y en esta situación no es ninguna casualidad que las tesis denominadas primitivistas que veremos en el capítulo V, tuvieran aquí su origen o que en el siglo siguiente se propagaran las teorías de la «decadencia de Occidente». En suma, en la época contemporánea surgirían diversos enfoques sobre el final de la Antigüedad, que elegirían los argumentos que hemos ido viendo, o bien se fundamentarían en algunos los campos que veremos en los capítulos siguientes.

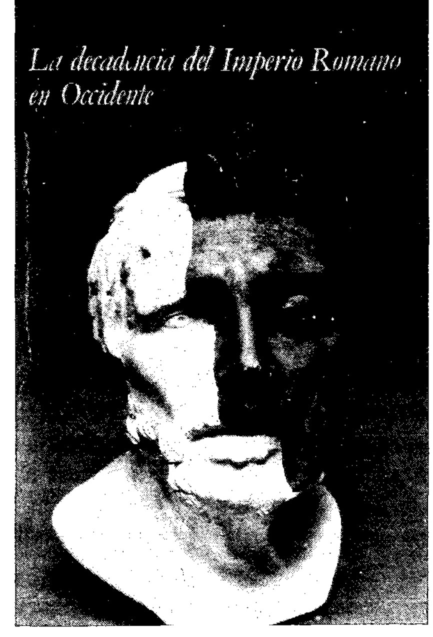
5.

Crecimiento, desarrollo, subdesarrollo

5.1. La pavorosa revolución

En 1979 se traducía al castellano el libro de F. W. Walbank, titulado *La pavorosa revolución. La decadencia del Imperio Romano en Occidente.* En esta obra de Walbank, sin duda influenciada por los efectos de la Segunda Guerra Mundial y el bienestar desarrollado en la década de los cincuenta, subyace la idea de que es la tecnología la que marca la diferencia entre Roma y el mundo actual (WALBANK; 1979, 145):

> «...quizá el más importante —y obvio— contraste con la Roma antigua consiste en la extensión moderna de la tecnología y el control de la naturaleza hasta un punto que ha pasado a ser algo enteramente nuevo y sin comparación en la historia ante-



Maqueta de la edición española de la obra de Walbank.

rior. Gracias a la maquinaria y a su aplicación al problema de las comunicaciones, ha sido posible reducir muy considerablemente la separación que siempre existió en tiempos antiguos entre la ciudad y el campo».

Para Walbank, la técnica antigua sólo era empleada en funciones improductivas, siguiendo la tradición clásica de los alejandrinos (WALBANK; 1979, 57):

> «De hecho, salvo unos pocos aparatos nuevos, como la rueda de molino, que probablemente se inventó en el siglo I d.C., pero que después no llegó a ser conocida hasta después de la caída del Imperio en Occidente, o la invención del fuelle de válvula en el siglo IV de nuestra era, que hizo posible por primera vez la fundición completa, el nivel de la técnica en el Imperio romano nunca sobrepasó el que se había alcanzado en Alejandría. Esta situación no se debió a ninguna debilidad romana especial; al contrario, continuó la tradición clásica de los alejandrinos, quienes no encontraban un empleo mejor para muchos de sus aparatos mecánicos que el de impresionar a las congregaciones ignorantes en los templos egipcios y apoyar a su religión con milagros falsos».

La única salida para el Imperio romano de Occidente era la de haber realizado un cambio tecnológico en el que se incluyera una mejora de las comunicaciones y una transformación de la estructura social. Ambas soluciones tendrían que haber venido desde arriba o mediante una revuelta social, casos para los que no había posibilidades, de ahí el fracaso del Imperio romano.

Preocupado por el tema del ascenso y decadencia de las civilizaciones, Walbank se pregunta si la civilización occidental puede seguir el mismo destino que Roma. El autor ve algunos síntomas alarmantes semejantes a los que surgieron en el mundo antiguo, como son la aparición de sistemas autoritarios donde no existe el liberalismo económico, el laisser faire. La planificación económica de los últimos siglos del Imperio era endeble y tendía a la aparición de una burocracia corrupta que paradójicamente condujo a la separación de las provincias.

Otro tema abordado por Walbank es la tendencia hacia la descentralización, a que no sólo se exportan los productos sino que la industria se exporta a sí misma (WALBANK; 1979, 64 y ss.):

> «Otro rasgo importante de la industria basada en la esclavitud era que la concentración no traía consigo una reducción apreciable de los gastos generales, como ocurre cuando se emplean máquinas. Por eso no había ningún incentivo para desarrollar los viejos centros en vez de extenderse hacia nuevas zonas. Además, la simplicidad de los antiguos equipos y la ausencia de maquinaria complicada hacía fácil el traslado de las industrias. Normalmente se trataba sólo de unas cuantas herramientas simples y de la habilidad llevada en las mismas manos de un obrero especializado. Por otro lado,

el mercado interno restringido, que necesariamente empujaba al comerciante cada vez más lejos, se juntaba con las demandas constantes de un ejército relativamente próspero a lo largo de las fronteras, para reforzar la tendencia general centrífuga de la industria.

....

La próxima fase era la llegada del comerciante italiano, como mercancías para el ejército, e incidentalmente, para la población local. Rápidamente se producía el desarrollo de estaciones comerciales y pueblos-mercados, como Krempten en Argovia; y muy pronto se alcanzaba la fase final con el desarrollo de la producción en la que había sido originalmente una zona colonial. La industria se había trasladado, y disminuía la demanda de productos italianos».

Por último, Walbank expone que el tema de los bárbaros, entendiendo por ello los pueblos no civilizados, es decir, no integrados en la cultura occidental, al igual que en la época de Gibbon, no constituían ningún peligro al no disponer de tecnología moderna, y si hubiesen llegado a dominarla hubiera significado que a su vez estos pueblos habrían entrado en la civilización.

La moraleja final del fin de la Antigüedad es evitar que la historia se repita, es decir que la pavorosa revolución no vuelva a producirse, (WALBANK; 1979, 153):

«¿Cuáles son, entonces, las alternativas que nos presenta? Están bastante claras. Una opción con la que nos enfrentamos consiste en intentar planificar los recursos de la sociedad moderna para la totalidad de los pueblos, cualquiera que sea su color; avanzar hacia un reparto más equitativo de la riqueza, en los dos niveles, nacional e internacional; dar nueva oportunidad al empleo de las nuevas fuerzas técnicas que ya controla el hombre. Esta es una senda nueva sobre la cual la antigüedad no puede iluminarnos, porque nunca recorrió ese camino. La alternativa es ignorar la lección que nos ofrece la historia de Roma, seguir los pasos del mundo antiguo (que nunca resolvió este problema porque no pudo), planificando o dejando de planificar para unos pocos, para el infraconsumo doméstico, para una confusa lucha por conseguir mercados exteriores y así, a la larga, para llegar a guerras imperialistas o coloniales, a revoluciones y a la ruina final».

En la obra de Walbank se condensan los principales juicios que desde el terreno de la historia económica se han hecho sobre el fin de la antigüedad, siempre en el sentido empleado por Gibbon, quien también utilizó la expresión awful (revolution), que en inglés, como expresa la traductora de la edición española, «tiene connotaciones ambiguas que dan idea de la fusión entre lo horrible y lo sorprendente».

Este sentido catastrofista ha impregnado la mayoría de los análisis sobre el fin del Imperio romano y es que en el fondo, todo estudio de este momento, significa a su vez un juicio del presente, por lo que convendría

repasar las principales tendencias existentes para observar en qué teorías económicas se apoyan y qué proyecto de futuro nos ofrecen.

El núcleo central de las argumentaciones estaría centrado en la llamada polémica entre primitivistas y modernistas, posiciones que en último término encubrían dos visiones de la Historia, por una parte la del progreso, y por otra la que sostenía que el bienestar económico iba unido a un laisser faire por parte del Estado.

En la segunda mitad del siglo pasado Rodbertus (1865) y más tarde Bücher (1893) iniciaron las teorías que serían denominadas primitivistas la base de la tesis consistía en la afirmación que la economía doméstica (*oikos*), basada en unidades de producción autosuficientes, había sido la dominante en la antigüedad, jugando la moneda y los intercambios un papel secundario.

Frente a ello, a fines de siglo, Beloch y Meyer (1895) defendieron la opinión de que en la antigüedad se habían producido etapas que por sus características podrían definirse como capitalistas. Dentro de esa concepción modernista, Meyer esbozaría una concepción cíclica de la historia según la cual se producen tres fases: Edad Media, Capitalismo y decadencia, con lo que comenzaría de nuevo el ciclo. Así la decadencia se produciría en el siglo III, correspondiendo ya los restantes siglos a la Edad Media.

Las causas de la decadencia son internas, por ejemplo, debilitamiento de la cultura al pasar de una minoría a las masas; barbarización del ejército; ruina de los municipios por la presión fiscal; disminución de la población; alejamiento de los campesinos del campo con el incremento de tierras baldías y, a la inversa, aumento de la plebe ociosa, siendo la ciudad antigua la causante de la crisis económica (MEYER; 1955, 125 y ss.):

> «En nuestro tiempo se discute mucho si la población urbana podría desarrollarse por sí misma, sin la afluencia de gentes de fuera. Pero en la Antigüedad, si tenemos en cuenta las malas condiciones higiénicas de vida, las desolaciones, las epidemias, los incendios (y también los terremotos) y la gran mortalidad infantil, hay que descartar sin disputa la posibilidad de que las ciudades crecieran y se desarrollaran por sus propios medios.
>
> Pero tampoco esto, con ser importante, es lo decisivo. En condiciones normales, estos efectos habrían sido compensados, a no dudarlo, por el constante incremento de la población campesina. Es en este punto precisamente donde la ciudad revela su acción corruptora: la ciudad va minando las posibilidades de existencia de la población del campo por las ventajas materiales y sociales que brinda a los hombres y que atraen como un imán a la población rural, por el señuelo de las rápidas ganancias y los trabajos remuneradores, unido a la seducción de los repartos gratuitos de víveres, que permiten a los pobres vivir en la ociosidad y, sobre todo, por el pleno desarrollo del capitalismo, de la economía monetaria y del derecho capitalista, con todas sus consecuencias, que van desintegrando las condiciones de vida en el

campo y destruyendo sistemáticamente el régimen natural e indispensable de existencia y de cambio de los campesinos.

Este proceso puede desarrollarse larvadamente durante siglos, sin que sus devastadores efectos salten a la vista del hombre inexperto, ante cuyos ojos el brillo aparente y el incremento de la riqueza nacional ocultan de un modo capcioso la malsana realidad: hasta que, de pronto, se ponen claramente de manifiesto las desastrosas consecuencias, y la ruina de la población campesina se contagia a la ciudad. El comercio y el tráfico comienzan a estancarse, la industria se paraliza, miles de brazos ávidos de trabajar permanecen ociosos, pues ya no se producen en cantidad suficiente las bases de la vida, los medios de sustento, que ninguna actividad industrial, por intensa que ella sea, es capaz de suplir; y las ciudades comienzan a languidecer, como antes el campo.

....

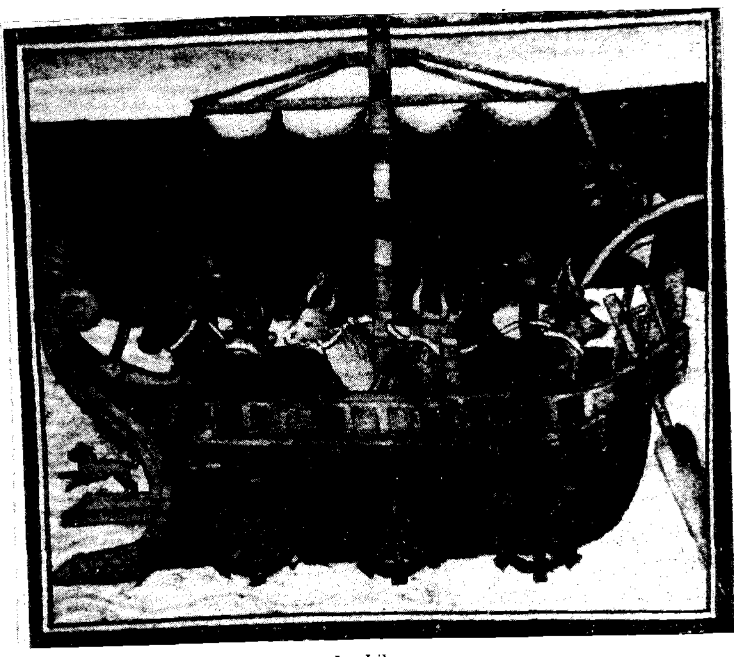
Se cierra, de este modo, el ciclo: la ciudad, que comienza siendo el resorte principal de la cultura y la causa de un formidable fomento y un incremento extraordinario de la prosperidad, destruye a la postre la prosperidad y la cultura y acaba destruyéndose a sí misma».

Así se cierra un ciclo y comienza un nuevo período marcado por el nacimiento de una nueva Edad Media. Esta concepción cíclica, que Meyer toma de Vico y que sería retomada en la Decadencia de Occidente de Spengler, significaba la afirmación de que el camino de la historia ya estaba predestinado de antemano, coincidiendo las fases de esplendor con el desarrollo del capitalismo sin que se pudiera esbozar ninguna alternativa diferente.

Las primeras décadas de nuestro siglo estuvieron marcadas por la predominancia de las tesis modernistas en historiadores como Rostovzeff, Westerman o T. Frank, aunque a su vez autores cercanos al primitivismo como Max Weber criticaran el empleo para la antigüedad de términos como burguesía urbana, libre competencia o capitalismo, expresando cómo se trataba de dos fases distintas aunque aparentemente pudieran parecer idénticas. La caída de la ciudad antigua, concebida como centro de consumo, sería uno de los hilos conductores de la decadencia desde una óptica primitivista, ya que para Weber, como antes para Bücher y más tarde para Pirenne, la ciudad antigua sería exclusivamente una ciudad de consumo mientras que desde el bajo medievo se convertiría en una ciudad productiva.

En conclusión, las tesis subterráneas de este debate escondían, como dijimos antes, dos concepciones del presente. Para los primitivistas, cada fase de la historia de la economía había sido superior a la anterior pero inferior a la posterior. Se intentaba confirmar la regla de oro de la economía política del siglo XVIII y que tanto agradaba a los liberales del siglo XIX, en el sentido de que la historia de la humanidad estaba presidida por la idea de un progreso continuado que podrá sufrir interrupciones tempo-

El llamado currus depranus.



La Liburna.

rales pero nunca fases de crecimiento y depresión. Así el final de la antigüedad conocería una de las fases de paralización temporal. Veamos cómo nos lo pinta Max Weber (WEBER; 1976, 56 y ss.):

> «Así desapareció la envoltura, ya muy delgada, de la cultura antigua, y la vida espiritual de Occidente se sumió en larga noche. Pero su caída recuerda a aquel gigante del mito helénico que recobraba nuevas fuerzas cuando tocaba el seno de la madre tierra. Ciertamente hubiera parecido extraño a los viejos clásicos el mundo en torno si uno de ellos hubiera despertado de sus pergaminos en la época carolingia y contemplado el mundo desde una ventana del convento: el olor a estiércol le hubiera dado en la cara. Pero los viejos clásicos dormían entonces, como la cultura, el sueño invernal en el seno de una vida económica que se había vuelto campesina. Sólo más tarde, cuando sobre la base de la división libre del trabajo y del tráfico volvió a revivir la ciudad en la Edad Media, cuando el tránsito de la economía nacional preparó la libertad burguesa, cuando quedó rota la sujeción a las autoridades exteriores e interiores de la época feudal, sólo entonces el viejo gigante se incorporó, dotado de nueva fuerza, y elevó el legado espiritual de la antigüedad a la luz de la moderna cultura burguesa».

Las corrientes liberales de los momentos de libertad económica o de libre competencia coincidían con períodos de libertad política. De esta forma, los períodos romanos, en los que existió el laisser faire fueron los de prosperidad, mientras que a la inversa, la introducción de lo que se ha llamado estado autoritario fue el causante de la decadencia de la economía antigua.

Estas tesis, que ya aparecían esbozadas en Meyer, serían defendidas hasta el absurdo por Westerman, quien mantuvo la opinión de que la eliminación de la libre competencia por parte del Estado dio por resultado el hundimiento de la economía y con ella el fin del Imperio romano de Occidente.

Como se puede ver, las teorías económicas sobre la economía antigua en general y sobre el fin del mundo antiguo en particular han sufrido una fuerte discusión desde que hace más de un siglo Rodbertus introdujera la noción de primitivismo. Aunque, como hemos visto, se trataba de una falsa polémica en la que se intentaba dirigir la discusión necesariamente hacia uno u otro polo, hoy día ha perdido fuerza a pesar de que de vez en cuando algún historiador pretende utilizarla.

5.2. El crecimiento

Por crecimiento económico tradicionalmente se entiende un aumento considerado del nivel de renta de una sociedad concreta. Entendido de esta manera, el crecimiento puede expresar la evidencia exterior de un

proceso de desarrollo económico como sería la expansión del comercio, del consumo, el capital y la fuerza de trabajo. Esta definición tiene muchos detractores, ya que estos barómetros no nos informan de la mejora real de una sociedad en su totalidad. En estos criterios sociales es donde hay una fuerte polémica entre los economistas, existiendo lo que se podría llamar partidarios del crecimiento a secas y los que defienden un crecimiento global, es decir, que beneficie a todo el conjunto del tejido social.

Bajo esta óptica, todo crecimiento se medía exclusivamente como consecuencia de la obtención de capitales, mercados o tecnología, sin tener en cuenta los beneficios de unos o las condiciones de trabajo de otros.

El término crecimiento va unido, pues, a la noción de progreso, y con ello se obvia la vía de obtención de este crecimiento. Es por esto que es necesaria una confrontación con las restantes instancias, tal como plantea Vilar; VILAR Pierre (1964); *Crecimiento y desarrollo*. Ariel, Barcelona. Pág. 50 y ss.:

> «...el análisis histórico difiere del análisis económico en el hecho de reagrupar los factores de crecimiento en vez de aislarlos, y que sería absurdo estudiar el «crecimiento económico» de nuestro tiempo ignorando la lucha de clases y el imperialismo, como lo sería estudiar el del siglo XVI desconociendo la explotación de los indios de América, o las guerras campesinas de Alemania».

El polo opuesto del crecimiento es la decadencia o estancamiento y con ello entraremos de nuevo en el objeto de nuestro estudio. Las teorías de que en la tardoantigüedad hubo un cese en el crecimiento y se pasó a un estancamiento y, por consiguiente, a una decadencia, son las sostenidas por la mayoría de los historiadores. Estas opiniones se basan en síntomas indirectos, uno de los cuales es el estancamiento tecnológico, del que nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

Las tendencias que hemos llamado neoprimitivistas defendían la opinión de que la ausencia de crecimiento se debía a que en el sistema romano era imposible un progreso tecnológico continuado.

Frente a esta opinión, en 1969. D. H. Reace (The Technological Weakness of Ancient World, Greece and Rome), expuso la teoría de que la causa estribaba en que la falta de recursos impedía un despegue (take-off) de la economía antigua. En el fondo, Reace volvía a poner en vigencia las teorías de Rostow (*Las etapas del crecimiento económico*, Méjico, 1962), cuyo principal defecto consistía en estudiar los factores de este take-off de una forma mecanicista, al margen de la realidad social en su conjunto.

5.3. Del desarrollo al subdesarrollo

Vilar señalaba hace unos años que cada vez era más notorio entre los economistas la búsqueda en la historia de «modelos» de desarrollo de la sociedad con los que se realizara una visión del pasado que explicara las causas de arribada a los tiempos presentes y justificara el programa económico del futuro. Dentro de esas visiones el mismo Vilar criticaba el modelo de desarrollo creado por Rostow.

Para Rostow, un gran modelo dentro de las sociedades tradicionales sería el de los «Imperios»; VILAR (1964), Ob. Cit. pág. 500. Estos «Imperio»-antiguos, orientales y chinos-debido sobre todo al mejorar el nivel de la producción. Pronto una serie de factores como las guerras en escenarios demasiado amplios, la corrupción de la administración y la presión demográfica, provocaría que regresaran al nivel de desarrollo del que habían partido y ahora por un período más largo.

Consiste en un modelo «negativo» frente a los de desarrollo, y en el fondo no se trata; VILAR (1964), Ob. Cit. pág. 526:

> «...de saber si la gente 'está preparada para', 'tiene una propensión a...'. Se trata de comprobar el hundimiento de un cierto tipo de beneficio, la baja de un cierto tipo de intereses y la necesidad de encontrar otras combinaciones provechosas. Por nuestra parte, creemos que todo análisis de los orígenes de la industria moderna confirma las hipótesis de Marx. Es cierto que si bien algunos historiadores las redescubren, empíricamente, demasiado pocos se apoyan en ellas para guiar su investigación. Ciertamente, W. W. Rostow estaba en su derecho al proponer otro 'modelo', pero un 'must be prepared' no explica nada».

Lo que en Rostow son dos mundos que corresponden a «dos etapas»: preindustrial e industrial, algunos economistas lo han complicado con la introducción de la teoría del subdesarrollo, es decir, que el capitalismo o la sociedad desarrollada necesita de coexistencia, simultánea en el tiempo, de sociedades más atrasadas (subdesarrolladas), existiendo unas dentro de las otras o siendo unas complementarias de las otras.

Así sin subdesarrollo no hay desarrollo, o es decir, el desarrollo genera subdesarrollo. Para el Imperio romano, Caradini ha visto agudamente el problema; CARANDINI Andrea (1980): Introduzione a J. Kolendo, L'Agricultura nell'Italia romana, Roma, pág. XLIX y ss.

Para el discurso histórico primitivista, «el milagro económico romano» no fue más que una ilusión o una excepción. Sin embargo una excepción puede ser simplemente una excepción o bien «la excepción dominante» sobre lo que gravita el resto del conjunto. De esta forma el sistema esclavista antiguo, aunque se diera sólo en algunas zonas «claves», no subordinaba a los restantes sistemas que aunque fueran más numerosos, habían entrado en una dependencia respecto al primero.

Esclavismo y capitalismo tienen necesidad de «otro» mundo más «atrasado» en el que ejercitar su poder y aumentar el desarrollo del centro. «Tales zonas externas absorben productos y suministran trabajadores e importantes elementos productivos».

5.4. La cuestión demográfica

En 1958, M. I. Finley publicó una recensión a la obra de A. E. R. Boak (1955) quien quería demostrar que desde el siglo II se produjo un gradual descenso demográfico, una de cuyas consecuencias más notorias sería la desintegración de las provincias romanas occidentales por la disminución del potencial humano.

Boak intentó una demografía científica de la antigüedad, por lo que recurría frecuentemente a superficiales comparaciones con otros períodos y países «aparentemente» semejantes. Una parte importante de la obra se dirige a explicar que debido al declive demográfico, los emperadores se veían obligados a reclutar bárbaros, mientras que en Oriente esto no sucedió.

A su vez expone que las mayores consecuencias de las epidemias de mediados del siglo III se dieron en la zona oriental del Imperio e incluso apunta que la que se produjo durante el reinado de Marco Aurelio tuvo más incidencia en Oriente. Ante esta última opinión. Finley se pregunta (FINLEY: 1976, 158):

> «Si la falta de potencial humano fue la clave de todas las dificultades del siglo III, y aún después, incluyendo el reclutamiento del ejército, ¿mediante qué tipo de magia los emperadores orientales fueron capaces de descubrir unas reservas humanas que no existían? Hablando en términos generales, si la falta de población no derrumbó al Imperio oriental, no es posible considerarla como clave para comprender la caída del Imperio de Occidente.»

El punto más débil de esta teoría consiste para Finley en el hecho de que «la población no es jamás una variable independiente». De este modo los efectos de una amplia mortalidad causada por la guerra o una epidemia puede paliarse a corto plazo si se introducen nuevos elementos como mejoras sanitarias u otras actividades. Pero estos datos «no nos dicen nada sobre las tendencias a largo plazo. El profesor Boak no parece haberse preguntado qué es lo que origina el incremento o declive de la población durante un largo período temporal. Aparte del breve y poco útil análisis sobre la esperanza de vida, su informe asume, simplemente, un tipo de inevitabilidad de evidente carácter negativo. Lleva razón al insistir en que la población es un factor, y cuando lamenta la indiferencia que prevalece entre los historiadores de la antigüedad sobre esta materia. Este es un fa-

vor que nos hace. Pero corre muchos riesgos debido a la forma en que insiste, sobre todo, en sus pretendidas leyes científicas. De esta manera, el declive demográfico sustituye al agotamiento del suelo o a la degeneración racial como explicación de moda sobre la decadencia del Imperio Romano, durante los años 50 y 60 de este siglo».

La existencia o la puesta en cultivo de nuevas tierras, los *agri deserti*, ha querido ser presentado como un argumento más de la despoblación existente. R. Whittaker (1976) ha demostrado cómo gran parte de la literatura existente sobre el tema se debe a una exageración de los escritores antiguos, sobre todo cristianos, que cargaban las tintas sobre la situación existente como producto de las persecuciones de cristianos. En este contexto el sentido de catástrofe va ligado al de castigo divino por los pecados imperiales. Así, los estragos de los cuatro jinetes apocalípticos (guerra, hambre, peste y muerte), factores que sin duda existieron, se exageraban dentro del pensamiento cristiano de los juicios de Dios. Para Whittaker, aparte de las diversas alteraciones surgidas sobre todo al fin de la dinastía severa y gobierno de Diocleciano, la productividad agrícola permaneció relativamente estable.

Se desconocen en profundidad los efectos de las diversas epidemias que se dieron en estos siglos (166, 180-192, 270 y 540-760). Todas ellas parece que tuvieron un mayor impacto en el Mediterráneo Oriental, pero a su vez el Imperio Romano de Oriente persistió, por lo cual no repercutieron de una forma directa en la caída del Imperio de Occidente.

En otro sentido, existe la teoría de que la serie de oleadas continuadas de peste que se dieron desde el 540, provocarían una debilidad de la cuenca del Mediterráneo que explicaría la rápida expansión del Islam, y el apogeo del Imperio carolingio. De nuevo estamos en lo que Finley ha llamado los abusos de la Historia, y sobre ello, estas teorías, aunque pueden explicar un aspecto, no contemplan el todo, o dicho de otro modo, una sola causa no desencadena todas las demás, aunque al no conocerse algunos de ellos en profundidad, pueden parecernos unos más misteriosos que otros.

Los argumentos expuestos hasta aquí parecen demostrar que la terrorífica crisis económica es un *topos* que desde la antigüedad se ha venido repitiendo según los gustos e intereses de cada época o de cada autor, y lo que nos encontramos son unos siglos de grandes transformaciones de las que no conviene confundir las consecuencias con las causas.

6.

Hombres y máquinas

6.1. El estancamiento tecnológico

En 1986, el arqueólogo italiano Andrea Carandini escribía en el prólogo a la obra de J. Kolendo, *L'agricultura nell'Italia romana*, que en la sociedad antigua el esclavo era el instrumento de trabajo por excelencia, y constituía «la invención tecnológica más grande de la antigüedad». De esta forma «juzgar la tecnología de los romanos referida exclusivamente a los objetos inanimados (generalmente menos desarrollados respecto al alto medievo) será como juzgar la tecnología actual limitada exclusivamente a la capacidad artesanal (notoriamente baja) de los obreros asalariados. Cada época tiene, en suma, el retardo de su técnica».

Con estas palabras, Carandini ponía en tela de juicio los postulados tanto modernistas como primitivistas de que debido al empleo de la fuerza de trabajo esclava el desarrollo de las fuerzas productivas antiguas habían quedado bloqueadas.

Un lugar común habitual es el expresado por un libro muy divulgado en España en la década de los sesenta; LILLEY, S. (1967, *Hombres, máquinas e Historia*, Madrid), que nos ha inspirado el título del presente capítulo. Se trataría de que la oligarquía romana invertía sus beneficios en esclavos en lugar de máquinas. Con este axioma, el autor recoge las tendencias dominantes en su época de que la esclavitud frenó el desarrollo del maquinismo, lo cual fue la causa de la decadencia de Roma. De esta forma se produjo un bloqueo por el cual «las invenciones» antiguas sólo pudieron



El principio de Arquímedes, según lo representaban en el siglo XVIII.

realizarse cuando pasada la tenebrosa Edad Media encontraron un marco adecuado en el Renacimiento.

Si seguimos leyendo a Lilley nos encontramos con que su bloqueo se centró en el siglo III d.C. ya que expone que en los siglos IV y V d.C. se incrementó el desarrollo de la maquinaria y la disminución del empleo de la mano de obra esclava. Si el bloqueo tecnológico se iba rompiendo ¿por qué decayó la sociedad antigua? Evidentemente las respuestas son turbias, porque se produjo demasiado tarde o porque no fueron fenómenos masivos.

En el juicio sobre la confrontación tecnológica entre Antigüedad y Medievo, la obra de L. White, *Tecnología medieval y cambio social*, (Buenos Aires, 1973), iba a producir un fuerte impacto entre los partidarios del bloqueo tecnológico antiguo. El trabajo de White nos puede servir de ejemplo para contemplar como «el motor de la historia es la tecnología» y en el caso que nos ocupa, de que diversos inventos, provocaron el fin de la sociedad antigua y la formación del feudalismo.

White elige tres campos para demostrar su teoría: el empleo del estribo, *los instrumentos y técnicas agrícolas*, la *energía y los dispositivos mecánicos*. El uso del estribo se dio entre los francos, suponiendo, según White, la consolidación del sistema feudal (WHITE, 1973: Ob. Cit. págs. 18 y 74):

> «El estribo, al brindar un apoyo lateral aparte del sostén que por delante y por atrás ofrecían el pomo y el borrén respectivamente, asociaba de manera eficaz al caballo y al jinete en una sola unidad de combate capaz de una violencia sin precedentes. La mano del combatiente ya no era la que descargaba el golpe: simplemente lo guiaba. El estribo reemplazó así la energía humana por la fuerza del animal y aumentó enormemente la capacidad del guerrero para causar daño a su enemigo. Inmediatamente, pues, sin etapas preparatorias, posibilitó el combate con carga de la caballería, o sea, una nueva y revolucionaria manera de combatir.»

Para White sólo los francos dirigidos por Carlos Martel supieron captar las ventajas que ofrecía el uso del estribo y «en función de éste crearon una nueva modalidad de guerra sostenida por la novedosa estructura de la sociedad que llamamos el feudalismo».

White refuta la tesis de Pirenne de que el Islam había destrozado la koiné económica mediterránea y el despegue se había desplazado hacia el norte del Mediterráneo. Para él la causa no era la invasión del Islam sino la revolución agrícola que se había ido gestando en los territorios del norte de Europa desde la época romana (WHITE, 1973: Ob. Cit. pág. 94 y ss.):

> «Una solución más perdurable del problema histórico que plantea el traslado del centro de gravitación de Europa del Sur al Norte ha de encontrarse en la revolución agrícola de la Alta Edad Media. En los comienzos del siglo IX ya se habían desarrollado todos los principales elementos interconectados de esta revolución: el arado pesado, los campos abiertos, el arnés moderno, la rotación trienal: todo, salvo la herradura de clavos, que aparecería cien años después.»

Aunque la difusión de estas técnicas, sobre todo la rotación trienal, tardaría en penetrar fuera del reino franco. White opina que de todas formas el impulso alcanzado en el reino franco, donde Carlomagno rebautizaría los meses, revela la importancia de la agricultura que seguramente alcanzaría un notorio desarrollo de su productividad.

El tercer punto que trata White es menos original: el desarrollo de la mecánica que durante la antigüedad había sufrido un bloqueo tecnológico.

Como podemos ver, los tres campos coinciden en lo mismo: las causas del advenimiento del medievo consisten en la tecnología, como ha dicho Anderson (1979, 186, nota 2) «el molino y el arado se convierten en demiurgos de las grandes épocas históricas». Hay que tener en cuenta que los cambios tecnológicos no fueron tan rápidos y que la masificación del uso de los nuevos arados o el resto de las «invenciones», se fueron introduciendo en Europa a lo largo de la Alta Edad Media.

Frente al fetichismo de la máquina, Carandini ha planteado que en la antigüedad el uso de la máquina fue rentable en el cultivo extensivo, no en el intensivo. Se trata, pues, de un fenómeno contrario al capitalista, siendo la máquina el exponente de un signo de recesión producida, mientras en las fases siguientes se convierte en el exponente del progreso.

Sólo en los campos en que la mano humana no podía suplir a la máquina se producirían avances tecnológicos. El mayor de todos sería la guerra, donde la mecánica alcanzaría un alto desarrollo siendo usual referirse a la descripción de Plutarco (vidas paralelas, Marcelo) de «los inventos» de Arquímedes durante el asedio de Siracusa por Roma. Aunque el relato tiene elementos fantasiosos, se sabe por otras fuentes arqueológicas y literarias que la mecánica aplicada a la guerra fue uno de los terrenos donde no existía un bloqueo tecnológico. Esto nos lleva a plantearnos el tema de la rentabilidad de la mano de obra esclava.



Dibujo de un molino galo romano en el que 16 ruedas hidráulicas accionaba 16 muelas.

6.2. La rentabilidad de la fuerza de trabajo esclava

El historiador norteamericano M. I. Finley; FINLEY M. I. (1982). *Esclavitud antigua e ideología moderna*. Crítica, Barcelona, señaló que en la discusión sobre la esclavitud antigua prevalecieron criterios ético-espirituales.

La obra de H. Wallon. *Histoire de l'esclavage dans l'Antiquité*, cuya primera edición es de 1847, es decir, de una época en que el abolicionismo era un tema candente, cargó las tintas en la idea de que no había defensa moral alguna sobre la esclavitud, es decir, que un hombre convirtiera a otro en un «instrumento vocal», tal como lo denominaban los antiguos.

Frente a esta opinión estaba la de D. W. Heeren quien a principios del siglo XIX había expuesto que sin la esclavitud no hubiera sido posible el milagro griego, añadiendo que «es lícito tener dudas respecto de si se pagó un precio demasiado alto con la introducción de la esclavitud».

Este balance es para Finley la clave de las teorías sobre la esclavitud, es decir, si era justo que un hombre explotara a otro o si el fin, el legado cultural antiguo, justificase los medios».

De ahí, la polémica derivó hacia el papel de la esclavitud en la economía, convirtiéndose tras la segunda Guerra Mundial en un campo de confrontación ideológica centrado en/contra el marxismo, tendiéndose a magnificar o minimizar la importancia de la esclavitud en la sociedad antigua.

Pasando al tema que nos interesa, la rentabilidad de la fuerza de tra-

bajo esclava, aquí las teorías dominantes, de uno u otro signo, han estado impregnadas por los criterios del progreso o los ético-morales que veíamos antes. De esta forma, según estas normas, las fuerzas productivas antiguas entrarían en crisis al no poder ampliarse o transformarse en otras formas más dinámicas, de ahí que la esclavitud se convirtiera en un freno para el avance de la producción y tuviera que ser reemplazada por los sistemas feudales.

Aunque hay algunos puntos ciertos, lo que no es tan cierto, es que la esclavitud no fuera rentable o lo fuera menos que otros sistemas que empleaban el maquinismo.

Las ideas abolicionistas, cuyo momento más conocido fue la Guerra de Secesión norteamericana, debido a la influencia cultural de Estados Unidos, sublimaron las tesis del débil desarrollo de las fuerzas productivas frente al maquinismo y su necesaria abolución en aras tanto de una mayor rentabilidad como de una justificación social. Estas opiniones sí nos interesa observarlas porque son las mismas que se emplean sobre la antigüedad y ello no es ninguna casualidad sino que es indudable que el conjunto de teorías sobre la esclavitud moderna han influido e influyen en las realizadas sobre la esclavitud y la decadencia de la esclavitud antigua.

Las tesis dominantes sobre la baja rentabilidad de la esclavitud norteamericana han comenzado a ponerse en entredicho desde corrientes ideológicas dispares. En el marco de la New Economic Review, los americanos R. W. Engerman y E. Fogel, en su polémico y al mismo tiempo discutible Tiempo en la cruz. La economía esclavista en los Estados Unidos (1981, Ed. Siglo XXI, Madrid), expusieron la opinión de que bajo «ciertas condiciones» la esclavitud sureña fue rentable aunque la rentabilidad ya había sido defendida anteriormente por K. M. Stampp. La importancia de «Tiempos en la cruz» es que desató una fuerte discusión y en torno a ello, la teoría de la rentabilidad volvió a ponerse sobre el tapete. Con relación al trabajo hay que puntualizar que sus conclusiones iban destinadas a querer defender la viabilidad del sistema a través de una metodología basada en curvas de oferta y demanda con numerosos errores en la misma utilización de los datos empleados.

En otra línea metodológica, los historiadores cubanos R. Cepero Bonilla; 1976, Azúcar y Abolición,Crítica, Barcelona y M. Moreno Fraginals (1984, «Sucre, esclaus y revolució 1790-1868» en L'Avenç, 74) defendieron asimismo las tesis de que bajo «ciertas condiciones» la esclavitud fue rentable en Cuba. Moreno Fraginals puntualiza que «es absurdo pensar que nuestros productores no eran burgueses porque poseían esclavos o que poseían esclavos por una actitud mental contraria al progreso».

Lo importante para nosotros es que la confrontación hombre/máquina es un falso debate y en el análisis de la rentabilidad hay que introducir otros elementos como puede ser el de la rentabilidad bajo «ciertas condiciones».

A partir de los setenta, muchos historiadores han empezado ya a defender la opinión de que la producción esclavista romana orientada hacia el valor de cambio alcanzó unas altas cotas de beneficios. Las causas del declive no sería, pues, el maquinismo sino la creación de otro modelo político y productivo donde la esclavitud fuera ya menos beneficiosa que la máquina.

6.3. El capitalismo antiguo

En 1973, M. Vigil, en Historia de España (Ed. Alfaguara), apuntaba que en los estudios sobre economía antigua se aplicaba un particular énfasis «en la distribución de los productos, es decir, en el comercio, mientras que apenas se trata de la producción y de las formas en que ésta se hacía. Todo ello es debido, por un lado, al carácter de las fuentes que se pueden utilizar, muchas veces de tipo arqueológico, y, por otro lado, a considerar el tráfico de mercancías como la única realidad económica».

Estas circunstancias hacen que los debates económicos se centren en la circulación de mercancías, con lo que si se percibe un aumento de éstas, sobre todo de la cerámica, estaremos en una fase de esplendor y a la inversa entraríamos en una de declive.

Bajo estas coordenadas se mueve en muchos casos el debate sobre la «crisis» del mundo antiguo, a nivel de lo que podríamos llamar historia provincial o local.

Este fetichismo de la mercancía hizo que la balanza modernista tomara un fuerte impulso de la mano de Mommsen. Barbagallo, Beloch, Rostovzzeff o Heichelheim. Sin embargo, las conclusiones finales de estos historiadores no eran coincidentes.

Lo que M. Rostovzzeff quería demostrar era que el neocapitalismo romano, que él coloca semejante al americano, se había desarrollado a la sombra de un sistema económico liberal que fue arrinconado por su incompatibilidad con los criterios de los gobernantes sobre la seguridad del Estado. El resultado sería la implantación de una mezcla de despotismo oriental y socialismo de una ciudad-estado. Lo que alentaba la teoría de Rostovzzeff era indudablemente la revolución rusa, cuyos criterios no había compartido, y le marcaría en sus posteriores trabajos realizados en el exilio. De esta forma, el fin del Imperio romano se debió al intervencionismo estatal que frenó tanto la iniciativa privada como la misma libertad de sus ciudadanos.

Si pasamos a F. M. Heichelheim (*Storia Economica del Mondo Antico*, Bari, 1972, con prólogo a cargo de M. Mazza, la edición alemana es de 1938), sus criterios son diferentes a los del historiador ruso. Coinciden ambos en ser exiliados, pero Heichelheim, como ha expuesto Mazza, mantuvo la herencia del historicismo alemán. Su obra reboza un filohelenismo que a su

vez rezuma un fuerte antiromanismo en el cual hace gala de una exaltación neoromántica de «lo griego» de acuerdo con el clima que imperaba en las universidades alemanas. En esta línea, juzga negativamente la economía romana de los primeros siglos del Imperio que transcurrieron de forma parasitaria debido a que los romanos utilizaron, derrocharon y agotaron el patrimonio recibido de los griegos.

Hijo de banquero, Heichelheim le concede una gran importancia al funcionamiento monetario que para él fue uno de los factores básicos de las transformaciones económicas. El sistema monetario, que había llegado a su máximo apogeo con César y Augusto, se desmoronó al no gozar de crédito. Surgiría así una nueva fase de economía natural donde la moneda se convierte en una mercancía más. De esta manera, los grandes capitales, que jugaron un papel claro en los siglos anteriores son suplidos por las grandes propiedades protofeudales con una economía cerrada.

Como se ve hasta aquí, las ideas no son originales ya que recogen la tradición historicista imperante en Alemania. Lo novedoso es su revalorización de la tardo-antigüedad y, al contrario que Rostovzzeff, del dirigismo de Estado que para Mazza se debe a su admiración por la economía planificada y a su extraña apreciación por los elementos religiosos y espirituales que para él fueron los dinamizadores de las transformaciones sociales y económicas. Así las ideas cristianas contrarias a ganancias excesivas explicarían la nueva situación.

Como nos dice Mazza, una obra que arranca del Paleolítico e intenta ver la lógica económica concediendo una gran importancia a lo que se llama «capital móvil» no ve o no quiere ver dos características aniquiladoras que en sí misma contiene, y así en los momentos claves recurre a factores externos. Roma en el caso de las monarquías helenísticas, el cristianismo para el Imperio romano.

Estos ejemplos nos pueden ilustrar en la forma como se suele tratar el tema del capitalismo antiguo por parte de los modernistas aunque en sentido contrario como expone De Martino (1985, *Historia Económica de Roma Antigua*, vol. II. Madrid, pág. 623):

> «No se puede caer en un esquematismo como sería el de una economía integrada en la sociedad o en la política y una economía moderna desvinculada y libre, o, incluso en situar el nacimiento de una economía sólo después del nacimiento de la ciencia económica».

Por esta vía llegaríamos a la explicación primitivista del fin del mundo antiguo que ya hemos visto.

6.4. El mito de la economía monetaria

En 1930, el austríaco A. Dopsch publicaba una obra titulada Economía natural y economía monetaria. En ella arremetía contra los economistas e

historiadores que dividían la historia de la humanidad en fases regresivas (economía natural) y progresivas (economía monetaria).

Una de las consecuencias de la decadencia romana sería la entrada en una fase de economía natural donde, en los intercambios, la moneda jugaba un papel reducido. Dopsch demostró que la economía natural y la economía monetaria no son dos formas económicas que se suceden en el tiempo sino que una aparece al lado de la otra sin que signifique atraso económico. Así, la tesis de W. Sombart (*Der moderne kapitalismus*, 1921), de que la economía autárquica y la natural eran la misma cosa frente a la antítesis de la economía de cambio y monetaria, quedaba en entredicho.

Con esta discusión entramos en otro de los temas que han sido esgrimidos por los historiadores como «sismógrafo» del fin del «bienestar» de la sociedad antigua y, por consecuencia, la entrada en la decadencia.

El término «moneda» es algo preciso aunque como ha señalado P. Vilar (1968, *Oro y moneda en la Historia*, Barcelona) «durante mucho tiempo los economistas la han definido no en función de lo que es, sino en función de aquello para lo que sirve».

6.5. Las teorías monetarias

Una de las teorías monetarias más frecuentes es la que defiende la asociación entre el aumento de la masa monetaria y el incremento del nivel de los precios y del volumen de los intercambios o al revés, entre decrecimiento de la masa monetaria en circulación y el descenso del nivel de precios y del volumen de los intercambios. Este argumento se presenta entre los historiadores como algo obvio que no necesita demostración sin tener en cuenta que lo que es razonable en una economía moderna no lo es tanto en sociedades que se movían por otros parámetros.

Si pasamos a las influencias de esta teoría, nos encontramos con dos tradiciones, una de I. Fischer (1911, *Elementary Principles of Economics*, New York) y otra de base keynesiana; KEYNES J. M. (1936): *The General Theory of Employment. Interest and Money*, London.

La primera sería tomada por Mazzarino (1951) quien utilizaría la fórmula de Fischer P = M V para demostrar el paso del mundo antiguo al medieval. Según la fórmula, el nivel de precios (P) era igual a la masa monetaria existente (M) multiplicada por la velocidad con que esta circulaba (V) y dividida por la cantidad de bienes intercambiados (Q). De esta forma, si el numerador era superior al denominador, se entraba en una fase inflacionista (Alto Imperio) y si el denominador era superior al numerador se entraba en una deflación (Bajo Imperio).

Para Vilar, la ecuación es útil para calcular un término si se conocen los otros tres, pero si no se conocen con certeza los otros, se podría falsear la descripción.

La segunda tradición tiene su origen en un mimetismo de los usos con-

temporáneos utilizándose el modelo Keynesiano para establecer relaciones entre la masa monetaria en circulación y el nivel de renta. Para demostrar la vigencia del modelo era necesaria la existencia de una serie de agentes e instituciones que difícilmente se dieron en la antigüedad, aparte de que el sistema keynesiano tampoco ha tenido una total aceptación para medir los mismos fenómenos contemporáneos.

Según ambas corrientes, en el siglo III se llegaría a una gran inflación como consecuencia del incremento de la circulación monetaria y ello provocaría una escalofriante subida de precios que daría lugar una notable disminución de la renta de los habitantes del Imperio.

En otra línea, J. Pekáry (1981, «Les limites de l'Economie monétaire à l'époque romaine», en *Les Dévaluations à Rome*, Roma) ha expuesto que la industria moderna no surgió en el mundo antiguo por la falta de numerario o dicho de otra forma, los costos de transporte, los gastos financieros estatales y, el mismo intervencionismo llevaba hacia un inflacionismo continuado cuya única solución era el paso a una economía basada en el trueque.

Como vemos, todos los caminos conducen a lo mismo: la situación inflacionista de la moneda llevaba al trueque.

Hay que tener en cuenta que nos encontramos con problemas específicos aunque no se puede afirmar que la debilidad monetaria conduzca inexorablemente al trueque porque con ello seguimos pensando que el papel de la moneda antigua era igual que la actual y ello no es cierto.

En otra dirección, M. Crawford (1970, «Money and Exchange in the Roman World», en Journal of Roman Studies, 70) ha presentado la teoría de que amplias zonas rurales del Imperio realizaban los intercambios cotidianos en especie, usando la moneda como depósito de valor o para grandes pagos como podrían ser los impuestos imperiales. Parece así razonable que el mundo romano contemplaba una dualidad en los intercambios. En esta situación no existía un único índice de precios sino tantos como mercancías se intercambiaban. De esta forma, la subida del precio de una mercancía sólo afectaría a las que se movilizaban en torno a ella pero no al resto.

Por último, el alegre uso de términos como inflación, deflación, devaluación, hay que analizarlos con preocupación ya que nos encontramos en contextos que se rigen por leyes diferentes a las actuales. De esta forma, las explicaciones de la «crisis» de la antigüedad por una disminución del numerario o de fenómenos ligados a ello sólo tiene sentido en el seno de la política monetaria imperial, pero no nos sirve de indicador exclusivamente de una mejora o de un declive en el bienestar de los ciudadanos.

6.6. La política monetaria imperial

Se podía decir que los enfoques sobre la actuación imperial en el plano económico se mueven entre dos concepciones modernas del Estado. Una,

atribuye al Estado un papel benefactor que como un Prometeo moderno cuida del bienestar de sus súbditos, y otra donde el Estado aparece como un Saturno redivivo que devora a los ciudadanos, exprimiéndolos.

Ambas concepciones maximalizan tanto el papel del Estado como los efectos monetarios, aunque si tenemos en cuenta el componente social del Estado romano, es evidente que el papel de Saturno se adecúa más a su actuación, sin caer en las telúricas imágenes de algunos emperadores que ha forjado la tradición tanto antigua como moderna. Todas estas líneas vienen a cuento de entender si la política monetaria imperial consiguió modificar o mantener la situación económica existente o si se vio impotente al haber aplicado unos mecanismos erróneos. En resumidas cuentas, lo que nos interesa saber es si la actuación monetaria de los emperadores repercutió en la caída del Imperio romano.

M. Crawford (1980, «Ancient Devaluations. A general theory» en *Les Dévaluations à Rome*, París-Roma, págs. 147-158) ha afirmado que dado que la moneda, o su uso, como forma de intercambios fue un fenómeno fundamentalmente urbano, no se puede ver en ella el reflejo de una economía en su conjunto, ya que ésta no es homogénea. A su vez, Estado y súbditos contemplarían la moneda de maneras distintas. Para el primero la moneda tendría una función esencialmente fiscal y financiera, mientras que para los segundos sería empleada como depósito de valor o medio de pago. Estas teorías de Crawford, aunque no resuelven todos los problemas, al menos sirven para paliar lo que de exceso han cometido otros historiadores, así como para eliminar algunos mitos que pesan sobre este objeto que es la moneda.

Lo más usual es la aplicación de la conocida Ley de Gresham (la moneda mala expulsa la buena) al Imperio romano. De la aplicación de esta teoría se infería que el intento imperial de sanear la economía poniendo en circulación una moneda sólida, pero dejando al mismo tiempo la mala dio por resultado el atesoramiento de la buena y el incremento de circulación de la mala, contribuyendo a una subida de precios y, por tanto, a un empeoramiento de la situación. Frente a ello, Crawford mantiene la opinión de que a una devaluación no oficial (del contenido metálico) le sigue inmediatamente una oficial dirigida al valor nominal de las piezas en circulación, es decir, el ciudadano ante una devaluación no oficial optaría por darle a la moneda el valor real (en cuanto metal) que ésta tenía, con lo que se volvía a mantener el equilibrio de los intercambios aunque los precios fueran subiendo. En esta situación, el valor nominal sería superior al intrínseco, lo cual produciría un beneficio para el contribuyente pero no para el Estado, que recibiría los impuestos según el valor nominal de estas monedas, y a su vez, pagaría los artículos y servicios que adquiriese según el valor intrínseco de la moneda. La devaluación oficial sería la fórmula para el equilibrio.

Frente a ello, el Estado iría utilizando cada vez más otro sistema fiscal que sería la *adheratio* que, como ha visto magistralmente Mazzarino, era una vía más sólida de asegurar sus ingresos. La *adheratio* consistía en fijar por parte del Estado unos precios bajos a los productos, tomando como base la moneda de oro y obligando a los contribuyentes al pago de impuestos bajo esta modalidad. Esta situación propició que los contribuyentes buscaran el apoyo de las capas elevadas a través del patrocinio al mismo tiempo que se transformaban en colonos.

A otro nivel, la moneda se convierte en una mercancía más sólo revalorizada por el Estado, quien asimismo prefiere el cobro en especie. En esta situación, el papel monetario de las etapas anteriores, con las diversas oscilaciones y funciones que hemos ido viendo, pasa ahora prácticamente a desaparecer. Podemos decir que se entra en una fase en la que ya predomina plenamente tanto en la ciudad como en el campo la economía natural.

6.7. Otras teorías

Una peculiar síntesis de la decadencia es la ofrecida por P. Chaunu (1983, *Historia y decadencia*. Ed. Juan Granica, Barcelona). Aunque la obra se dedica a «todos» los períodos históricos, se subraya que en la memoria histórica europea la palabra decadencia invoca siempre a Roma, a la decadencia del Imperio romano. En función de ello, dedica numerosos pasajes al tema de la decadencia antigua, recogiendo o exponiendo diversas teorías que pueden completar el panorama de lo que hemos visto hasta ahora.

Para Chaunu, el Estado romano estrangulaba la acumulación de capital al destinarse a faenas improductivas —*panem et circenses*— en el marco de ciudades parasitarias, con lo que el período romano supuso un paréntesis entre los dos grandes momentos de avances de las sociedades precapitalistas: el Neolítico y la Edad Media. La antigüedad aparece enmarcada por dos revoluciones tecnológicas, la neolítica y los albores de la revolución industrial.

La palabra revolución pierde, pues, el sentido de cambio social para tomar exclusivamente el de cambio tecnológico en la línea del mecanicismo tecnológico de White y de las tesis pirenianas del trasvase sur-norte por la presencia mediterránea del Islam, aparte del viejo axioma que hacía de la ciudad antigua una ciudad parasitaria.

Más curiosa y más de actualidad en el tema, no en las conclusiones, es la tesis de J. A. Hughes (1981, *La ecología de las civilizaciones antiguas*, Fondo de Cultura Económica, Méjico) por la cual en la caída del Imperio romano las causas ecológicas jugaron un papel primordial. Aunque plantea la opinión de que el fracaso de Roma es la no adaptación armoniosa de su sociedad y su economía al medio natural y fue una de las causas sino la causa fundamental de la decadencia y la caída del Imperio romano.



Miniatura árabe en la que se representa a Aristóteles enseñando.

En lugar de la esclavitud humana, Hughes plantea la esclavitud de la naturaleza «al someter la naturaleza a la esclavitud Roma trató de explotarla más allá de su resistencia; y cuando el mundo natural «cayó», o al menos perdió la capacidad de mantener a la señora del mundo, el Imperio cayó también».

Siguiendo las tesis de E. Huntington de que la disminución de las lluvias había provocado períodos de sequías, y, como consecuencia de ello, períodos de hambre, Hughes añade el efecto de las epidemias como flagelos de la población.

El resto de los argumentos consisten en exponer los efectos de la deforestación como consecuencia de las explotaciones mineras y el sobrepastoreo, aparte del uso de la madera como combustible.

Es curiosa la teoría de que el uso de vajillas que contenían elementos tóxicos contribuyó a un lento envenenamiento de las clases elevadas, propiciando una disminución de sus facultades mentales, lo que haría que los órganos de decisiones pasaran a ser desempeñados por las clases más bajas.

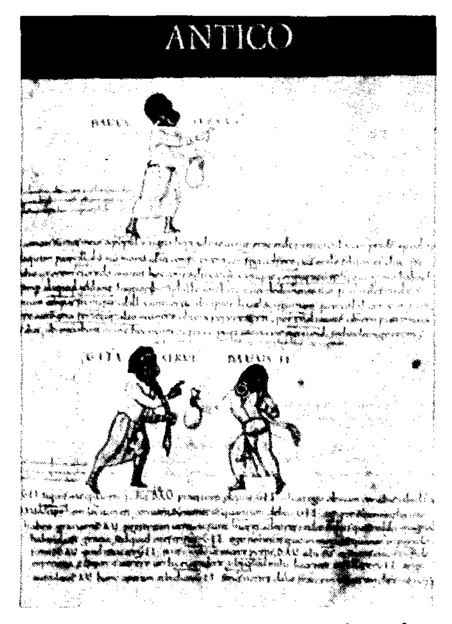
Por último, tomando opiniones de autores diversos (Vasiliev, Simkhovitch, Liebig, Landry, Secretan y Boack) expresa cómo el número de tierras cultivables había disminuido debido a las consecuencias de la acción humana, erosión y empleo de los arados inadecuados.

En la obra se recogen varios lugares comunes de la historiografía antigua: abandono de tierras, epidemias y disminución de la población. Finalmente, habría que añadir que algunas de las tesis de Hughes son ciertas pero nunca a los niveles masificados que le da el autor. Sin ir más lejos, no hay que olvidar que los efectos destructores de la naturaleza causados por la revolución industrial han sido infinitamente superiores que los provocados por los antiguos romanos y hasta el momento no han sido la causa determinante de la caída de ningún Estado moderno. en este sentido, el autor no realiza ninguna severa crítica a la destrucción ecológica actual, sino que sólo se conforma con avisar que lo ocurrido al mundo antiguo es una espada de Damocles suspendida sobre la civilización actual.

7.

La cuestión social

7.1. Clases, órdenes, status



Actores representando el papel de esclavos, según un manuscrito del siglo IX que contiene una obra de Terencio.

En 1984, Plácido realizó dos recensiones a la voluminosa y polémica obra de G. E. M. de St. Crois (1981) *The Class Struggle in the Ancient Greek World from the Archaic Age to Arab conquest*, publicada en Londres (hay traducción española, ed. Crítica, Barcelona 1988). Este último ya había publicado en 1975 un avance de sus teorías en «Marxism and the Classics» (en *Arethusa* VII, 1975, traducción castellana en A.A.V.V. El marxismo y los estudios clásicos, Akal, Madrid, 1981). En realidad, ambas recensiones son algo más que simples reseñas, ya que en ellas Plácido expone los puntos que él considera básicos para entender el funcionamiento de las clases y de las lu-

chas de clase en la antigüedad y, dentro de ello, la problemática social en las transiciones del esclavismo al feudalismo (PLACIDO, D. 1984 «Luchas de clases y esclavitud en la Grecia Clásica, Zona Abierta», julio-septiembre, págs. 29-45, Gerión I).

St. Croix señala que lo que debe ser el centro de la investigación es la explotación de los no propietarios, sean éstos esclavos, siervos, aparceros o jornaleros, y la resistencia de éstos a la explotación. St. Croix rompía con los enfoques institucionalistas que dividían las clases según los criterios jurídicos de los antiguos o con los que centraban los conflictos en luchas por el poder entre diversas familias, pero a su vez creaba un nuevo esquematismo al presentar la sociedad antigua como algo estático.

Plácido ha planteado cómo «la extracción de beneficios del trabajo no libre, la coacción extraeconómica es característica de todas las sociedades precapitalistas»; lo que importa es especificar el modo de extracción del trabajo no libre en cada caso para poder entender cada situación y cada cambio.

Finley (1975) en su obra *La economía de los antiguos* (Ed. Fondo de Cultura Económica, Madrid) expuso que en las organizaciones sociales antiguas coexisten *status*, órdenes y clases lo cual justamente es criticado por St. Croix, pero, lo que éste no tiene en cuenta son las observaciones planteadas por Plácido (PLACIDO: 1984 b, 42 y ss.) quién expone que se puede coincidir con St. Croix en la crítica que este hace a la conocida explicación de la sociedad antigua realizada por Finley en base de «un espectro de órdenes y status» y remarcar la importancia de la lucha de clases centrada en las formas de explotación del trabajo.

Pero a su vez Plácido recalca que tampoco se puede olvidar la importancia que tuvieron los órdenes tanto en la explotación como en la reproducción.

> «La labor del historiador sería averiguar esa importancia en cada momento y en cada caso concreto de la historia antigua; no, desde luego, darle de lado por el hecho de que es más importante la división en clases de acuerdo con el sistema de explotación. El propio libro de SC refleja esta problemática cuando en p. 471 habla de la lucha de clases incluso dentro del orden curial. Con ello pone de manifiesto cuál es la importancia del sistema de órdenes dentro del sistema esclavista; y cómo tal importancia decae precisamente en un momento en que decae la explotación del trabajo esclavo. Ya deja de ser eficaz la protección garantizada por el privilegio de pertenecer al orden curial, cuando los más poderosos pasan a explotar el producto incluso de los ciudadanos. Es el proceso de decadencia de las instituciones incluso relacionadas con las *civitas* y la *politeia*, es decir con la ciudadanía como modo de protección frente a la esclavitud, cuando la explotación del trabajo esclavo decae; y esto se da en varias ocasiones en la historia de la Antigüedad clásica, pero adquiere mayor importancia precisamente al final del mundo antiguo.»

Vilar; VILAR Pierre (1980): *Introducción al vocabulario del análisis histórico*, Crítica, Barcelona, p. 131, ha expuesto como «una clase engendra a menudo un mito justificatorio a través del cual se ve y quiere ser vista», así no se puede caer en el error de clasificar las clases antiguas tal como los mismos antiguos las querían presentar ya que entonces las veríamos como las presentaba la historiografía alemana de los años 20, como un conflicto entre grandes familias que luchaban por el poder, es decir, daría la impresión de que no había luchas de clases, algo semejante a lo sucedido en la Inglaterra del XVIII que irónicamente Thompson ha llamado «lucha de clases sin clases»; THOMPSON, E. P. (1979): *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial.* Crítica. Barcelona. Según Plácido (1984 b, 32):

> «La formación del concepto de clase como categoría de análisis social (p. 35) es un producto de la historia, y como tal ha de aplicarse a las sociedades antiguas. Así es como sirve para explicar los datos conocidos por las fuentes, y como se convierte en un instrumento válido para nuestra concepción del pasado en general y de la Antigüedad clásica en particular.»

Hay que tener en cuenta que los conceptos (PLACIDO, 1984 b, 32):

> «...con que nos enfrentamos a la historia son a su vez productos históricos, y no están fuera del desarrollo y evolución de las sociedades. Todo concepto es producto de los condicionamientos que forman la propia ideología. La ventaja del historiador está precisamente en que se sabe producto de la historia, tiene conciencia de su propia ideología. Pues sin duda la forma más peligrosa de ideología es la que se pretende libre de ideología».

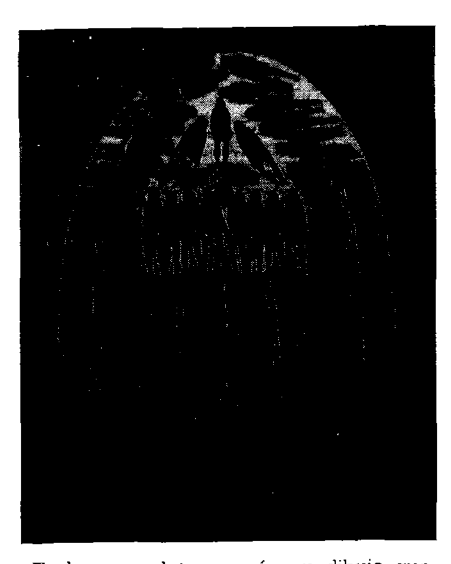
Por último, Vilar ha señalado que una tendencia habitual de la historia social consiste en trazar una visión simple de la sociedad en los períodos de equilibrio, mientras que en los de mutación y crisis se tiende a complicar al máximo las divisiones de la sociedad.

Todas estas observaciones creemos que son necesarias para entender las coordenadas en las que se mueven las tesis sobre el papel de los conflictos de clases o de la lucha de clases en la disolución de la sociedad antigua.

7.2. La eliminación de los mejores

En 1894 se publicaba la Historia del ocaso del mundo antiguo de Otto Seeck. Para Mazzarino los puntos básicos de su enfoque se centraban en la tesis de la selección natural al revés y en la condena del matrimonio romano.

Influenciado por la teoría de Darwin, Seeck la aplicó al Bajo Imperio romano expresando que los hombres mejores disminuyeron debido a una



«Esclavos en lata», según un dibujo que representa el transporte marítimo de esclavos.

selección natural al revés que provocó la eliminación de los hijos de la aristocracia senatorial, ya materialmente, ya espiritualmente, y en su lugar quedó, en frase de Mazza, «una masa amorfa sin cualidad y sin dote que dio lugar a una fase de declive cultural en la que los pueblos menos degradados se fueron imponiendo».

Frente a esta opinión Mazzarino ha demostrado cómo esta teoría no tiene ninguna consistencia (MAZZARINO: 1961, 143).

Mientras los hombres importantes de los primeros siglos del Imperio causaron grandes males y su mayor mérito consistía en remontar su linaje a divinidades o héroes como Eneas, a lo inversa:

> «Podemos decir todo lo contrario: la romanidad tardía es rica en personalidades grandes, gigantescas de Septimio Severo a Diocleciano, a Constantino, a Juliano el Apóstata; de Tertuliano a Orígenes, a Amiano Marcelino y San Agustín. Aquel prejuicio de las razas mejores y de los hombres mejores que estaba tan en boga en los tiempos de Seeck, hoy no nos dice nada...
>
> Los Estados no caen por ser eliminados por los hipotéticos hijos de hombres que fueron mejores; en el fondo, ni siquiera caen porque disminuye el número de aquéllos que debieran defenderlos.»

Desde otro ángulo, el historiador ruso M. I. Rostovtzeff expuso que la lucha de los campesinos-soldados contra la burguesía de las ciudades daría lugar a la decadencia de la ciudad antigua. Las consecuencias de esta decadencia las expresó en una célebre página (ROSTOVTZEFF: 1962, vol. II, 489):

> «...el fenómeno principal del proceso de decandencia fue la absorción gradual de las clases cultas por las masas y la simplificación consiguiente de todas las funciones de la vida política, social, económica e intelectual, o sea aquel proceso al que damos el nombre de barbarización del mundo antiguo.
>
> La evolución del mundo antiguo es para nosotros una lección y una advertencia. Nuestra civilización no perdurará sino a condición de no ser la civilización de una sola clase, sino la civilización de las masas. Las civilizaciones orientales fueron más estables y duraderas que la grecorromana porque, hallándose basadas principalmente en la religión, eran más accesibles a las masas. Otra enseñanza es que las tentativas violentas de nivelación no han conducido jamás a la elevación de las masas; no han hecho más que aniquilar a las clases superiores, acelerando así el proceso de barbariza-

ción. Pero la interrogación última se alza como un fantasma siempre presente y contra el cual ningún exorcismo vale: ¿Es posible extender a las clases inferiores una civilización superior sin degradar el contenido de la misma y diluir su calidad hasta desvanecerla por completo? ¿No está condenada toda civilización a decaer apenas comienza a penetrar en las masas?».

En el pensamiento de Rostovtzeff estaban latentes los efectos de la revolución rusa. Contrario al comunismo, Rostovtzeff trasladó mecánicamente las capas sociales protagonistas de este hecho a la historia romana. Así la creación de un ejército proletario por Mario sería la causante de la caída de la República, siendo el mayor logro de Augusto el conseguir su control.

En el siglo III, la alianza de este ejército con los campesinos daría al traste con las burguesías urbanas que habían sido el soporte de la ciudad antigua, y, con todo ello, llega a la conclusión de que cuando la cultura se extiende a las masas las civilizaciones decaen. Parte de estas ideas serían las expresadas por Ortega en su teoría de la «rebelión de las masas».

7.3. La liberación medieval

En 1979 Pierre Dockés publicaba un libro con el título *La libération médiévale*, en el que, además de defender la «rentabilidad del sistema esclavista», era de la opinión que fueron las luchas sociales del Bajo Imperio el motor de la caída del sistema esclavista llevando a la «liberación medieval», no quedando muy claro cómo explicar la persistencia de la esclavitud durante la Edad Media.

Otro aspecto importante, que constituye una de las polémicas de los medievales sería la discusión que se ha llamado «El debate Brenner» (El debate Brenner. Estructura de las clases agrarias y desarrollo tecnológico en la Europa preindustrial, T. H. ASTON y C. H. PHILGIN Editores, Crítica, Barcelona, 1988) en el que se discutía sobre la prioridad o no de la lucha de clases frente a las leyes del funcionamiento económico de una formación social.



Esclavos encadenados en la bodega de una embarcación.

Se puede decir que tras el coloquio celebrado en Flazan en 1980 (*Journées Internationales d'Historia*, Flazan, 1988, en prensa) la tesis dominante es que el sistema esclavista no acabaría con la caída de Roma sino que sobreviviría hasta los siglos XIII-IX e incluso algo más, tal como ha expuesto Bonnassie (1985). Todos estos debates superan anteriores discursiones surgidas, sobre todo, entre estudiosos antiguos y que tuvieron como principales contendientes a los soviéticos Kovaliov y Staerman en la década de los 60. En todos estos planteamientos, aunque con argumentos distintos, subsiste la idea de progreso: la situación del colono empeoraba mientras mejoraba la del esclavo, dentro de un proceso evolutivo de la historia en el que la situación social irían progresando de confort en confort.

Bajo estos enfoques no se tiene en cuenta que la historia no es lineal sino que se mueve con avances y retrocesos, si no fuese así, la aparición de la esclavitud moderna no podría explicarse bajo la óptica de una historia lineal. Además hay que tener en cuenta que el abolicionismo es un fenómeno de la esclavitud contemporánea y que la esclavitud antigua no desapareció por decreto y que incluso las condiciones de los esclavos no mejoraron notoriamente durante la alta Edad Media como ha demostrado Bonnassie (1985).

La polémica más importante de la década de los 60 dentro del marxismo sería la sostenida por Kovaliov y Staerman y de ahí se pasaría a los criterios de síntesis cuyo principal nombre sería el de Anderson.

Kovaliov (KOVALIOV: 1976, 128 y ss.) sostenía que la crisis de la sociedad antigua, entendida como una revolución, en el sentido que todo paso de un modo de producción a otro, suponía un progreso de la humanidad, pertenecía a modelos revolucionarios arcaicos. Los rasgos fundamentales que distinguían a este modelo serían:

> «El débil nivel de desarrollo de las clases revolucionarias —esclavos y colonos—, producto del débil nivel de las fuerzas productivas de la sociedad esclavista. Los esclavos y los colonos no podían triunfar en esa lucha de clases y establecer su dictadura revolucionaria. De ahí la necesidad histórica de la conquista exterior que asestó el golpe decisivo a la sociedad y al estado esclavista; de ahí el establecimiento más tardío del nuevo modo de producción.

Con ello Kovaliov planteaba su conclusión de que los conflictos sociales de los siglos III-V tuvieron, en lo fundamental, el carácter de una revolución social.

> «Esta revolución no tuvo una clase dirigente de la lucha: tuvo un carácter destructivo. Por tanto, sólo se la puede definir como una revolución social antiesclavista y no se la puede ubicar en el mismo plano que las revoluciones burguesa y socialista, que tuvieron un carácter constructivo. En la serie de las revoluciones sociales del pasado, pertenece al tipo de revoluciones de carácter arcaico».

Mientras para Staerman (STAERMAN: 1976, 107) la crisis del régimen esclavista arrancaría del siglo II y en el siguiente se incrementaría la pugna entre dos sistemas económicos, el esclavista y el feudal, concluyendo con la victoria del segundo.

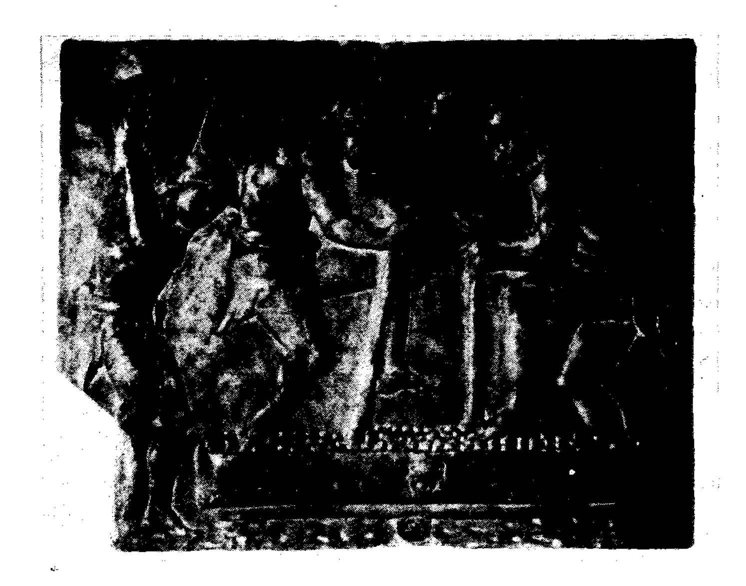
> «A partir de principios del siglo IV ya no se puede hablar de la existencia de la formación esclavista; tampoco se puede hablar de clases de esclavos y de amos de esclavos como clases de esclavos y de amos de esclavos como clases principales, determinantes.»

A partir de aquí comienza una nueva fase marcada por «los movimientos revolucionarios de las masas» que concluiría con la implantación de las relaciones sociales feudales.

7.4. Las luchas esclavistas

Aunque en los últimos años se han matizado notoriamente aquellos enfoques que tendían a magnificar las luchas de los esclavos contra sus propietarios, dentro incluso de un movimiento internacional, a la inversa, no se puede soslayar que precisamente estas luchas ponían traba a la solidificación del sistema.

El control de los esclavos había provocado que los agrónomos romanos aconsejaran mezclar las etnias para cortar cualquier sistema de comu-



Esclavos pisando uvas en un lagar.

nicación verbal al hablar lenguas distintas o proceder de lugares diversos con lo que el recuerdo de sus patrias respectivas no pudiera dar lugar a la elaboración de una memoria colectiva idealizada de su país de origen con el deseo de retorno. Los consejos catonianos de emborrachar a los esclavos durante su tiempo libre estaban igualmente dirigidos a evitar conspiraciones de éstos. A otro nivel, las limitaciones de las propiedades agrícolas o ganaderas tenían por causa el crear el marco justo en el que el trabajo esclavo fuera rentable al poder ser controlado.

La fuga de esclavos es una constante como lo demuestra la legislación existente contra los esclavos fugitivos que continúa durante la alta Edad Media. Otra forma de lucha consistía en el sabotaje de los instrumentos agrícolas o su no interés por el trabajo, circunstancias éstas que implicaban una constante vigilancia por parte de los propietarios. El último recurso lo constituía el suicidio, que suponía que el propietario perdía la inversión realizada en su compra, para prevenirlo se determinaba la obligación de los vendedores de especificar si el esclavo en venta había intentado suicidarse y junto a ello, evidentemente se intentarían soluciones ideológicas un ejemplo de las cuales puede ser la actuación de un propietario antillano que para frenar el suicidio de sus esclavos los amenazó con suicidarse a continuación de ellos con lo que, dadas sus creencias, los perseguiría y explotaría en la otra vida.

Incluso Y. Grisé (1982) en su obra *Le suicide dans le Rome antique*, (Les Belles Lettres, París) ha recordado cómo en algunos *collegia* funerarios se prohibía enterrar dentro de ellos a los suicidas. Si tenemos en cuenta que estas asociaciones estaban formadas por los sectores más humildes de la población y sus patronos eran miembros de la oligarquía es fácil deducir cómo la claúsula estaba dirigida a frenar el suicidio por lo que de gravoso tenía para los propietarios de esclavos. En otro sentido, hay que recordar que algunos autores antiguos referían cómo las esclavas abortaban o mataban a sus hijos para no añadir a sus sufrimientos la crianza de los hijos.

En suma, todas estas circunstancias explican que la rentabilidad del sistema esclavista se producía en un marco de características concretas que hacía que cuando alguna de estas características variaba las ventajas se convirtieran en inconvenientes.

7.5. El bandidaje

En 1970, L. Flam-Zuckermann publicaba un sugerente trabajo sobre el bandidaje en el Imperio romano titulado «A propos s'une inscription de Suisse (CIL, XIII, 5010): étude du phénomène du brigandage dans l'Empire romain», *Latomus* XXIX, 1970, p. 451-474), en el que planteaba la tesis de que con la palabra *latrones* los romanos designaban a sectores en contra del orden establecido por Roma, bien como resistencia de tribus indíge-

nas a la dominación romana, bien como revuelta social provocada por la falta de recursos de los sectores de población más humildes.

En otros casos, los romanos utilizaron este término o el de piratas como excusa para controlar rutas de comunicación importantes e incluso se empleaba para designar algunas incursiones de los bárbaros.

Bajo estas coordenadas hay que pensar que las referencias al bandidaje tardoantiguo estaría estrechamente vinculado al malestar social. Muchos de estos bandidos lo serían con carácter esporádico como respuesta a la presión fiscal o a las nuevas corveas que se iban introduciendo por parte de los señores y en otros casos, como el de los bagaudas, iba a tener una mayor consistencia. En algunos casos, el malestar social iba a tomar la forma aparente de divergencia religiosa: las herejías.

Algunos autores, como incluso St. Croix (1988, p. 519 y ss.), llegan a poner en duda el carácter social de estos últimos conflictos. En el caso del donatismo parece claro que los descontentos sociales iban a jugar un papel importante en esta herejía tal como lo expresaban algunos textos de San Agustín, quien llega a calificarlos de bandidos, y, en última instancia, la conquista vándala de Africa hay que entenderla en relación con estos conflictos, ya que los latifundistas africanos apoyaron inicialmente esta invasión.

En 1963, A. Barbero en su obra El Priscilianismo, ¿herejía social o movimiento nacional? (Cuadernos de Historia de España), planteó asimismo la hipótesis de que el priscilianismo era un movimiento social expresado bajo la forma de herejía, cosa que provocó una interesante polémica aún candente (véase un estado de la cuestión en J. CABRERA, 1983, *Estudio sobre el priscilianismo en la Galicia antigua*, Universidad de Granada).

7.6. ¿Cuándo acabó la esclavitud?

Decíamos en las páginas anteriores que no se produjo un decreto sobre la abolición de la esclavitud como los homólogos de la época contemporánea, por ella cuando se habla del fin de la esclavitud antigua se está defendiendo la idea del fin de la esclavitud como sistema de producción dominante. En esta línea, para Bonnassie (1985) a fines del siglo X y principios del siglo XI se daría la última crisis del sistema en un momento en que todos los factores que tendían a su desaparición entraron en juego al mismo tiempo.

El capítular de Otón III que en el 998 intenta por última vez frenar el deseo de libertad de los esclavos, constituye para Bonassie de una forma simbólica el acta de defunción del esclavismo en la Europa Occidental, aunque aún habría que esperar algo más para que la nueva sociedad y las nuevas formas de dependencia obtuvieran una plena hegemonía y se entrara en un nuevo tipo de sociedad.

Estos planteamientos desarrollan un nuevo campo de investigación aparte de considerar la alta Edad Media como una fase esclavista, siendo esto un marco que tiene como contendientes fundamentales a los medievalistas y busca nuevas respuestas a las preguntas que se hacía Marc Block ¿cómo y por qué acabó la esclavitud antigua?

7.7. Oriente-Occidente

La Historia de Gibbon concluye en el 1453, es decir, con la caída del Imperio romano de Oriente.

Es obvio que el Imperio romano de Oriente prosigue durante toda la Edad Media y precisamente esta fecha es la tradicional con que en muchos manuales se coloca como inicio de la Edad Moderna.

En el resto de los capítulos de este libro, las referencias al fin del mundo antiguo están abusivamente centradas en datos del Imperio romano de Occidente y ello no es un olvido sino que lo he hecho a conciencia.

Entre los historiadores antiguos es muy frecuente que cuando se trata el tema del fin del mundo antiguo se generalice a todo el Imperio, pero en el fondo se utilizaban indistintamente datos de una y otra parte para explicar problemas que son diferentes y obedecen a otras causas. La misma tesis de Piganiol de que el Imperio romano había sido asesinado por los bárbaros no podría esgrimirse a menos que la utilizáramos para explicar la conquista de Constantinopla por los turcos en 1453.

Brown (1971) ha demostrado cómo el comportamiento de la aristocracia senatorial fue distinto en Oriente que en Occidente. Finalmente, el desarrollo histórico de ambas zonas fue diverso y ello explica las diferencias tal como ha remarcado Anderson (1974, pág. 95 y ss.):

> «Pero la creencia de que 'la debilidad interna del Imperio no pudo haber sido un factor importante de su decadencia' es claramente insostenible. Esta creencia no ofrece una explicación estructural de las razones por las que el Imperio de occidente sucumbió ante las bandas primitivas de invasores que lo recorrieron durante el siglo V, mientras que el Imperio de Oriente —contra el que sus ataques habían sido inicialmente más peligrosos— se libró y sobrevivió. La respuesta a esta cuestión radica en todo el desarrollo histórico previo de ambas zonas del sistema imperial romano.»

Anderson remarca como las diferencias en el destino de Oriente no puede limitarse a unos pocos siglos, sino que habría que remontarse a los momentos de integración de estas áreas dentro de Roma.

Así mientras Occidente fue el laboratorio del sistema esclavista, en Oriente la conquista romana se «superpuso y coordinó a una civilización helenística avanzada». De esta forma el sistema esclavista romano «se estableció desde su origen principalmente en occidente». Por tanto, era lógico y

presumible que las contradicciones internas de este modo de producción llegaran también a su conclusión más extrema en Occidente, donde no fueron amortiguadas ni golpeadas por ninguna forma histórica anterior o alternativa. Los síntomas fueron más extremos allí donde el medio era más puro.»

Incluso a todo ello tenemos que recordar algo que ya hemos dicho y es el hecho de que aunque el Imperio romano de Occidente desaparece, el régimen esclavista persistirá durante la alta Edad Media.

Como ha expuesto Wikham (1989) algunos historiadores se han bloqueado exclusivamente en la esclavitud sin tener en cuenta otra serie de fenómenos como son la problemática de las finanzas públicas y del poder público en general, en el caso de la sociedad romana, y en las formas de explotación de los grandes dominios y las relaciones políticas existentes durante la Alta Edad Media.

Entramos, en una etapa sugerente, cuya iniciativa está por el momento en manos de los medievalistas.

8.

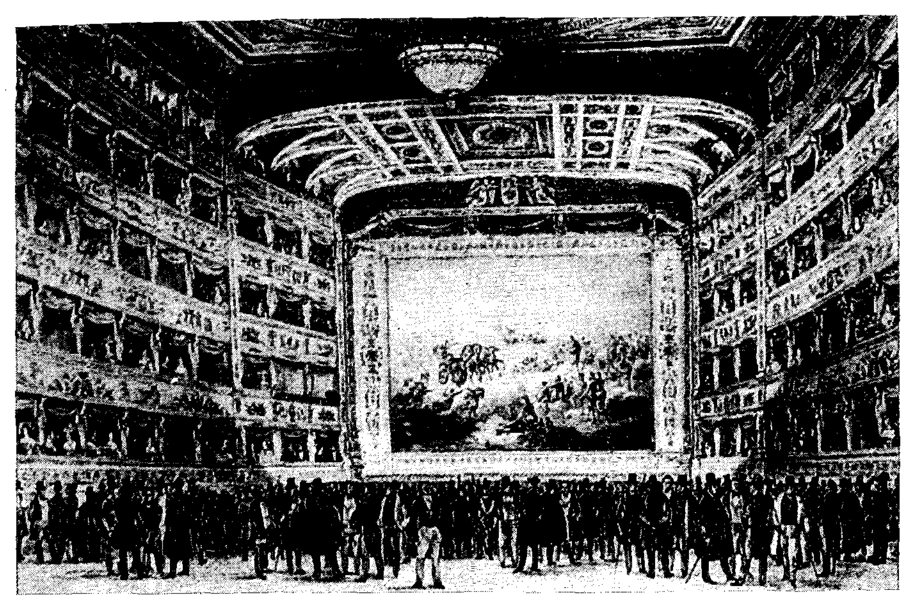
Los enemigos externos

En el Atila de Verdi, en un dúo entre el rey de los hunos y el general romano, Aecio, éste último exclama: «¡Tú tendrás el universo, que quede Italia para mí!». El contexto del músico de Roncole era distinto al del siglo V y lo que se pedía era el fin del dominio austro-húngaro en Italia. Se trata pues de una problemática nacionalista frente a la expansiva que en este caso correspondía a los hunos. Lo interesante es que aquí los bárbaros aparecen en una postura distinta a las planteadas a nivel popular: o como causantes de la caída del Imperio romano de Occidente y la subsiguiente entrada en la tenebrosa Edad Media, o por otro lado, como los aniquiladores también del Imperio romano pero con la aportación de una nueva semilla regeneradora del caos anterior.

A principios de 1900 el poeta alejandrino Constantino Cavafis escribía un poema titulado «Esperando a los bárbaros» en el que se anhelaba la llegada de éstos como liberadores. La interpretación moderna de este poema se ha prestado a numerosas hipótesis que se podrían ejemplarizar en el deseo egipcio de que una invasión sudanesa acabara con la ocupación británica.

Lo que nos interesa resaltar es el punto de vista favorable a los bárbaros tal como concluye el poema, «quizás ellos fueron una solución después de todo».

Frente a ello, la tendencia dominante se podría asimismo centrar en un soneto de Verlaine que retomado por el historiador francés Piganiol daría



Teatro la Fenice de Venecia en el estreno de la ópera de Verdi, *Atila* el 17 de marzo de 1846.

lugar a su célebre frase: «El Imperio romano no ha muerto, ha sido asesinado».

Marrou ha remarcado cómo Verlaine recoge toda una tradición defensora de la cultura clásica y contraria al Medievo, concebido como una época oscura debido al oscurantismo religioso bajo la égida de las nuevas monarquías, propiciadas por las invasiones.

Encontramos así dos ideas contrapuestas, que en el fondo reflejan dos versiones contemporáneas sobre el final de la antigüedad, que tienen un punto de coincidencia en el rechazo nacional ante una invasión, aunque las soluciones recogidas expresan dos concepciones distintas sobre la historia y, por ende, hacia las invasiones bárbaras. Mientras para Cavafis éstas supusieron una savia nueva frente al estancamiento existente, a la inversa el pensamiento de Verlaine se inscribe dentro de toda una tradición europeísta ilustrada que desde el Renacimiento defendía una corriente del progreso en la historia. Y en esta línea, las invasiones eran consideradas como símbolo del retroceso, de la entrada en la barbarie.

8.1. Antropología del bárbaro

En la época de Augusto, el geógrafo Estrabón trazaría un retrato del bárbaro por oposición al civilizado. En Estrabón la barbarie suponía una

forma descalificadora de los pueblos que no habían entrado en la civilización, la cual equivalía a Roma. Así, los bárbaros no conocían la agricultura, o de forma rudimentaria, no vivían en ciudades, tenían costumbres primitivas y se dedicaban al bandidaje. Todos estos elementos se mantenían si en el entorno se respiraba una situación semejante. En cambio, la presencia de establecimientos romanos favorecía la aculturación e iniciaba un proceso hacia la civilización. Para Estrabón, la civilización suponía el conocimiento de la agricultura desarrollada, vivir en ciudades bajo una cultura distinta y en paz. Todos estos elementos eran los que los pueblos bárbaros adquirían cuando entraban bajo la órbita de Roma.

Estrabón distinguía dos fases, una primera del atraso de estos pueblos y una segunda de su desarrollo, una vez que habían sido conquistados por Roma. Se trataba en suma de justificar la conquista romana presentándola como algo beneficioso, como la única vía para salir del salvajismo. En ella Estrabón no era original sino que seguía toda una tradición de la historiografía griega que desde los últimos siglos (republicanos) habían intentado encajar la historia romana dentro de la historia universal, es decir, justificar la invasión romana como única salida del atraso de los pueblos y como ola de prosperidad.

La aspiración máxima de todos los habitantes de la *koiné* alcanzada por Roma sería vivir en una ciudad regida por las leyes y costumbres romanas y a nivel individual obtener el galardón supremo, que constituía la ciudadanía romana.

Esta sería la imagen dominante durante el período de expansión romana, sin embargo esta visión comenzaría a variar a medida que la sociedad romana se fuera transformando. Para los escritores de estos siglos, Roma había conseguido una unidad más estable y sólida que la conseguida por Macedonia siglos antes; el Imperio y la civilización romana constituían el mejor modelo que la antigüedad había conocido, era el camino a seguir, el cenit del progreso.

Sin embargo, este clima de optimismo, de anhelo por entrar en la órbita romana y de obtener la ciudadanía, se transformaría en un gradual desapego de estas aspiraciones. Si avanzamos varios siglos y nos detenemos en Salviano, observaremos cómo el ambiente de su época no tenía mucho que ver con el de Estrabón.

Salviano nació en las Galias a fines del siglo IV siendo ordenado sacerdote de la Iglesia de Marsella. Entre sus obras destaca *De gubernatione Dei*, escrita a mediados del siglo V, es decir, en un período prolijo, en acontecimientos y marcado por presiones externas de toda índole, dentro de una gran convulsión interna. Entre las causas de la decadencia, Salviano destaca los factores internos como el afán desmedido de lucro que, a su vez, desencadenaba una gran miseria.

Otro cristiano contemporáneo de Salviano, Orosio, había señalado que

la opresión fiscal romana provocó que algunos romanos prefieran vivir pobres entre los bárbaros que soportar el peso de los tributos entre los romanos. También otro coetáneo de Salviano, Avidio Prisco, relata cómo recorriendo la Dacia, que ya no pertenecía a Roma, encontró a un prófugo romano quien le respondió a su pregunta de por qué vivía allí: «Con los romanos las leyes no se aplican a todos, si el transgresor de ellas es uno de los ricos, no paga el delito, si es pobre se le castiga».

Ambas ideas serían desarrolladas por Salviano quien expondría cómo una de las salidas de los pobres era la huída fuera de las fronteras romanas (SALVIANO, 1987: *De gubernatio Dei*, Historia Universal Labor, vol. VII, Textos y documentos de Historia Antigua, Media y Moderna hasta el siglo XVII, seleccionados por A. Prieto, J. Portella y Ll. Roura, Barcelona, pág. 129):

> «...en medio de estas circunstancias se saquea a los pobres, gimen las viudas, se pisotea a los huérfanos, hasta el punto de que muchos, y no nacidos de oscuro linaje sino habiendo recibido una educación esmerada, huyen hacia el enemigo para no morir ante el azote de la persecución pública; buscan junto a los bárbaros la humanidad romana ya que junto a los romanos no podían soportar la bárbara inhumanidad. Y aunque disientan del rito de éstos hacia los que huyen, disientan de la lengua, incluso disientan en el olor mismo de los cuerpos y de los atavíos de los bárbaros, prefieren a pesar de todo aguantar enmedio de los bárbaros una civilización distinta, que entre los romanos una cruel injusticia. Por tanto a los godos, o a los bacaudas o a otros bárbaros que gobiernan en todas parte emigran, y no se avergüenzan de haber emigrado. Prefieren vivir libres bajo apariencia de cautividad que bajo apariencia de libertad ser cautivos».

En todos estos textos se observa un notorio giro, lo que en Estrabón había constituido un emblema de orgullo, la ciudadanía romana, ahora no es deseada (SALVIANO, Ob. cit. pág. 129):

> «Así pues, el nombre de ciudadanos romanos, en alguna ocasión no sólo muy estimado sino comprado a gran precio, ahora espontáneamente se repudia y abandona; y no sólo se le considera de poco valor sino abominable.»

Salviano expone cómo ahora el derecho romano se ha vuelto injusto y ha provocado que muchos romanos no quieran ser romanos, e incluso que prefieran irse a vivir entre los bárbaros y que los que no huyen «sean obligados a pesar de todo a ser bárbaros».

En suma, para Salviano la presión externa se había producido por la situación interna y una de las causas de ésta sería la ética, exponiendo las diferencias entre romanos y bárbaros: «¿Qué esperanza puede haber, pregunto yo, para la situación romana, cuando los bárbaros son más castos y puros que los romanos?».

8.2. El tema bárbaro en Roma

Todas las situaciones que hemos ido viendo plantean los hechos como si se tratase de dos mundos completamente separados, y hay que tener en cuenta que este dualismo se había elaborado en la misma antigüedad, como contraposición entre el mundo civilizado formado por la sociedad grecolatina y el resto.

Para los romanos eran bárbaros todos los pueblos que vivían allende las fronteras, aunque algunos autores, como sería el caso de Amiano Marcelino, titubearan al dar el apelativo de bárbaros a estados como los partos que por su organización se parecían más a Roma que a los pueblos germánicos o de las estepas.

La diatriba más generalizada podría ser la trazada por Dexipo en el siglo III, para quien la diferenciación se centraba en la razón (*logos*), que era propia de Roma, y la violencia (*amathia*) propia de los bárbaros. Esta visión es la que a nivel popular ha hecho fortuna e incluso en nuestra lengua, el término bárbaro va unido con atribuciones de atraso, afinidades más condensadas en uno de estos pueblos, los vándalos, palabra que lleva implícita una cognotación destructiva y que seguramente arrancaría de la reacción al asentamiento de este pueblo en el norte de Africa, o incluso al saqueo de Roma por su rey Genserico.

Volviendo a las tradiciones antiguas, Mazzarino ha recalcado cómo en el siglo III el cristiano Comodiano introdujo por primera vez a los godos como protagonistas de la caída de Roma, celebrando que los romanos (paganos) fueron hechos prisioneros, mientras los godos, invasores confraternizaban con los cristianos.

Para Comodiano esta situación se había producido por el castigo divino, con lo que junto a otras calamidades, el tema de las invasiones como castigos divinos sería muy frecuente en los autores cristianos de la tardoantigüedad.

Comodiano, en suma, iba a transformar la invasión de los godos en una amenaza contra todo el Imperio. El eco de esta fantasía de Comodiano lo puede constituir el siguiente pasaje subrayado por Mazzarino (MAZZARINO, 1961, pág. 38):

> «Principio del fin será la séptima persecución contra nosotros: He aquí que ya toca a la puerta y se ciñe en la espada: (por castigo divino), ella hará pasar el río a los godos que irrumpen (en el Imperio). Con ellos estará el rey Apolión, de nombre terrible, el cual, enmedio de las armas acabará la persecución contra los cristianos. Se mueve hacia Roma con muchos millares de hombres y por decreto de Dios los subyaga y los hace prisioneros. Muchos de los senadores, prisioneros, llorarán, entonces; blasfeman contra el Dios del cielo, vencidos por el bárbaro.
>
> Sin embargo, estos paganos (godos) dan alimento a los cristianos, que ellos buscan alegremente como a hermanos, prefiriéndolos a los lujuriosos



Fresco de Rafael, procedente del Vaticano, que representa al Papa León I parlamentando con Atila.

> adoradores de ídolos falsos. Efectivamente, los godos persiguen a los pagamos y ponen bajo el yugo al Senado. Estos males se abaten sobre aquellos que han perseguido a los cristianos; en el término de cinco meses, los perseguidores son muertos por el enemigo».

Esta visión apocalíptica de la caída del Imperio sería retomada por otros escritores siendo los bárbaros, en general, el instrumento empleado por Dios para castigar a los romanos. Dentro de esta temática, Orosio ocupará un destacado papel. En su obra intenta exponer una historia universal desde el ángulo de la historia sagrada, es decir, plantea la tesis de que a cada pecado humano le corresponde un castigo divino anunciado desde Adán. La consecuencia del pecado sería la caída en el libertinaje, mereciendo un justo castigo divino.

Así, para Orosio, a cada pecado le corresponderá un castigo divino. Dentro de ello, los bárbaros no son juzgados con severidad. Por ejemplo, los efectos del saqueo de roma por Alarico son considerados menores que los de Nerón. Incluso el matrimonio de Gala Placidia con Ataulfo es considerado como positivo para Roma, debiéndose a la intervención divina.

Con respecto a la Península Ibérica, los estragos de los bárbaros fueron menores que los efectuados por Roma. En su visión histórica, Orosio supera el dualismo bárbaros/romanos para establecer una concordia pro-

ducida por la conversión de los bárbaros y la aparición de un nuevo mundo con nuevos Estados romanos/bárbaros protegidos por la providencia divina.

> «Orosio... ha creado un metro histórico que atravesó todo el Medioevo. Habiendo partido de una polémica contra los paganos, que no lograban renunciar al viejo mundo, este presbítero perseguido por los bárbaros ha acabado con la exaltación de la paz entre los bárbaros y su emperador.»

Con esta afirmación Orosio seguía las directrices marcadas por San Agustín en la Ciudad de Dios y la Historia del mundo se convertía en una Historia de los juicios de Dios.

Para Orosio los juicios de Dios y los subsiguientes castigos divinos eran la causa de la decadencia de Roma. La única explicación de la caída de Roma, que de este modo veía reducidas sus causas al mínimo. Una obra distinta sería el Sermón sobre el tiempo barbárico, escrita durante la ocupación vándala de Africa y atribuida al obispo de Cartago Quovuldeos quien, aunque vaticinaba la desaparición de los vándalos, sin embargo, consideraba que las nuevas tribulaciones eran justas, aunque «este flagelo nuestro, por el que somos flagelados, no durará siempre, estará en las manos del omipotente» (MAZZARINO, 1961, pág. 62).

Estos ejemplos nos pueden servir para observar cómo en la tradición antigua, tanto pagana como cristiana, el punto de vista sobre los bárbaros era diverso, correspondiendo a las visiones posteriores la exaltación de la barbarie como causante de la caída de Roma.



Miniatura del siglo XII en la que se representa un duelo entre Teodorico y Odoacro.

8.3. El Imperio hacia la medianoche

Este es el título de una de las obras del historiador alemán Altheim, cuyo subtítulo es bastante elocuente de sus objetivos: el camino de Asia hacia Europa. Para Altheim, los conflictos que se dieron en Roma desde el siglo III fueron de razas.

China, Irán y Roma eran para Altheim países que habían alcanzado un gran desarrollo cultural, pero en el siglo III se trataba ya de civilizaciones envejecidas frente a jóvenes pueblos bárbaros contra los que lucharon y perdieron. En estos combates, tanto las tácticas militares como la organización militar se fueron transformando, convirtiéndose la caballería pesada en el motor del cambio. El paso hacia el feudalismo se debió, pues, a la aparición de la caballería acorazada.

En sus razonamientos, Altheim parte de los resultados de la Segunda Guerra Mundial, colocando Alemania en la frontera de la vieja Europa, que se ve amenazada por pueblos jóvenes dotados de nuevas ideologías entre las que se incluye el marxismo, que por su arraigo en Rusia suponía una adaptación de las tradiciones bizantinas que habían posibilitado la implantación de una nueva iglesia.

Las migraciones fueron las determinantes del camino hacia el feudalismo, del mismo modo que los nuevos desplazamientos suponían el paso hacia nuevas realidades. Altheim rechaza los problemas internos como causantes del fin del mundo antiguo. Serán las migraciones producidas en dirección Occidente desde Oriente las causantes de las transformaciones internas de Occidente.

Además esta situación no se produjo de una sola vez sino que es una constante de la historia europea y una amenaza para la Europa de su época (ALTHEIM, 1971, Ob. cit. Buenos Aires, pág. 12 y ss.).

Las migraciones de Oriente hacia Occidente son un producto de la historia de Asia desde que existe como «espacio histórico».

> «Si hablamos de ejemplos «clásicos», nos referimos a aquellos que recuerdan en amplia medida las estructuras que hoy nos enfrentan. Del caudal de fenómenos que se prestan para la comparación —desde las guerras persas contra Grecia hasta Gengis Kan y Tamerlán— elegimos dos acontecimientos cuya relación con el presente no es meramente casual sino esencial. Ambos pertenecen a los siglos que conducen de la Antigüedad a la Edad Media, o sea, a las fronteras de las dos edades».

A continuación expresaría como ahora, en el siglo II, se entraba de nuevo en una etapa semejante con «la irrupción de pueblos jóvenes históricamente no gastados».

Tras ello vuelve a la comparación con el final de la antigüedad exponiendo como tras cumplirse la fase de esplendor romano, surgía otro mundo con una diferente organización económica, nacional y cultural.

«En el mundo clásico, en camino de extinguirse, aparecieron creaciones de otro tipo, a menudo opuestas, y esta conjunción dio lugar al surgimiento de la Edad Media. Lo mismo le ocurre hoy al mundo europeo. El proceso de transformación, acelerado por dos guerras mundiales, está en plena marcha.»

Mazza (1978, «Nazional-socialismo e storia antica», *Studi Romani*, XXVI, 1978), ha demostrado cómo las ideas de Altheim correspondían al arsenal teórico de la historiografía alemana nazista, en la que se primaba la identificación entre raza y etnia o raza y espacio.

Otro aspecto del pensamiento de Altheim es la relación establecida entre los principios masculinos (pueblos occidentales) y femeninos (orientales). Los de procedencia occidental fueron los baluartes de Occidente frente a los de origen oriental, que supusieron los momentos de debilidad.

Este enfoque sexual de la historia también ha sido aplicado a la Historia de España y a sus fases de decadencia. Así Ramón Latre (1929, *Por qué el español no ha llegado a más*, Madrid-Barcelona) expresa esta misma opinión. El machismo histórico de Latre se puede ver en el siguiente párrafo (LATRE, 1929: Ob. Cit. pág. 53):

«La mujer, físicamente, es una máquina que, inconscientemente, hace seres humanos; pero espiritualmente es sólo fachada, todo su ser psíquico está fuera. Cuando la Naturaleza la ha hecho así es que tendrá que ser así. Indudablemente, el trabajo de la maternidad es de tal clase e intensidad, que obliga a la mujer sea todo masa y nada espíritu.

....

A cambio, como la intervención del hombre en la generación es fugaz, su actuación hay que estudiarla en el trabajo. El hombre se ha hecho por y para el trabajo, por eso ha llegado a ser cerebral. A consecuencia, se ha creado una personalidad espiritual. El hombre es más espíritu que cuerpo».

De esta forma, España es un pueblo femenino (LATRE, 1929, Ob. Cit, pág. 33).

«El pueblo español no ha llegado a más por no ser pueblo masculino, y no ha desaparecido, por ser esencialmente pueblo femenino. Sólo los hombres triunfan y fracasan.

Como la hembra es masa y su vida es enteramente zoológica, sólo tiene el desgaste mínimo natural; luego para su existencia requiere muy poca vitalidad. El hombre, por el contrario, como es cerebral, psíquico, tiene un desgaste muy elevado, y para poder existir requiere un mínimo de vitalidad muy superior a la de la mujer.

Por eso el pueblo griego, intensamente intelectual, y el pueblo romano, intensamente dominador, desaparecieron en cuanto les faltó (a consecuencia de su intensa inmoralidad carnal) ese mínimo de fondo vital».

Además el pueblo español necesita de patronos que manden totalmente, como ocurrió con Roma y no con los árabes, de ahí la rebelión contra éstos últimos (LATRE, 1929, Ob. cit. pág. 17):

«El romano le dominó de un modo completo. Su dominación fue vertical, de arriba abajo. Fue de estilo patronal; el romano hizo trabajar al español

agrícola e industrialmente; más de esta manera que de aquélla, porque supo ver la verdadera valía profesional del indígena y la valía económica del país. A consecuencia de este trabajo racional e intenso, el español conoció un bienestar, que no ha vuelto a tener, aquélla fue su edad dorada.

Al desaparecer el patrono, desapareció la valía del trabajador. Al desaparecer el cerebro que pensaba y el carácter que dirigía, desapareció la organización económica fuerte y rendidora de España y desapareció la abundancia y el bienestar. Desde entonces el español no ha sabido producir una comida abundamente, porque el español sólo sabe rendir con un patrono de carácter que pague bien y mande mejor. El mismo obrero español, que mandado y pagado por un patrono español tarda un día en colocar cuatro adoquines en una calle, es el que ha hecho el canal de Panamá, on record time, mandado y pagado por yanquis.

Fue mandado por los germanos, quienes lo hicieron políticamente, no patronalmente como los romanos. La inmigración mahometana obró en España en sentido horizontal; obligó al español a estrecharse en su vivienda, por eso éste se rebeló».

Estos planteamientos cíclicos y sexuales, aparte de cognotaciones ideológicas que nos recuerdan las teorías históricas que se gestaron a la sombra del nacional-socialismo, concentraban la atención de los estudiosos en fenómenos externos o en la incapacidad de una proyección sólida hacia el exterior por su «talante femenino» (R. Latre).

Volviendo a las teorías de Piganiol de que el Imperio romano no había fallecido de muerte natural (causas internas) sino que, siguiendo la expresión de Verlaine, «había sido asesinado» por los bárbaros, habría que matizarlas.

Musset ha expuesto cómo el calificar de «bárbaras las invasiones del siglo V no es más que una tautología: ¡El Imperio fue invadido desde el exterior! Además, hemos de tener en cuenta que «las invasiones» bárbaras fueron apoyadas desde dentro. En algunos casos, los bárbaros, aparte de asentarse con el consentimiento de Roma en diversas zonas del Imperio, constituyeron en muchos casos los principales contingentes militares del Estado romano. Hay que recordar que, en el fondo, los artífices de la victoria de los Campos Catalaúnicos fueron los visigodos, con lo que fue un combate entre bárbaros.

En otros casos, los bárbaros apoyaron a las clases dirigentes para reprimir diversas revueltas sociales, como sería el caso de la inicial actuación de los vándalos en Africa o de los visigodos en la Península Ibérica, o bien algunas «invasiones» tuvieron el apoyo popular, que veía en ellos una liberación frente a la opresión romana.

En suma, frente al acento puesto por Gibbon en el triunfo de la barbarie como una de las consecuencias del fin de la antigüedad, este final hay que entenderlo como la acción conjunta de diversos factores, tal como Polibio había predicho siglos antes cuando exponía que a la ruina que venía del exterior había que añadir la crisis interna.

9.

Lamentatio e Inclinatio en la Historiografía Española

9.1. El mito de la Reconquista

En 1965 Barbero y Vigil publicaban un artículo (BARBERO-VIGIL: 1965) en el que ponían en entredicho toda la concepción unilineal de la Historia de España. Hasta entonces la teoría vigente consistía en afirmar que tras la invasión musulmana de la Península Ibérica, un conjunto de godos se refugiarían en las montañas astures y desde allí se fraguaría una larga marcha de Reconquista que concluiría en 1492 con la toma de Granada por los Reyes Católicos.

Se trataba, en suma, de criticar los intentos de legitimar la unidad de España presentando el reino astur-leonés como el heredero de la monarquía goda y, por ende, la lucha contra el Islam se transformaba en una Cruzada que tenía por objetivo reconstruir la «unidad de España».

La tesis principal de ambos autores consistió en demostrar que los cántabros, astures y vascones habían mantenido «un régimen social antagónico al de los visigodos», pues entre ellos:

> «las diferencias de clase eran mínimas, tenían poderosos motivos para continuar defendiendo su libertad. Entre ellos pudieron refugiarse algunos habitantes del reino visigodo procedentes de las regiones vecinas. En la parte más romanizada y cristianizada de este territorio independiente, la anti-

gua Cantabria romana, nació el primitivo reino astur, y junto a él se formarían posteriormente el Condado de Castilla, el reino de Navarra entre los vascones y los condados pirenaicos. Es decir, que la región nunca dominada por los musulmanes y de donde surgiría la «Reconquista» fue la misma que defendió su independiencia frente a los visigodos y seguía luchando por ella todavía contra el último rey godo don Rodrigo en el año 711. Por consiguiente, el fenómeno histórico llamado Reconquista no obedeció en sus orígenes a motivos puramente políticos y religiosos, puesto que como tal fenómeno existía ya mucho antes de la llegada de los musulmanes.»

En definitiva, estos pueblos que se habían enfrentado a romanos y visigodos lo harían asimismo contra los musulmanes con el objetivo inicial de defender su independencia, en los siglos posteriores sería cuando, como veremos, se fraguaría el montaje de la «Reconquista». Así pues en ningún caso se les puede considerar sucesores políticos de los visigodos ya que el deseo de:

«reconquistar» unas tierras que evidentemente nunca habrían poseído, no se puede aceptar hasta tiempo posteriores en los que se creó realmente una conciencia de continuidad con el reino visigodo».

Lo que se desmontaba no era solamente un pasaje de la Historia de España sino los cimientos de toda una teoría que basaba su soporte básico en el fin de la monarquía visigoda. Un hito importante de esta construcción corresponderá al reinado de Alfonso III, que sería el momento en el que el reino astur buscaba una base histórica que lo legitimara y, al mismo tiempo, necesitaba desligarse de su pasado inmediato, creando un nuevo marco.

Esta misma situación hacía que se intentara unir dos tradiciones contrapuestas: las que lo presentaba como un heredero de la monarquía goda y la que mostraba a los cántabros y astures como los forjadores de la monarquía astur.

9.2. La construcción del mito

Barbero y Vigil han remarcado cómo la crónica de Alfonso III se inspira en la «profética» en los pasajes en que se señala que la caída de la monarquía goda se debió a un castigo porque sus reyes se apartaron (Vitiza) de los cánones divinos (BARBERO-VIGIL: 1978, 265 y ss.):

«...esta situación va referida a los reinados de Vitiza y de Rodrigo. Vitiza disolvió los concilios e hizo caso omiso de los cánones. La Crónica en sus dos versiones alude a las esposas y concubinas que tuvo este rey y a los matrimonios que impuso a los clérigos, desarrollando un tema que aparece por primera vez en la Crónica de Moissac. Estos crímenes serían la causa de

> que pereciera España. Termina con la frase: porque los reyes y sacerdotes abandonaron a Dios, los ejércitos de España, o de los godos según la «ovetense», perecieron bajo la espada de los sarracenos. Cuando, según la «rotense», Fruela I prohibió los matrimonios de los clérigos, se indica que se observaron las decisiones canónicas y que creció la Iglesia. Al referirse a la invasión musulmana durante el reinado de Rodrigo, atribuye la derrota de éste a que los godos habían abandonado al Señor, para no servirle en justicia y verdad, y fueron abandonados por el Señor para que no habitaran una tierra deseable».

Esta tesis de castigo divino por los pecados visigodos ya había sido expuesta en el mismo siglo VIII por San Bonifacio. El énfasis concedido a Vitiza como el causante de la decadencia goda se iba a incrementar durante el reinado de Alfonso III, ya que éste se proclamaba como descendiente de Chindasvinto frente a Vitiza.

La actuación de Vitiza con la Iglesia, disolviendo los concilios, imponiendo el matrimonio a los clérigos, llevando una vida privada corrupta, realizando varios matrimonios, rodeándose de concubinas, a lo que se añade la violación de la hija del conde don Julián, sería la causa de que Dios abandonase a España y transformara la invasión musulmana en el castigo divino por los pecados cometidos. Otros relatos convertirían a don Rodrigo en el violador de la hija de don Julián y explicarían el apoyo e incluso la instigación de éste a la invasión árabe.



Arco de Bará según un grabado de Laborde.

Por último, algunas tradiciones anecdóticas musulmanas expondrían cómo Rodrigo había roto cada uno de los 27 candados que habían ido colocando sus predecesores y que protegían, merced a un encantamiento, un palacio en el que se escondía la clave de la caída de la monarquía goda. En suma, todas estas tradiciones árabes o cristianas profetizaban la caída de la monarquía goda por una ruptura de las normas y un comportamiento indigno de sus reyes. Ambos relatos coincidían en el hecho de que esta conducta merecía un castigo y que éste, tal como presagiaba la profecía guardada tan celosamente por los reyes godos y sacada por Rodrigo a la luz, era la invasión del Islam.

Frente a ello, surgiría un renacimiento que tendría por epicentro la figura de Pelayo y la batalla de Covadonga, que marcaría la teoría del inicio de la Reconquista.

9.3. La lamentatio

En diversos pasajes de la obra de San Isidoro se encuentran temas que abrieron las puertas para el posterior desarrollo de las teorías sobre las riquezas de Hispania o las cualidades de sus hombres (*laudae Hispaniae*). Volviendo a lo que nos interesa, los escritos sobre las riquezas de España encontraban su correspondencia con lo que se ha llamado la *lamentatio* por la caída de España en manos musulmanas. De esta forma frente a la teoría de una España rica y próspera, se fue desarrollando la de la caída centrada en los pecados de los reyes visigodos (Vitiza, Rodrigo o ambos), que propiciaron la invasión islámica apoyada por algunos visigodos resentidos (hijos de Vitiza y Julián).

De esta forma, ambos temas, *laudes Hispaniae* y *lamentatio* quedarían plenamente encadenados correspondiendo al reinado de Alfonso X la redacción de la *Estoria de Espanna* o la *Primera Crónica General.* Nos encontramos así con que la «Reconquista» se dotaba de instrumentos eficaces para su desarrollo: las *laudes Hispaniae* y la *lamentatio*.

Las causas de la caída se centraban definitivamente en la decadencia del reino visigodo como producto de las «malas costumbres» de sus reyes y, sobre todo, por haberse apartado de las normas divinas. Para volver al buen camino y reconstruir la unidad era necesaria la unión de todos los reinos hispánicos bajo la dirección de Castilla, paladín de la «Reconquista» que se convertiría en una cruzada contra el Islam. En los siglos siguientes estos elementos se irán afianzando y Castilla se convertiría en el timón predestinado para llevar a cabo esa sagrada misión.

Evidentemente, este montaje tenía muchas fisuras, como la geográfica (España no era igual a Hispania) o histórica (la Septimania o la Marca Hispánica) y todo ello daría lugar a divergencias sobre la propia historiografía de la Corona de Aragón, Navarra, los condes de Barcelona o Al-Anda-

lus, pero todas ellas quedarían oscurecidas por el triunfo de la monarquía castellana, con la que el final de la Reconquista se convertiría en el principio de una nueva fase: el Imperio.

9.4. El Imperio

En el pensamiento medieval, el Imperio romano tenía su continuidad en el Sacro Imperio que había sido transmitido por el Papa a los nuevos emperadores. Se trataba de un Imperio cuya principal misión consistía en imponer una unidad religiosa en torno al Cristianismo.

Esto implicaba que las luchas religiosas aparecieran como la causa de los diversos conflictos o que, más tarde, la Hispanidad fuera vista como la evangelización de los pueblos americanos. Es decir, el nuevo imperialismo se camuflaba en la propagación de la fe: se había creado el mito de la Hispanidad.

Dentro de la búsqueda de la legitimidad histórica de Castilla sobre América, el humanista italiano Marineo Sículo llegó a inventar el hallazgo de una moneda de Augusto en América, lo cual demostraba las relaciones romanas con el Nuevo Mundo. El papel de España sería de continuadora de la herencia romana.

Frente a ello, otro cronista, Oviedo, expondría la tesis de que las islas que Colón había descubierto eran las legendarias Hespérides que siempre habían pertenecido a España, por lo que la empresa americana era algo genuino creado por el genio «español».

Esta serie de planteamientos darían lugar a un fuerte y falso debate que ha continuado hasta nuestro tiempo sobre el mayor o menor énfasis que se concedía a la herencia romana o visigoda, surgiendo así las tesis provenientes del campo del derecho sobre germanismo o romanismo. En función de estas teorías surgirán diversas discusiones sobre el final de la antigüedad. El Imperio español iba a ser comparado con el romano tanto en el tema de la decadencia como en el de la actuación con los pueblos sometidos. Para Bartolomé de las Casas los crueles métodos utilizados por los españoles en América eran los mismos que habían empleado los romanos, aunque en general la violencia se justificaba como un mal necesario para propagar la fe de Cristo.

De todas maneras, la aparición del Imperio español dio lugar al comienzo de un debate sobre su decadencia y, en ello, el tema de la avaricia y corrupción de costumbres traído de la historia romana volvía a ser retomado, tal como lo exponía Sepúlveda, quien expresaba que «Roma creció gracias a la austeridad y cayó por la avaricia».

El humanista y jurista Antonio Agustín achacó la decadencia al alejamiento de los juristas bajoimperiales de la jurisprudencia clásica, circuns-



Puente romano de Martorell, según un grabado de Laborde.

tancia que se agravaría durante el reinado de Justiniano merced a la actuación de Treboniano que, en suma, constituía una explicación de la decadencia por la degeneración de las leyes (MAZZARINO, 1961, pág. 85):

> «Los romanos perdieron la libertad y el imperio sobre otras provincias cuando se alejaron de las costumbres y de las instituciones antiguas, cuando los peores no tuvieron escrúpulo en cambiar las leyes...
>
> Mejor no hablar de Treboniano, con el que todos tienen pronta la acusación de venalidad, que se podría formular a la manera virgiliana. Fixit enim leges pretio, así nos dicen las fuentes y lo que es todavía más grave, mezcló las antiguas a las nuevas y las rehizo».

9.5. La decadencia del Imperio

En el siglo XVIII asistimos en el terreno de la cultura a una nueva valoración de la antigüedad frente al Barroco, que suponía el equivalente al Imperio. Así, dentro de este campo, se producían varios ciclos de avance y decadencia. Al florecimiento de la antigüedad, le seguía la decadencia medieval, al despegue del Renacimiento, el extravío del Barroco y, finalmente, la restauración del Neoclasicismo.

A la vez, se introduciría el debate entre antiguos y modernos, siendo visto el mundo grecorromano como algo muerto, como piezas de museo (la anticuaría) o como algo bello, desarrollándose así la filosofía de lo bello. En esta teoría de lo bello, sería el mundo griego el centro de esta nueva

estética, centrada en la época clásica griega, culpándose al Imperio romano de haber sido un mero imitador.

En España, la revalorización de «lo griego» tomaría el camino más idealista. Grecia sería un modelo inalcanzable por la ruptura entre el hombre y la naturaleza, que sería el elegido por Mengs siguiendo a Winckelmann y que se ha llamado arcadiano.

Frente a ello, en Europa tomaría fuerza la tesis de que la «razón griega» había sido superada por la razón de los hombres de la Ilustración, cosa que animaría el debate entre antiguos y modernos. En el fondo, lo que se estaba discutiendo era un modelo de Estado (monarquía absoluta) y el papel que en él debían jugar los diferentes poderes fácticos, sociales o culturales.

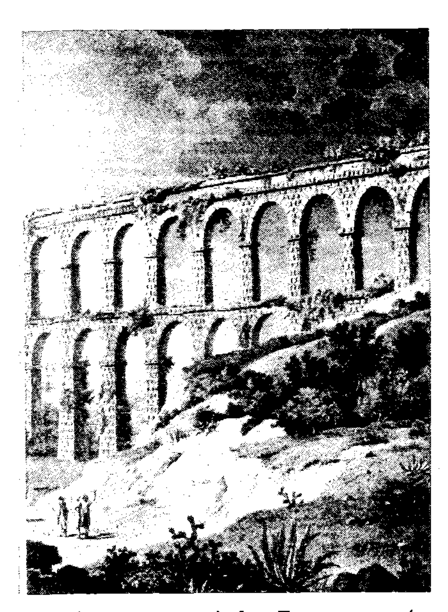
Como vemos, en esta fase el tema de la decadencia antigua permanece englobado en una crítica más general que es la de la decadencia de toda una época y que sería, en suma, la del mundo feudal. Lo que se estaba viviendo era la transición del Feudalismo al Capitalismo.

9.6. La creación de una historia nacional

El tema dominante de la Historiografía durante el reinado de Isabel II sería el estudio de la «nación» española. La causa de este interés estribaba en que era necesario justificar «históricamente» la unidad política. Era necesario crear la ilusión milenaria para que todos los habitantes del Estado se creyeran originarios de una misma nación cuyos orígenes se perdían en la noche de los tiempos.

La Historia por antonomasia que cumplió esta meta sería la voluminosa *Historia General de España* de Modesto Lafuente. Lo que el Romanticismo alemán llamaría el «alma de un pueblo» o *volkgeist* sería recogido en la obra de Lafuente, quien expondría que las virtudes de los españoles habían permanecido inmutables a lo largo de la Historia. La Historia de España estaría plagada de etapas hacia la unidad, interrumpidas por los ciclos propios de los imperios paganos —ocio, vicio, decadencia— según la mentalidad cristiana. La intervención de «lo español» iba a proporcionar la «españolización» de los invasores —romanos, visigodos—, aunque los vicios de ambos necesitarán castigos divinos.

A los vicios romanos le correspondieron las invasiones bárbaras y a los visigodos las del Islam. El último de los castigos sería la pérdida del Imperio, cosa que sería achacada de nuevo a los vicios de los últimos austrias. La última invasión vendría más tarde y sería la napoleónica, tras la cual se produciría un nuevo despegue cuyo momento culminante se realizaría con la «Restauración» tal como defendió el mismo Cánovas del Castillo en su estudio sobre la decadencia de España.



Acueducto romano de Les Ferreres, según un grabado de Laborde.

Volviendo al fin del mundo antiguo, para Lafuente la etapa visigoda es definida como la reconstrucción de la unidad política y católica tras el III Concilio de Toledo. Para la caída del reino visigodo, Lafuente recurriría a los viejos argumentos gestados en los orígenes del reino astur-leonés, es decir, la *lamentatio* por la caída de España, siendo sus causas las que exponían las crónicas medievales tal y como hemos ido viendo, es decir, los vicios de los últimos reyes visigodos. Para la descripción de la batalla de Guadalete, que según la versión oficial suponía el fin del reino godo, se recurría literalmente a la exposición existente en la Crónica de España de Alfonso el Sabio. Con Lafuente se inicia el camino hacia la construcción de una historia nacional donde no existen otras nacionalidades, es, en definitiva, la historia de un Estado-nación. A partir de entonces todos los ciudadanos de esa nación tendrían una memoria única de su pasado, sintiéndose todos herederos y protagonistas de ella. Pasado y presente se encadenaban en un mismo territorio no creado por los hombres sino como diría Cánovas del Castillo años más tarde «la nación es cosa de Dios o de la naturaleza, no de invención humana».

9.7. La historia no oficial

Frente a los intentos de crear una historia nacional única surgirían divergencias que, o bien trataban de dar mayor énfasis a otros pueblos (los árabes) o bien se la daban a diversos territorios que reclamaban asimismo su aspiración a convertirse en Estado-nación pero separados del pretendido tronco común.

A mediados del siglo XIX, Joaquín Rodríguez destacaría la aportación musulmana frente a la visigoda. Un impulso mayor a esta tesis se daría en la obra de Guichot, quien minimizaría todo influjo bárbaro (incluidos los visigodos), mientras que resaltaría la importancia, para Andalucía del periodo musulmán. Esta tesis sería resaltada por Blas Infante, para quien el genio andaluz alcanzará su máximo esplendor tras el fin de la antigüedad, es decir, con el esplendor de Al-Andalus.

En el caso de Cataluña o Euskadi se comenzaría a propugnar cómo el pretendido pasado común no era tal e incluso que los momentos de esplendor de uno (Castilla) suponía la opresión o el declive de los otros. Así en Cataluña se realzaba el estudio de los primeros condes de Barcelona, que eran los artífices del fin del dominio carolingio (Marca Hispánica). El final de la antigüedad no era, pues, de *lamentatio* sino que era el origen de un pueblo, de una nación.

En Euskadi se insistiría en la resistencia de sus habitantes a los respectivos invasores —romanos, visigodos, Castilla— y en la defensa de sus privilegios y particularidades. Estas fuerzas centrífugas ponían en entredicho el edificio, según Ortega, de la España invertebrada.

9.8. La rebelión de las masas

La caída del Zarismo y del Imperio Austro-Húngaro y la posterior instalación (en el caso ruso) de la revolución socialista hizo volver de nuevo la mirada a la caída del Imperio romano de Occidente. En este contexto, Ortega y Gasset escribiría en 1927 *España Invertebrada* y en 1930 *La rebelión de las masas.*

Para Mazzarino, el pensamiento de Ortega era del todo moderno ya que para él la crisis del Imperio romano se debió a la incapacidad de introducir elementos de democracia representativa en el armazón del imperio. A Ortega le interesaba resaltar la «incapacidad romana para escoger formas nuevas para problemas nuevos».

Ortega establece una visión cíclica de la Historia con los nombres de épocas «kitra» y «kali». ORTEGA Y GASSET José (1964): *España invertebrada* Espasa Calpe, Madrid, pág. 106 y ss.):

> «La época de decadencia son las épocas en que la minoría directora de un pueblo —la aristocracia— ha perdido sus cualidades de excelencia, aquellas precisamente que ocasionaron su elevación. Contra esa aristocracia ineficaz y corrompida se rebela la masa justamente. Pero, confundiendo las cosas, generaliza las objeciones que aquella determinada aristocracia inspira, y, en vez de sustituirla con otra más virtuosa, tiende a eliminar todo intento aristocrático. Se llega a creer que es posible la existencia social sin minoría excelente; más aún: se construyen teorías políticas e históricas que presentan como ideal una sociedad exenta de aristocracia. Como esto es positivamente imposible, la nación prosigue aceleradamente su trayectoria de decadencia».

Después cesa el rencor de las masas contra la aristocracia y ésta vuelve de nuevo al poder, comenzando un nuevo ciclo. La caída de los Imperios, y en este caso del Imperio, se debió pues a que los «mejores» no gobernaban. ORTEGA Y GASSET (1964): Ob. Cit. pag. 147:

«En efecto: la ausencia de los 'mejores' ha creado en la masa en el 'pueblo', una secular ceguera para distinguir el hombre mejor del hombre peor, de suerte que cuando en nuestra tierra aparecen individuos privilegiados, la «masa» no sabe aprovecharlos y a menudo los aniquila».

Como se puede ver, el pensamiento de Ortega estaba plenamente embebido de su época, es decir, de los movimientos sociales que sacudían Europa y que estaban dando lugar a que el sistema de democracia parlamentaria sufriera vaivenes con la instalación de regímenes tan diversos como el socialista o el fascista.

En su análisis concreto de la decadencia española, Ortega la retrotrae no al siglo XVIII, sino a final de la antigüedad. La teoría de que en Castilla no hubo feudalismo es esgrimida por Ortega para exponer que ésta fue la causa de que no se consiguiera una sólida unidad nacional bajo la dirección de unos «señores».

Asimismo, las influencias romanas de los visigodos serían negativas para éstos, ya que recogerían los peores elementos de una Roma ya decadente, lo que explicaría la caída del reino visigodo.

Mazzarino ha demostrado cómo en la tardoantigüedad las masas nunca sustituyen a la clase dirigente, expresando las contradicciones en que se movía Ortega (MAZZARINO: 1961, 185):

«Ortega quisiera, por un lado, un Imperio que cree una democracia representativa; por el otro, lamenta una inexistente substitución de las masas a la clase dirigente».

9.9. El debate posterior

Durante muchos años la discusión, en el periodo posterior a la guerra civil, se iba a centrar en la polémica entre Américo Castro y Sánchez Albornoz.

En 1948, Américo Castro publicó *España en su historia: cristianos, moros y judíos,* aunque sería más conocida una reelaboración posterior titulada:*La realidad histórica de España.* Según Barbero y Vigil (BARBERO, A. VIGIL M., 1978, 17):

«Castro valoraba la incorporación de la Península Ibérica al mundo islámico como un hecho fundamental que marcaba un hito en la historia de España. No existiría continuidad entre la España protohistórica, romana y visigoda, con la surgida después de la invasión musulmana. Para él, lo español era el resultado de la reunión de elementos cristianos con elementos hebreos y musulmanes, hecho que ocurrió en la época medieval. El equilibrio de estas tres culturas se rompió luego, dando paso a la edad conflictiva de los tiempos modernos, que explicaría las peculiaridades de los españoles y su «morada vital».

Frente a ello, surgiría la respuesta de Claudio Sánchez Albornoz quien en 1956 publicaría:*España, un enigma histórico.* El tema central del libro consistiría en intentar demostrar la persistencia de rasgos que el autor considera «españoles», que existirían desde fases primitivas hasta la actualidad. De aquí que la historia de España (BARBERO, A. VIGIL, M. 1978, 18):

«... sería efectivamente un enigma histórico, y el «talante hispano», una herencia peculiar que tendría sus causas en unas raíces milenarias. De esta forma la realidad de España quedaba ya identificada, y la tarea del historiador sería la de descubrir las proyecciones a través de los tiempos de la 'herencia temperamental o contextura vital' de lo hispánico.

Esta disputa ha trascendido de los problemas puramente históricos, para centrarse en la «esencia» de España. Las posturas más histórico-jurídicas y nacionalistas de Sánchez Albornoz y más filológicas y culturalistas de Castro han llevado a un enmascaramiento de la realidad de la historia de España, que se convertiría en algo trascendente, unido a constantes metafísicas y raciales. El problema consistiría, pues, en averiguar cuándo surgieron estas constantes».

Ambos planteamientos parten del mismo presupuesto: «descubrir la esencia de lo español y convertirla en algo inalterable, y llevan a las mismas consecuencias, esto es, separar la historia de España, como algo anómalo, de la historia universal. Para nosotros esto es un problema artificial que en lugar de plantear los condicionantes reales de la historia de España, lo que hace es convertirlos en una esencia, cuyo conocimiento queda más allá de toda investigación científica. Así España seguiría siendo en ambos casos un enigma histórico, ya se base éste en un espíritu español eterno, ya en una morada vital nacida por coincidencias culturales».

Así, tal como expresan Barbero y Vigil, la disputa ha trascendido de los problemas puramente históricos para centrarse en la «esencia» de España.

Si tenemos en cuenta que las fronteras no fueron fijas e inmutables o que los pretendidos momentos de unidad habrían de ser matizados, en el fondo la polémica había pasado de la historia al terreno de la metahistoria como sería la discusión sobre qué es España.

En el campo de la unidad o diversidad de pueblos que habitaban la Península Ibérica habría que centrar la polémica entre Menéndez Pidal y Vicens-Vives. Mientras Ménendez Pidal desarrollaba la tesis del protagonismo de Castilla en la unidad de España. Vicens-Vives defendía la diversidad de los pueblos peninsulares. Según Barbero y Vigil (BARBERO, A., VIGIL, M. 1978, 19):

«Otros aspectos que se refieren a la historia de España se ocupan del protagonismo de Castilla y de la identificación de la historia de Castilla con la historia de España. En general la historia tradicional de España ha sido escrita desde ese punto de vista. De esta tendencia no se han librado grandes figuras de la pluma española, como Menéndez Pidal. Son significativas

sus páginas introductorias al volumen II, La España Romana, de la Historia de España que dirigió. Castilla, prolongada en Andalucía y Extremadura, protagonizaría la Historia de España en las épocas imperiales. Así serían emperadores españoles Trajano, Adriano y Teodosio, y la empresa imperial de la conquista de América sería llevada a cabo por castellanos, extremeños y andaluces. La periferia, especialmente el Levante y el Nordeste, desempeñaría un papel secundario, que sólo tendría cierta relevancia en los momentos de decadencia imperial.

Vicens-Vives ha tratado de hacer una «aproximación a la historia de España», desde bases más racionales. Su objetivo, que él cree que es también objetivo de otros autores, es el de «resolver lo que se cree acuciante problema de conciencia: en primer lugar, la imperfección de España para seguir el rumbo de la cultura occidental hacia el capitalismo, el liberalismo y el racionalismo en el triple aspecto económico, político y cultural; y luego, el fracaso de la misión de Castilla en la tarea de hacer a España como una comunidad armónica, satisfecha y aquiescente». Vicens contrapone al protagonismo de Castilla el pluralismo de los reinos hispánicos con las coronas de Portugal, Castilla y Aragón».

Estos enfoques abrían las puertas hacia caminos de investigación diversos sobre el paso del mundo antiguo al medieval. Los trabajos más recientes tienden a demostrar que no existía una vía única, sino que en función de las formaciones sociales anteriores las transiciones serían más o menos lentas, así como cada vez parece más evidente que del desmoronamiento de las sociedades antiguas surgirían diversas sociedades entre los pueblos peninsulares.

Con ello se puede decir que estamos en una nueva fase donde la discusión no gira ya en torno al tema de un modelo único para toda la península ni sobre qué se entiende por feudalismo, sino que ahora se estudia como un sistema institucional, como una estructura de producción y de renta, todo lo cual ha hecho que las viejas discusiones queden relegadas al campo de la historiografía; aunque durante mucho tiempo uno de los temas de oposiciones al BUP se ha denominado: la polémica entre Américo Castro y Sánchez Albornoz.

10.

Apéndices

En los textos aconsejados he elegido tres modelos que pueden abrir diversos tipos de comentarios y de enfoques. El primero es un comentario de texto tradicional. Para ello he colocado un largo pasaje de Polibio que puede resumir uno de los más sagaces puntos de vista de los antiguos sobre la decadencia del que ya hablamos en el capítulo III. Si tenemos en cuenta que Polibio vivió en la segunda mitad del siglo II a.C., su referencia a la caída del Imperio Romano es toda una profecía histórica.

El segundo texto consiste en consideraciones de Orosio y San Agustín sobre la influencia divina en la creación y caída del Imperio cristiano.

El tercer texto es un pasaje de A. Barbero-M. Vigil en el que se critica el punto de vista habitual, al menos hasta entonces, sobre la Reconquista y que exponemos en el capítulo IX. El comentario puede centrarse en los aspectos historiográficos sobre el tema de la «decadencia» visigoda y el fin del mundo antiguo.

El cuarto tema está sacado de la historia del arte y supone la introducción de elementos que presagian el cambio.

El quinto tema puede extrañar al lector, ya que he escogido una materia distinta como es una película, *La caída del Imperio Romano,* que enlaza con lo desarrollado en el capítulo I. Este género plantea una discusión distinta a los anteriores, pero puede ser igualmente provechosa, ya que es una temática más de masas y no se puede obviar sino al contrario, se necesita crear mecanismos para acercarse a ella.

El sexto punto supone una reflexión sobre el uso actual de la antigüe-



Vista general del foro de Roma.

dad, para que el lector no olvide que siempre se trata de una interpretación desde el presente.

Las propuestas de trabajo que expongo son meramente orientativas, las que he elegido están más centradas en la Historia, pero, en función de la materia para la que se quiera utilizar los textos, se puede hacer un mayor énfasis en otros campos como la filología clásica, filosofía, Historia del Derecho o Cinematografía propiamente dicha.

I. *La decadencia de los Imperios según Polibio (Libro VI, cap. 8-11, traducción y notas de Manuel Balasch, Ed. Gredos, Madrid, 1981).*

«La masa, cuando recibe caudillos, junta su fuerza a la de ellos por las causas ya citadas y elimina totalmente el sistema real y el monárquico; entonces empieza y se desarrolla la aristocracia. El pueblo, en efecto, para demostrar al instante su gratitud a los que derribaron la monarquía, les convierte en sus gobernantes y acude a ellos para resolver sus problemas. Al principio, estas nuevas autoridades se contentaban con la misión recibida y antepusieron a todo el interés de la comunidad; trataban los asuntos del pueblo, los públicos y los privados, con un cuidado prudente. Pero cuando, a su vez, los hijos heredaron el poder de sus padres, por su inexperiencia de desgracias, por su desconocimiento total de lo que es la igualdad política y la libertad de expresión, rodeados desde la niñez del poder y la preeminencia de sus progenitores, unos cayeron en la avaricia y en la codicia de riquezas injustas, otros se dieron a comilonas y a la embriaguez y a los excesos que las acompañan, otros violaron mujeres y raptaron adolescentes: en una palabra, convirtieron la democracia en oligarquía. Suscitaron otra vez en la masa sen-

timientos similares a los descritos más arriba; la cosa acabó en una revolución idéntica a la que hubo cuando los tiranos cayeron en desgracia.

Porque si alguien se apercibe de la envidia y del odio que la masa profesa a los oligarcas y se atreve a hacer o a decir algo contra los gobernantes, encuentra al pueblo siempre dispuesto a colaborar. Inmeditamente, tras matar a unos oligarcas y desterrar a otros, no se atreven a nombrar un rey, porque temen todavía la injusticia de los pretéritos; no quieren tampoco confiar los asuntos de estado a una minoría selecta, pues es reciente la ignorancia de la anterior. Entonces se entregan a la única confianza que conservan intacta, la radicada en ellos mismos: convierten la oligarquía en democracia y es el pueblo quien atiende cuidadosamente los asuntos de estado. Mientras viven algunos de los que han conocido los excesos oligárquicos, el orden de cosas actual resulta satisfactorio y se tienen en el máximo aprecio la igualdad y la libertad de expresión. Pero cuando aparecen los jóvenes y la democracia es transmitida a una tercera generación, ésta, habituada ya al vivir democrático, no da ninguna importancia a la igualdad y a la libertad de expresión. Hay algunos que pretenden recibir más honores que otros; caen en ésto principalmente los que son más ricos. Al punto que experimentan la ambición de poder, sin lograr satisfacerla por sí mismos ni por sus dotes personales, dilapidan su patrimonio, empleando todos los medios posibles para corromper y engañar al pueblo. En consecuencia, cuando han convertido al vulgo, poseído de una sed insensata de gloria, en parásito y venal, se disuelve la democracia, y aquello se convierte en el gobierno de la fuerza y de la violencia; porque las gentes, acostumbradas a devorar los bienes ajenos y a hacer que su subsistencia dependa del vecino, cuando dan con un cabecilla arrogante y emprendedor, al que, con todo, su pobreza excluye de los honores públicos, desembocan en la violencia. La masa se agrupa en torno de aquel hombre y promueve degollinas y huidas. Redistribuye las tierras y, en su ferocidad, vuelve a caer en un régimen monárquico y tiránico.

Este es el ciclo de las constituciones y su orden natural, según se cambian y transforman para retornar a su punto de origen. Quien domine el tema con profundidad puede que se equivoque en cuanto al tiempo que durará un régimen político, pero en cuanto al crecimiento de cada uno, a sus transformaciones y a su desaparición es difícil que yerre, a no ser que su juicio resulte viciado por la envidia o por la animosidad. En lo que, particularmente, atañe a la constitución romana, es principalmente a partir de estas consideraciones como llegaremos a entender su formación, su desarrollo y su culminación, y, al propio tiempo, el cambio en dirección inversa que se producirá a partir de este estado. Porque si hace poco tiempo que lo he dicho de otras constituciones, la romana posee igualmente un principio natural desde sus comienzos, un desarrollo y una culminación, así que experimentará de modo semejante una recesión hacia sus principios, cosa que se podrá comprobar por las partes que seguirán a ésta».

En la exposición seguimos el esquema de comentario de textos antiguos propuesto por M. A. Rabanal (1983), «El comentario de texto en la didáctica de la Historia Antigua». (*Lucentum* II, pág. 331-349). Propuestas de trabajo:

Fase I

a) Naturaleza del texto.
b) Extracción del texto.
c) Extensión y contornos históricos.
d) Autor.
e) Cronología.
f) Lugar de redacción.

Fase II: Interpretación

a) Aspectos externos del texto.
b) Aspectos internos del texto.

Fase III: Conclusión

Ambiente histórico en el que escribe el texto, ideología del autor y objetivos que se proponía con su reflexión.

BIBLIOGRAFIA

— Textos bilingües completos en Loeb Classical Library, 6 Vols. Ed. de W. R. PATTON.
— Comentario: K. W. WALBANK (1957-1979), *Historical Commentary on Polibius*, Oxford University, (7 Vols.).
— MAZZARINO (1961), pág. 8 y ss., sobre las ideas políticas de Polibio.
— MUSTI (1978), *Polibio e l'Imperialismo romano*, Liguori Editori, Nápoles.

II. *Consideraciones sobre las causas y consecuencias del engrandecimiento del auge de Roma:*
1) El imperio romano fue obra providencial del verdadero Dios. (Aug, Civ. 5, 21.; Orosio Hist. 6, 1, 5 ss. Edición de Eustaquio Sánchez. Ed. Akal, Madrid, 1981, p. 216 s y 222 s.

«Siendo todo lo anterior así, no atribuyamos la facultad de conceder reinos e imperios sino al Dios verdadero que otorga en el reino de los cielos la bienaventuranza sólo a los piadosos; en la tierra, sin embargo, concede reinos a píos e impíos, según le place, aunque no le place nada que sea injusto. Aunque ya hemos dicho algo que El quiso revelamos, está sin embargo muy por encima de nosotros y supera con mucho nuestras fuerzas escudriñar los secretos de los hombres y ponderar en claro juicio los méritos de los reinos. Pues bien, aquel único Dios verdadero, que no aparta del género humano ni su providencia ni su ayuda, concedió a los romanos el reino cuando quiso y en la medida que quiso; El fue quien se lo dio a los asirios y también a los persas, los cuales, según consta en su literatura, sólo adoraban a dos dioses, uno bueno y otro malo; y no voy a hablar del pueblo hebrero, del que ya dije cuanto me pareció bien, pueblo que no adoró más que a un solo Dios mien-

tras mantuvo su reino; El fue el que dio a los persas mieses, sin que estos adoraran a diosa «Mies», el que concedió otros frutos de la tierra sin necesidad de que se adorara a tantos dioses como pusieron para amparo de cada una de las cosas —incluso para algunas cosas pusieron más de un Dios—; El fue el que les concedió el imperio sin necesidad de que tuvieran que adorar a aquellas divinidades por cuyo culto creyeron que habían conseguido reinar. Y de la misma forma se comportó con los hombres: El, que concedió el poder a Mario, se lo concedió también a César; El, que se lo dio a Augusto, se lo dio también a Nerón; El, que se lo entregó a los Vespasianos, tanto al padre como al hijo, benévolos emperadores, se lo entregó también a Domiciano, monstruo de la crueldad; y, para no ir recorriendo necesariamente uno a uno todos los emperadores, El, que se lo dio al cristiano Constantino, se lo dio también al apóstata Juliano, cuya extraordinaria índole natural fue estropeada, en su deseo de dominar, por su sacrílego y detestable afán por saber: entregado a los falsos oráculos de este saber, incendió, confiado como estaba en la seguridad de la victoria, las naves que transportaban los alimentos necesarios; después, persiguiendo con pasión empresas demesuradamente osadas y muriendo, por fin, en pago a su temeridad, dejó en tierra enemiga un ejército hasta tal punto sin recursos, que no pudo salir de allí sino a cambio de cambiar las fronteras del imperio romano, en contra de los auspicios del dios Término, según dije en el libro anterior: el dios Término, que no había cedido ante Júpiter, tuvo que ceder, en efecto, ante la necesidad.

Queda, pues, perfectamente claro que es el único y verdadero Dios el que rige y gobierna a su albedrío. Y si bien es verdad que lo hace por motivos ocultos, no por ello los debemos considerar injustos.»

OROSIO, *Hist.*, 6, 1, 5 ss.:

(Aquí, sin embargo, considera Orosio que el poderío romano fue querido por Dios con el fin de preparar la venida de su Hijo.)

«Pues bien, ese único y verdadero Dios, cuya existencia aceptan, aunque con distintas interpretaciones, todas las escuelas, como ya dijimos, ese Dios que gobierna los cambios de imperios y de épocas, que castiga también los pecados, ha elegido lo que es débil en el mundo para confundir a lo que es fuerte, y ha fundado el imperio romano, sirviéndose para ello de un pastor de paupérrima condición. Ese imperio, que se mantuvo largo tiempo en manos de reyes y cónsules, tras apoderarse de Asia, Africa y Europa, cayó en toda su administración en manos de un solo emperador, poderosísimo él y clementísimo. Durante el reinado de este emperador, al que casi todos los pueblos honrarían justamente con cariño y temor al mismo tiempo, el Dios verdadero, que ya era adorado, en su inquieta superstición, por los que le desconocían, abrió el abundante manantial de su inteligencia y, con el fin de enseñar más fácilmente bajo la apariencia humana a los hombres, envió a su propio hijo, el cual realizaría milagros que sobrepasarían la condición humana, y demostraría la falsedad de los espíritus a los que algunos habían considerado como dioses; e hizo esto para que los mismos que no habían creído en él como hombre, creyeran en sus obras como obra de Dios; y lo

hizo también para que, en medio de aquella gran tranquilidad y de aquella paz que se extendía ampliamente, corriese, sin peligro y rápidamente, la gloria de la buena nueva y la rápida fama de la anunciada salvación; e incluso también para que, al ir sus discípulos por todas partes y repartir además los bienes de la salvación entre todos, tuviesen, como ciudadanos romanos que eran, segura libertad para acercarse y discutir entre ciudadanos romanos.»

2) El encumbramiento de Roma se hizo a costa de las desgracias de otros pueblos. (Orosio Hist. 5, 1. Edición de Eustaquio Sánchez. Ed. Akal, Madrid, 1981, p. 220 s.).

Yo sé que a partir de ahora algunos posiblemente se admiren porque las victorias romanas se intensifican a costa de grandes pérdidas de muchos pueblos y ciudades. Aunque, si observan atentamente la situación, encontrarán que fue mayor el daño que los beneficios; y es que no deben ser olvidadas otras muchas guerras de esclavos, sociales, civiles y de desertores, que no acarrearon ningún beneficio y sí muchas desgracias. Pero dejemos que a ellos les parezca que fue tal como ellos quieren; dirán, creo yo, entonces: «¿Qué más feliz que aquella época en que los triunfos fueron continuos, las victorias numerosas, los botines abundantes, los séquitos ilustres, y que, ante el carro del vencedor y en larga fila, eran conducidos grandes reyes y pueblos vencidos?». A éstos se les puede responder brevemente que mientras ellos mismos suelen quejarse ahora de los tiempos, nosotros, en favor de esos mismos tiempos, hemos entablado una discusión; tiempos que evidentemente no afectan a una sola ciudad, sino que son compartidos por todo el mundo. Consiguientemente la misma felicidad que sintió Roma venciendo, fue infortunio para los que, fuera de Roma, fueron vencidos. ¿En cuánto, pues, ha de ser estimada esta gota de trabajada felicidad, a la que se atribuye la dicha de una sola ciudad, mientras que una gran cantidad de infortunios producen la ruina de todo el mundo? Si se consideran felices aquellos tiempos porque en ellos aumentaron las riquezas de una sola ciudad, ¿por qué no se consideran más bien desafortunados porque en ellos desaparecieron poderosos reinos con lamentable pérdida de muchos y bien desarrollados pueblos? O ¿acaso los consideraba de otra forma Cartago, cuando después de ciento veinte años —en los cuales, a pesar de temblar unas veces ante los desastres bélicos y otras ante las condiciones que se le exigían para la paz, podía cambiar, sin embargo, ya recurriendo a la rebeldía, ya a las súplicas, la paz por la guerra y la guerra por la paz—, terminó por fin toda la ciudad convertida en una pira, al arrojarse al fuego uno por uno todos sus ciudadanos arrastrados por una extrema desesperación? Para ella todavía ahora, cuando ya es pequeña en territorio y sin murallas, es algo triste escuchar lo que fue en otro tiempo. Que dé Hispania su opinión de los tiempos en que, a lo largo de doscientos años, regaba con sangre todos sus campos en toda su extensión y no podía rechazar ni sujetar a un enemigo que lo turbaba todo a sus anchas por todas partes; de los tiempos en que ellos mismos, en sus distintas ciudades y lugares, rotos por los desastres bélicos y agotados por el hambre de los asedios, ponían, como remedio a sus desgracias, fin a su vida,

enfrentándose y matándose unos a otros, tras haber ejecutado a su vez a sus esposas e hijos. ¿Qué opinión tendría en aquella ocasión de sus tiempos? Que lo diga por fin la propia Italia: ¿por qué obstaculizó, se opuso y rechazó durante cuatrocientos años a los romanos (que eran también itálicos), si la fortuna de éstos no era un infortunio para ellos, y si el hecho de que los romanos se convirtieran en dueños de la situación no era un obstáculo para el bien común? Y no pregunto a los innumerables pueblos de las distintas razas, pueblos antes largo tiempos libres, pero sometidos entonces en la guerra, separados de su patria, vendidos por dinero y dispersos por la esclavitud; no les preguntó qué hubieran preferido en aquella ocasión, qué opinaban de los romanos.

Propuesta de trabajo:

Aplica el mismo esquema de comentarios planteados en el Apéndice I a cada uno de los 3 textos seleccionados.

Tras ello se pueden estudiar los siguientes puntos:

a) Comparar las visiones providencialista de la Historia en San Agustín y Orosio.
b) Señalar los puntos convergentes en ambos escritores.
c) A partir del tercer texto, analiza los puntos divergentes.
d) Sitúa estas opiniones en la «polémica entre cristianos y paganos» que se recoge en el capítulo 3 de este libro.

BIBLIOGRAFIA

Se puede emplear la recogida en Eustaquio Sánchez Salor (1986), *Polémica entre cristianos y paganos*, Editorial Akal, Madrid, p. 20 s.
Como complemento se pueden recoger las teorías recogidas en los capítulos 2 y 3.

III. *Sobre el «mito» de la Reconquista (A. Barbero, M. Vigil, 1974, «Sobre los orígenes sociales de la Reconquista», Ed. Ariel, Barcelona, pág. 96 y ss.).*

«... la región nunca dominada por los musulmanes y de donde surgiría la «Reconquista» fue la misma que defendió su independencia frente a los visigodos y seguía luchando por ella todavía contra el último rey godo Don Rodrigo en el año 711. Por consiguiente, el fenómeno histórico llamado Reconquista no obedeció en sus orígenes a motivos puramente políticos y religiosos, puesto que como tal fenómeno existía ya mucho antes de la llegada de los musulmanes. Debió su dinamismo a ser la continuación de un movimiento de expansión de pueblos que iban alcanzando formas de desarrollo económico y social superiores.

Se ha adjudicado habitualmente a estos montañeses, enemigos tradicionales de los visigodos, el papel de ser sus sucesores políticos frente a los musulmanes; pero el deseo de «reconquistar» unas tierras que evidentemente nunca habían poseído, no se puede aceptar hasta tiempos posteriores en los que creó realmente una conciencia de continuidad con el reino visigodo. Este fenómeno se produjo en un momento en que el reino asturiano había ya dejado de ser lo que fue en sus orígenes al extenderse hacia Occidente por la actual Asturia y Galicia, y, hacia el sur, por León. Con la incorporación de estos territorios y sus habitantes, en otro tiempo parte integrante del reino godo, y que poseían una estructura económica y social diferente de la que había hecho posible el nacimiento del primitivo reino astur, éste asimiló la cultura y las instituciones visigodas. Fue entonces cuando el reino de Oviedo y León, al convertirse en lo contrario de lo que había sido en sus comienzos, tuvo que enfrentarse en los territorios del este con problemas análogos a los que habían tenido los visigodos con los cántabros y los vascones. Este enfrentamiento de estructuras y formas de vida diferentes se exteriorizó en las frecuentes rebeliones de los vascones, reseñadas en la Crónica Albeldense y en la de Alfonso III, y en la postura independiente del primitivo condado de Castilla respecto del reino astur-leonés.



Portada de la obra Sobre los orígenes sociales de la Reconquista.

Propuesta de trabajo:

a) Recoge las versiones de las crónicas sobre los orígenes de la «Reconquista» y compara unas con otras.

b) Analiza la interpretación de las Crónicas que se fueron realizando en el reino astur sobre todo durante el reinado de Alfonso III.

c) Repasa las visiones dominantes sobre el tema en la historiografía española.

d) Compara unos relatos con otros y plantea las diferencias y sus causas.

e) Reúne los períodos de la historia de España en los que se habla de «decadencia» e incide en los elementos comunes, cuáles son las causas de la decadencia y cuáles los períodos que suponen un avance.
f) Reúne las interpretaciones existentes sobre estas fases en las historias de las nacionalidades y regiones del actual Estado español.
g) Explica las causas de los puntos convergentes y divergentes.
h) Expón las configuraciones historiográficas de un pasado unificado desde el siglo XIX y las reacciones a este intento.

BIBLIOGRAFIA

A. BARBERO-M. VIGIL (1974).
A. BARBERO-M. VIGIL (1978).
A. GARCÍA MORENO (1975).
W. LOMAX, (1984), *La Reconquista,* Ed. Crítica. Barcelona.
P. BONNASSIE (1979), *Catalunya, mil anys enrera (segles X-XI),* 2 vols. Ed. 62, Barcelona.
P. CIRUJANO, T. ELORRIAGA, J. S. PÉREZ, (1985), *Historiografía y Nacionalismo española 1834-1868,* CSIC. Madrid.

IV. *El milagro en el arte. Columna Antonina. Comentario sobre la escena (R. Bianchi Bandinelli, 1981, p. 101 ss.).*

«La columna de Marco no sólo apunta, como es sabido, novedades estilísticas, sino también diferencias temáticas y de contenido que se pueden comprobar perfectamente al compararla con la Columna Trajana, de la cual parte el proyecto, ejecutado con un espíritu completamente diferente y con medios artísticos enteramente distintos. Entre las diferencias, ya hace tiempo que se ha señalado una profunda divergencia en la relación entre vencedores y vencidos, entre romanos y bárbaros. En la Columna Trajana, al enemigo vencido se le reconoce fiereza en la lucha, valor y dignidad moral; en la Columna Antonina sólo vileza seguida de destrucción. Es una variación de contenido que indica un cambio de ambiente moral y de concepción intelectual que se aleja de la objetividad histórica. Ha prevalecido aquel modo de concebir la verdad histórica en relación a la conducta de la guerra, que en Luciano (muerto alrededor del 180), era objeto de ironía y de sátira sólo unos años antes. Ha prevalecido y recibido sanción oficial en el arte. Pero también hay que tener en cuenta la observación de Mazzarino acerca del menosprecio de la historia que, en tiempos de Cómodo, se halla en los escritos de Máximo Tirio. Creo que esa invertida relación ética hacia el enemigo está en la relación directa con el nuevo concepto de una soberanía en comunicación inmediata con los dioses y, por tanto, infalible e invencible. Además, en la Columna Trajana, la figura del emperador siempre se representa de perfil o de tres cuartos, según la habitual concepción helenística; en la Columna An-



El milagro en el Arte. Columna Antonina.

tonina predominan las vistas de frente, que se convierten en norma en las escenas de comunicación o de representación, mientras que la vista de perfil se limita a las escenas de marcha.

Al mismo tiempo (otro elemento, simultáneo, de novedad), en la columna de Marco aparece el milagro por primera vez en una representación artística: el milagro del rayo y el milagro de la lluvia, que encuentran expresiones iconográficas enteramente nuevas. La aparición de lo irracional en el arte de esa época no puede sorprender. Las religiones de salvación penetran ampliamente en la cultura de la época; llenan un vacío que se nos documenta, por ejemplo, por la pomposa y rebuscada futilidad de las experimentaciones léxicas y de los temas de los escritos de Cornelio Fronton; chocan con el ansia de seguridad que el agravamiento de las condiciones económicas y de los conflictos políticos daba al ciudadano romano que, por tanto, en un Estado en la plenitud de su hegemonía sentía crecer el vacío a su alrededor y dentro de sí. Hasta la doctrina estoica se tiñe entonces de aspiraciones casi místicas, y los sarcófagos de tema dionisíaco demuestran la existencia de una auténtica y verdadera teología completa, que se resuelve con la indicación de que el difunto, convertido en «nuevo Dionisio», es copartícipe del dios que renace eternamente de sí mismo (como han comprobado perfectamente las investigaciones de Nilsson, primero, y de Turcan después). Entrelazada con la de Dionisio, la teología de Zeus Sabàzios se desarrolla precisamente hacia finales del siglo II. Esa fuga a lo irracional no hará sino acrecentarse a lo largo del sucesivo siglo III.

Por consiguiente, merece la pena recordar que con Cómodo se inicia precisamente una época nueva en la concepción de la soberanía: el *princeps* se transforma en un soberano-rey de tipo helenístico-oriental; demuestra su fuerza y su poder, tanto en la caza de animales salvajes, igual que un soberano asirio, como vistiéndose al modo de Heracles con despojos de león y empuñando la clava. Tras el atentado del 188, Cómodo se puso bajo la protección de Cibeles y nombró prefecto del pretorio al ex esclavo frigio Cleandro; se entregó luego a la devoción de Neptuno-Serapis, de Doliqueno, de Mitra y, luego, de Isis (el prefecto del pretorio era un egipcio: Eclecto), introduciendo en el culto imperial la fiesta de la barca de Isis, con sus carnavalescas mascaradas. Pero, de modo particular, ha de subrayarse que Cómodo (como observó W. Weber) fue «el primer soberano en tierra europea que se proclamó rey del mundo y siervo de la divinidad». Tal concepción de la sobera-

nía señala el giro más característico de su principado y conduciría a la concepción del emperador como divinidad salvadora. Con Cómodo se inicia una época, nueva, al final de la cual la más robusta de las religiones orientales, la cristiana, saldría victoriosa, con su monoteísmo, sobre el confuso y a menudo turbio sincretismo religioso que se perdía en sutilezas intelectualistas carentes de valores universales, y que invadió la sociedad romana a partir de esa época.

Tales tendencias religiosas favorecen el contenido simbólico de la expresión artística, que encuentran un terreno favorable en el ámbito romano. Como ya hemos dicho, la elegancia mundana del arte helenístico sólo fue aceptada, en Roma, por la selecta minoría en cuyas manos estaba la alta cultura y el poder político. Pero las formas del arte clásico jamás penetraron en profundidad, nunca se convirtieron en sustancia integral de la cultura urbana en Roma, como lo habían sido en Grecia. Amplios estratos de ciudadanos, anteriormente relegados a un papel secundario en la vida de la sociedad romana, pero progresivamente en ascenso hasta adquirir preponderancia en el siglo III y constituir el armazón del nuevo Estado, siempre buscaban en el arte la expresión de exigencias distintas de las del helenismo.»

Propuesta de trabajo:

La decadencia de Roma en el arte

a) A partir del texto analiza las teorías sobre la decadencia del arte romano.
b) Compara este relieve con los conocidos de épocas anteriores y resalta las diferencias temáticas que encuentras.
c) Relaciona estas diferencias con las que se presentan en la sociedad romana a partir del reinado del emperador Cómodo.
d) Vincula esta escena con los cambios culturales existentes en el mundo romano del Bajo Imperio.

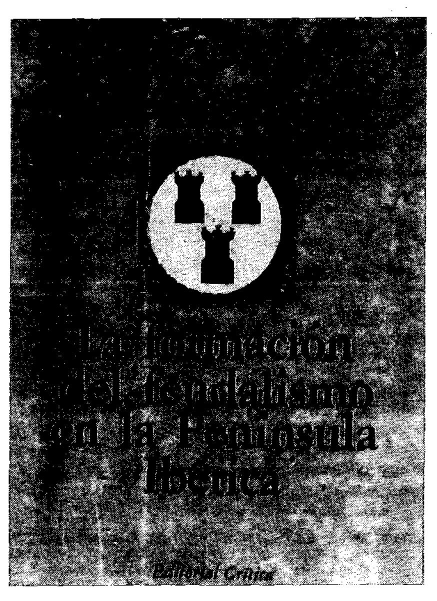
BIBLIOGRAFIA

R. Bianchi Bandinelli, 1971 y 1981.
S. Mazzarino, 1961.
Introducción de este libro.

V. *«La caída del Imperio Romano» (1964)*

Objetivos

Al elegir una película como comentario histórico se pretende hacer ver al espectador que el tema está en la calle y que se trata de un debate actual. Se puede realizar una serie de temas de trabajo antes y después de la pro-



Portada de la obra *La formación del feudalismo en la Península Ibérica.*

yección del film. Como asesoramiento para la confección del temario, recomendamos la producción sobre *Espartaco* de Stanley Kubrik por el grupo Drac Magic y que podría encajar dentro del BUP en manuales como el de Historia de Anaya de 1.º de BUP (J. Prats y otros, *Historia,* Ed. Anaya, Madrid, 1987). Evidentemente se puede aplicar en muchos otros lugares, yo mismo he tenido ocasión de experimentarlo en la Universidad del País Vasco (23-25 de noviembre 1988) al participar en el Coloquio sobre «El cine y el mundo antiguo» donde se pasó esta película, y en la misma Universidad Autónoma de Barcelona, donde trabajo.

Dado que sobre este tipo de temas existen menos puntos de referencia me extenderé más sobre el comentario de la película para que el lector consiga recoger de ella ideas sobre diversas vías tanto de trabajo como de investigación.

La caída del Imperio Romano (1964)

FICHA TECNICA:

Título original: The Fall of the Roman Empire.
Nacionalidad: Norteamericana.
Productor: Samuel Bronston.
Director: Anthony Mann.
Guión: Ben Barzman, Basilio Frondina, Philip Jordan.
Fotografía: Robert Kresher.
Música: Dimitri Tiomkin.
Duración: 165 minutos.
Intérpretes: Sofía Loren (Lucilla), Stephen Boyd (Livio), Alec Guiness (Marco Aurelio), James Mason (Timónides), Cristopher Plummer (Cómodo), Antony Quayle (Vérulo), Mel Ferrer (Cleandro), John Ireland (Ballomar), Omar Sharif (Suhamus).

LA HISTORIA:

La película arranca de los momentos finales del emperador Marco Aurelio, su muerte, la subida al poder de su hijo Cómodo y los acontecimientos inmediatamente posteriores a su muerte.

El escoger este momento no es ninguna casualidad, el historiador italiano Mazzarino también elige el reinado de Cómodo para marcar las diferencias con el periodo anterior. Se trata de un periodo que marca un punto de inflexión básico en la historia del Imperio romano.

Anthony Mann expondría en una entrevista que viendo en una librería de Picadilly Circus *The Fall and Decline*... De Gibbon se le ocurrió realizar una película sobre el tema. Sea cierto o no, es curioso el enlace que quería hacer con la forma cómo Gibbon relataba la idea de su proyecto aunque la descripción de Mann careciera de la solemnidad de la exposición gibboniana.

La voz en off al final de la película que expone que «aquí empezó la decadencia» recoge toda una tradición que hoy por hoy sigue siendo la dominante, como hemos visto a lo largo de este libro.

CAUSAS DE LA DECADENCIA SEGUN LA PELICULA:

Se puede decir que en la película se expresan las causas tradicionales de la «crisis» del Imperio romano:

— protesta de los bárbaros por la actuación romana que se puede ejemplificar en el grito final del bárbaro que desde la hoguera grita: «¡Venganza!».

— Paz romana que al fracasar daría lugar a la barbarie.

— Crisis económica por la no rentabilidad del trabajo esclavo frente al del hombre libre; predominio de Italia frente a las provincias; introducción de bárbaros dentro del Imperio. Todo ello se puede observar en la discusión en el Senado. A Timónides se le hace el doble reproche de ser esclavo y griego, a lo que responde que ya no es esclavo y que es ciudadano romano. La intervención del senador Cecina puede condensar el dilema en dos de sus frases: «¡Hemos cambiado el mundo y no hemos cambiado nosotros!», ¡Un imperio cae cuando sus hombres pierden la fe en él!. Otras aparecen a lo largo de la película.

— Opresión fiscal para obtener recursos con los que pagar al ejército; abandono de los mejores (Marco Aurelio y Timónides mueren y Livio abandona el Imperio a su suerte); devastamiento de las provincias; corrupción de costumbres, incluso del pueblo como se observa en la escena final en la que bajo una especie de saturnales se subasta la corona imperial.

ALGUNOS ERRORES HISTORICOS:

Dos de los personajes ejes de la película son inventados por el guionista: Timónides y Livio. De hecho ambos resumen el ideal del período... los que podrían haber evitado la decadencia.

Timónides compendia en su personaje la filosofía estoica corriente que también compartió el propio emperador, y Livio es el militar y estadista que habría podido llevar a cabo estos ideales. En otros casos, algunos personajes como Lucilia aparecen magnificados cuando, según las fuentes antiguas, su vida no fue precisamente ejemplar, siendo mandada matar por Cómodo.

La muerte de Marco Aurelio sería por peste, mientras el episodio de su envenenamiento está sacado de la versión de los *scriptores Historiae Augustiae* se atribuían a él mismo la muerte de Lucio Vero con un sistema semejante al descrito en la película.

La sucesión de Cómodo fue decidida por el mismo emperador, correspondiendo el designio del film al intento de exaltar los ideales humanistas del emperador. La revuelta de Oriente se produciría durante el reinado de Marco Aurelio, siendo la conocida revuelta de Avidio Casio.

La subasta de la corona imperial no se produciría tras la misma muerte de Cómodo, sino algo después, y hay que tener en cuenta que el traductor de la versión española emplea la palabra dinar para designar a la moneda romana (denario), siendo el primero el nombre de una moneda árabe.

De todas formas una película no es el fiel reflejo de la historia y no hay que contemplarla con total rigor, aunque puede ser un buen ejercicio intelectual y un complemento de las clases de Historia romana.

El *peplum* como género tiene un discurso propio «con una historia y unos personajes muy distintos a lo que debió ser en sí pero con una gran coherencia interna, coherencia que puede provenir de la pronta utilización de fuentes cinematográficas... por encima de las históricas y arqueológicas» (Cano).

Aunque en honor de esta película hay que exponer que se aleja de la línea habitual que tendía a convertir «la historia de Roma en unos juegos de circo».

EL PRODUCTOR:

La película fue producida por Samual Bronston, rodándose los exteriores en los estudios que había creado en las Matas, en las cercanías de Madrid, donde ya se había rodado «El Cid» (1961) con el mismo director. En la batalla de Oriente, rodada en Manzanares el Real participaron 8.000 soldados del ejército español.

Para el papel de Livio había querido a Charlton Heston para que con

Sofía Loren repitieron la pareja del Cid, pero al fallarle Heston, recurrió al Mesala de *Ben-Hur* (Stephen Boyd).

En el personaje de Cómodo había pensado en Richard Harris, eligiendo finalmente a Christopher Plummer.

En la caracterización de Alec Guiness como Marco Aurelio se tuvo en cuenta la estatua ecuestre de este emperador en el Capitolio.

Finalmente, una de las construcciones más espectaculares fue el foro diseñado por V. Colosanti y J. Moore y que sería aprovechado por Richard Lester para el rodaje de algunas escenas de Golfus de Roma.

EL DIRECTOR:

Junto a la realización de algunos musicales como *Música y lágrimas* y *Serenata*, Mann destacaba por haber realizado algunos westerns famosos como *Winchester 73, Horizontes Lejanos, El hombre de Laramie* y *Cimarrón*. Y esta última experiencia se percibe en algunas escenas, como la carrera de cuádrigas que recuerda algunas persecuciones de diligencias, o los combates en el bosque o la gran batalla, que rápidamente nos retrae a las luchas contra los indios tan usuales en los filmes del Oeste.

CRITICAS:

En el momento de su estreno, Fernando Moreno (1968) realizó una reseña de la que señalamos algunos puntos:

> «En la película hay dos partes perfectamente diferenciadas separadas por el intermedio. La primera, dominada por el emperador Marco Aurelio, cuenta con muchos de los mejores metros de cine que ha hecho en su vida Mann, la segunda, con Cómodo a la cabeza de Roma, es la que parece obra total del señor Bronston. Primera cuestión: el film naufraga en el espectáculo. Primera cuestión, y tal vez, primera lección. Por supuesto que esa primera mitad apasiona y, dentro de lo que se espera del género, sorprende, en tanto que todo lo que viene después aburre tan pronto como hemos visto los mil primeros caballos y los diez mil primeros soldados.
>
> Los guionistas han querido reflejar los últimos dieciséis años del gran Imperio de Roma. Marco Aurelio lo ha llevado a su mayor esplendor. Su volumen humano está descrito magistralmente en media docena de escenas a las que Alec Guiness presta su calidad de actor fuera de serie. Anthony Mann se ha encontrado con un personaje al que no le ha sido difícil comprender: un hombre en el que se dan cita muchas de las virtudes que Mann ha sentido a lo largo de su trayectoria artística: grandeza, humanidad, heroísmo, amor y sencillez. El amplio marco del espectáculo sólo ha servido a Mann para situar a su personaje: la llegada de los reyes nos muestra al César siempre correcto, inteligente, sutil; su primera entrevista con Livio, frente a una naturaleza abierta e impresionante, nos pone ante un César enfermo y preo-

cupado por el Imperio; las escenas con Lucilla, su hija, hablan de la intimidad y el amor del hombre en el marco sobrio de la habitación, a través de cuya ventana se escucha el rumor de un ejército poderoso que todavía no cree en la gravedad de su jefe. Con la llegada de Cómmodo queda planteado el drama, y los cuatro personajes centrales irán envolviéndose en la red de sus propias pasiones: Marco Aurelio comunica a Livio su decisión de nombrarle sucesor del Imperio ante la incapacidad de su hijo Cómodo, con lo que la íntima amistad de los jóvenes —expresada en la escena de la borrachera, una de las más bellas del film— estalla en el desafío de las cuádrigas, al que Mann imprime todo su sentido de la violencia. Los amigos de Cómmodo envenenan al César, y su muerte pone a Roma frente al peligro de un gobierno incompetente. La nieve de un amanecer testifica la incineración de Marco Aurelio; las montañas transmiten el eco de los tambores.

El dúo de amor Livio-Lucilla importa mucho menos que el clima dramático. Mann está mucho más cerca de Livio, el héroe, y de la guerra con los bárbaros, que cercan el fuerte: la avanzadilla por el bosque, la emboscada y la lucha cuerpo a cuerpo nos devuelven al hombre de *La colina de los cascos de acero.* Un hombre que se ha sentido seguro, totalmente inspirado, fuerte, al enfrentarse a personajes enteros, vibrantes y con una naturaleza dramática de incomparable grandiosidad.

En la segunda parte, a Mann se le escapa el film, pero no enteramente por su culpa. Falla también el guión, que si acertó en la figura de Marco Aurelio, no llega a darnos una versión definitiva de Cómmodo. El personaje se diluye en falsas escenas para la galería: la crueldad y el vicio, incluso las dudas sobre su estirpe, han sido presentadas en sus aristas más fáciles. El sentido del tiempo no existe, y los dieciséis años de su Imperio se resuelven en un constante ir y venir de personajes, sin que nunca se sepa de verdad ni a dónde van ni de dónde vienen. Lucilla es como una sombra que aparece para justificar el estrellato de Sophia Loren. Livio y Cómodo se buscan y se odian alternativamente, sólo para dar entrada a las escenas de violencia. De la grandeza del principio sólo llega la gran escena de Timónides con los bárbaros... Con Marco Aurelio no sólo acabó el Imperio, también el film.

Y cuando llegamos al gran momento de la subasta del Imperio Romano no quedan más que unas palabras que gritan millones y una inmensa grúa que se aleja para que podamos ver a la Loren y a Boyd caminando hacia el «happy-end».



Cartel de la película *La caída del Imperio Romano.*

Más interés tendría la famosa reseña de John Francis Lane (1977) en la que, jugando con el título de la película, expresaba cómo sería también el final de la superproducciones basadas en el *peplum* concebidas en un tono épico. Bronston se arruinaría poco después de producir esta película y las posteriores películas de romanos tendría otro tono, como puede ser *Calígula* de Tinto Brass, producida por la revista pornográfica *Penthouse* o *Roma 2072* (1983) o el cómic *Ulises XXX* donde la acción se traslada al futuro por lo que no hay ningún pasado que analizar, no hay historia. Las películas del espacio, como pueden ejemplificarse en *La Guerra de Las Galaxias,* marcarían la nueva dirección de las grandes superproducciones.

FUENTES

Escritores Historia Augusta:

Vida de Hadriano, Marco Aurelio, Cómodo, Lucio Vero, Avidio Casio, Pertinax y Didio Juliano.

Marco Aurelio: Soliloquios.

BIBLIOGRAFIA CINEMATOGRAFICA

A.A.V.V. (1982): «Cine y Educación» en *Cuadernos de Pedagogía* núm. 87, marzo, págs. 3 a 29.

A.A.V.V. (1988): «La novela histórica» en *Historia y Vida* Extra 50.

A.A.V.V. (1983): *La Historia y el cine*, Ed. Fontamara, Barcelona.

A.A.V.V.; C. A. DUPLA - A. IRIARTE (Eds): «El cine y el mundo antiguo». Universidad del País Vasco, Bilbao, 1990.

A.A.V.V.: «Cine épico italiano mudo», en *Nosferatu*, octubre, 1990.

A.A.V.V.: «L'antiguitat animada. El món classic a través de la ficció». *L'Avenç 140*, 1990, págs. 29-52.

CANO P. L. (1973): «Cine bélico sobre la época clásica» en *El Cine* vol. 5, Burulan. Barcelona.

CANO P. L. (1984a): «Roma y el cine» en *Film Guía* núm. 5, diciembre, págs. 7 a 10.

CANO P. L. (1984b): «La Historia de Roma vista por el cine: filmografía» en *Faventia*, 6.

CANO P. L., LORENTE, J. (1985): *Espectacle, amor i martiris al cinema de romans*. Facultad de Filosofía y Letras, Tarragona.

GAREL A. (1976): «Le Peplum», en *La Revue del Cinema, Image et son* 308, págs. 245-257.

HUESO, A. L. (1990): La Roma Imperial: Historia y espectáculo ante todo» en *Historia y vida*, Extra 58, págs. 36-42.

LANE J. F. (1977): «The Decline and Fall of the Roman Film Empire», en *Films and Filming* 23, marzo, págs.

BIBLIOGRAFIA COMPLEMENTARIA

A.A.V.V. (1989): *Griegos y romanos*, Biblioteca de Recursos Didácticos, Alhambra, Madrid.
ELLUL, J. (1970): *Historia de las Instituciones de la Antigüedad*, Aguilar, Madrid.
GUILLEN, J. (1977-1980): *Urbs Roma*, 3 volúmenes. Sígueme, Salamanca.

PROPUESTA DE TRABAJO:

1. La novela y el cine de romanos

a) Comparar ambos géneros, así como las diversas versiones cinematográficas realizadas.
b) El tema de la decadencia de Roma: causas que se exponen en las novelas y películas.
c) *La caída del Imperio Romano:* realizar una crítica cinematográfica.

2. Con textos

a) Expón las versiones existentes sobre la historia antes del reinado de Marco Aurelio y después de la muerte de Cómodo.
b) Estudiar la situación socio-histórica del mundo occidental en la época de la realización de esta película, sobre todo, en los temas referentes a las ideas de progreso o decadencia de los imperialismos contemporáneos.

3. Los personajes

a) Relación de los personajes reales y ficticios. Papel de los «históricos». Las funciones de los personajes «ficticios».
b) Reconstruir los personajes «históricos» a partir de las fuentes literarias. Compararlos con los actores y caracterizaciones.

4. Instituciones romanas

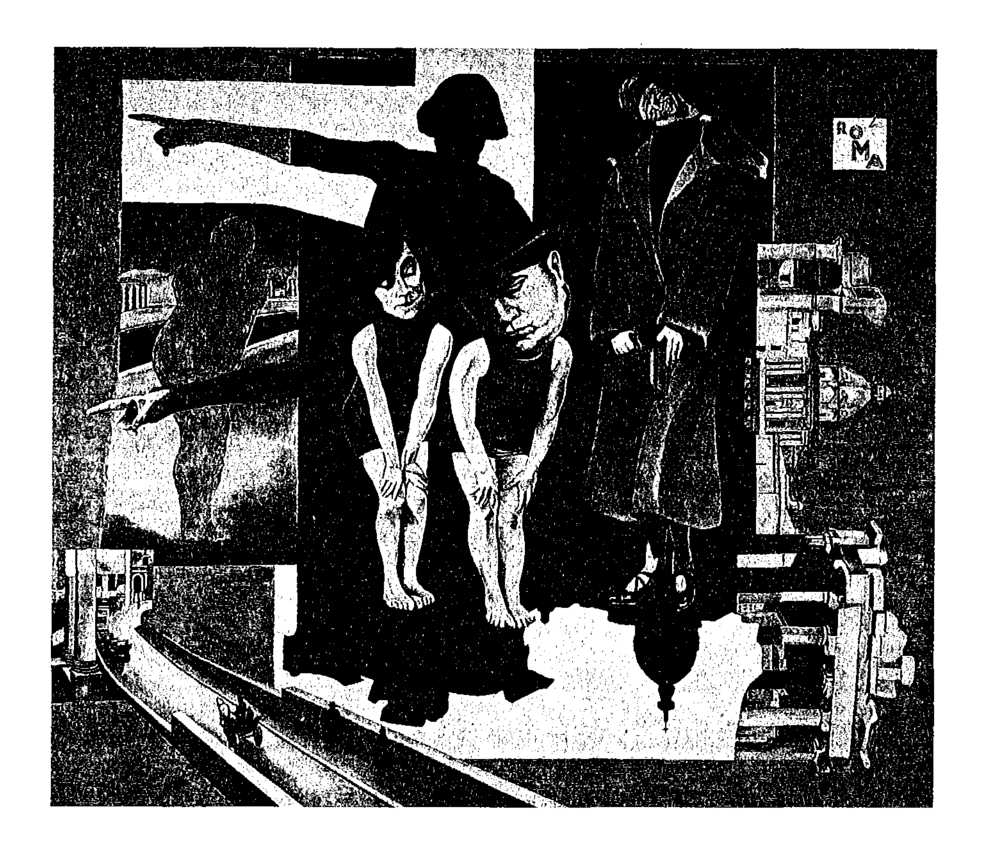
a) Reúne datos sobre las diversas concepciones del poder imperial.
b) Buscar información sobre los sistemas de combate de las legiones romanas y sus campamentos.
c) Colocar sobre mapas los pueblos bárbaros existentes desde fines del siglo II d.C. hasta el 476 d.C.

d) El Foro: busca información sobre los foros romanos y compáralo con el que aparece en la película.
e) Los palacios imperiales.
f) El Senado, su funcionamiento.
g) Las termas, sus partes.
h) La moneda romana, tipos de monedas romanas en el siglo II.

5. Léxico

Establecer un vocabulario de los términos político-sociales que aparecen: senador, cónsul, prefecto del pretorio, liberto, esclavo.

VI. *Antiguos y modernos. A.A.V.V. (1991), Antiguitat I modernitat en l'art del segle XX.*



Hannah Höch

1889, Gotha (Turingia) - *1978*, Berlín.

De niña compone pequeños libros con ilustraciones recortadas. En *1912* se inscribe en la Escuela de Artes Aplicadas de Berlín. *1915*, siendo alumna de Emile Orlik, conoce a Raoul Hausmann, poeta, escritor, filósofo, quien le da a conocer el movimiento Dada. *1916*, realiza sus primeros óleos abstractos, aplicando la técnica del collage a los más variados materiales. Se adhiere al movimiento Dada berlinés. En *1918* compone sus primeros fotomontajes, que serán publicados en el *Dada journal*; creación de muñecas. *1919*, participa en la primera exposición internacional Dada, en el gabinete gráfico de J. B. Neuman en Berlín, y en *1920*, en la primera Feria Internacional Dada, en la galería Otto Burchard, con Arp, Picabia y Ernst. Viaja a Roma a pie. *1921*, gira Dada con Hausmann y Schwitters en Praga. A partir de *1922*, amistad y colaboración con Schwitters para su proyecto *Merz*. En *1925* realiza los decorados y figurines de su proyecto común, con Stuckenschmidt: *L'Anti-Revue*, «ballet sin movimiento». Encuentro con Théo Van Doesburg, Arp, Mondrian y el grupo De Stijl, en el curso de numerosas estancias en París, Italia y Holanda. Importante producción de pinturas y collages. En *1929* vuelve a Berlín y participa en la exposición del Werkbund «Film y foto», que da la vuelta al mundo. *1934*, expone en Checoslovaquia y en La Haya. Retirada, vive los años del nazismo en el norte de Berlín; esconde en su jardín obras de Arp, Schwitters y Hausmann, y también documentos Dada.

A partir de *1945*, numerosas exposiciones personales en Nueva York, Berlín, Milán, Roma y Kassel. En *1947*, reemprende su trabajo. *1974*, exposición en el National Museum of Modern Art, Kyoto. *1976*, retrospectiva en el ARC, Musée d'Art Moderne de la Ville de Paris, y en la Galería Nacional de Berlín.

Heinz Ohff, *Hannah Hôch*, Berlín, 1968.

Barbara Dieterich y Peter Krieger, *Hannah Höch*. Catálogo del ARC, Musée d'Art Moderne de la Ville de Paris, 1976, (p. 280).

Peter Blume

1906, Rusia.

En *1911* emigra con su familia a los Estados Unidos. *1921-1924*. Sigue los cursos de la Educational Alliance y del Beaux Arts Institute of Design, en Nueva York, mientras se gana la vida como aprendiz de litógrafo, joyero, conductor de metro... *1925-1927*, estancias en Maine, Massachusetts, New Hampshire, pinta *Cyclamen, Maine Coast, The Bridge*... *1929*, comienza *Parade*, del que numerosos detalles recuerdan sus visitas y dibujos en el Metropolitan Museum. *1930*, se instala en Connecticut. Primera exposición personal, en la Daniel Gallery, Nueva York. Empieza *South of Scranton*. *1932*, comienza *Light of the World*. Viaja a Italia, Francia y Gran Bretaña, con una beca Guggenheim. *1934*, primer premio Carnegie por *South of Scranton*. Vivas controversias sobre este tema lo llevarán a la celebridad. *1936*, vuelve a Italia con una segunda beca Guggenheim. Pinta *The Enternal City*, recuerdo de Roma y ataque al fascismo. La obra es rechazada en la Bienal de Corcoran, Washington, por razones políticas, pero es expuesta en la Julien Levy Gallery, Nueva York. El



La ciudad eterna

Treasury's Public Building le encarga un mural en Canonsburg. Pennsylvania. 1939, exposición personal, Durlacher Brothers, Gallery, Nueva York.

Godsoe, Robert U., *Peter Blume, a New Vision*. Creative Art, Nueva York, 1932.

Peter Blume, a Retrospective Exhibition. Con introducción de Dennis Adrian, Museum of Contemporary Art, Chicago, 1976, (p. 274).

M. D.

Equipo Crónica

Equipo de artistas valenciano, integrado por Rafael Solbes (Valencia, 1942-1981) y Manuel Valdés (Valencia, 1940). Los elementos de su arte se iniciaron como una superación ética de la frivolidad *pop* y derivaron después —con una gran brillantez de imágenes— hacia formulaciones de tipo satírico en las que conviven elementos iconográficos procedentes de la cultura artística histórica y de la contemporánea. Los dos artistas trabajaron juntos de 1964 a 1981, en que Solbes murió. Valdés continúa trabajando y exponiendo internacionalmente. Vive y trabaja en Valencia. Estuvieron estrechamente vinculados a intelecutales como Tomás Llorens, Valeriano Bozal y Vicente Aguilera Cerni y a artistas como Eduardo Arroyo.

1965. Exponen, por primera vez como Equipo Crónica, en el XVI Salon de la Jeune Peinture.

1966. Primera exposición individual, itinerante, en Italia.

1968. Serie *La recuperación*.

1969. Serie *Guernica*.



1970. Participan en la exposición Kunst und Politik, en Alemania.

1971. Serie Policía y cultura.

1972. Serie *negra*.

1974. Primera exposición antológica en el Lijbaancentrum, Rotterdam, y otra en el Musée d'Art Moderne de la Ville de Paris (itinerante).

1975. Forman parte de la comisión organizadora de la exposición «España, vanguardia artística y realidad social, 1936-1976» para la Bienal de Venecia de 1976. La exposición después será exhibida en la Fundación Joan Miró.

1977. Serie *La trama*.

1978. Series *La partida de billar* y *A manera de parábola*. Escenografía para *Noche de guerra en el museo del Prado* de Rafael Alberti para el Centro Dramático Nacional de Madrid. Colaboración en la película *Camada negra* de Manuel Gutiérrez Aragón.

1979. Serie *Paisajes urbanos*.

1981. Exposición organizada por el Ministerio de Cultura en las Salas Picasso de la Biblioteca Nacional, Madrid. La víspera de la inauguración muere Rafael Solbes.

Tomàs Llorens, *Equipo Crónica*, Ed. Gustavo Gili, Barcelona, 1972.

Equipo Crónica, Ministerio de Cultura, Dir. Gral. de Bellas Artes, Archivos y Bibliotecas, Madrid, 1981.

Equipo Crónica 1965-1981, Ministerio de Cultura, Madrid, 1989.

Janusz Maria Brzeski

1907, Varsovia - *1957*, Cracovia.

Después de haber cursado sus estudios en la Escuela de Artes Decorativas de Poznan, en *1925* obtiene una beca que le permite visitar Italia y París. De vuelta a Poznan, en *1926*, lleva a cabo sus primeros proyectos tipográficos e ilustra libros. En *1928*, con sus estudios terminados, toma parte en la organización de la Exposición Nacional Polaca y trabaja en los proyectos de los pabellones de Poznan y de Silesia. *1929-1930*, estancia en Francia, donde colabora con agencias de diseño gráfico y con el semanario *Vu*. En París realiza sus primeros collages. En el ciclo *Sexe* (dibujos-collage), utiliza recortes y fotografías de la prensa parisiense y se



Dos civilizaciones

burla de las tesis freudianas. De vuelta en Polonia, se instala en Cracovia y colabora en los seminarios del Consortium Illustrowany Kurier Codzienny (IKC), y también realiza fotografías abstractas. Conoce a Kazimierz Podsadecki. Su interés común por la fotografía, el fotomontaje y el film acerca a los dos creadores. En *1931* organizan juntos una exposición internacional de fotografía (la primera consagrada a la fotografía modernista). En *1932*, Brzeski crea el Estudio Polaco de la Vanguardia Cinematográfica (Studio Polskiej Avanguardi Filmowe /SPAF/). Rueda *Prezekroje* (Perfiles) en *1931*, y *Betón*, en colaboración con Podsadecki en *1933*, y realiza montajes fotográficos. En el ciclo *El nacimiento del robot, 1933*, se opone a la mecanización y automatización de la vida humana. Se interesa por la pintura y desde *1933* es miembro del grupo «Jednoróg» (El Unicornio). *1935*, estancia en Bélgica y en Holanda. A su regreso en Polonia prosigue su actividad plástica y se inicia en la crítica. Durante la Segunda Guerra Mundial una gran parte de su obra es destruida. Después de la guerra es consejero en el Ministerio de Cultura y Bellas Artes, en el sector de Ediciones artísticas. Toma parte en la organización de la cooperativa de edición Czytelnik y colabora en las publicaciones y ediciones de Cracovia realizando numerosos proyectos de compaginación.

J. Zagrodzki, Der polnische antiprofessionelle kunstlerische Film (editor), *Film als Film - 1910 bis heute,* Kolnischer Kunstverein, Colonia, 1977, pág. 105.

J. Brzeski, K. Podsadecki, Z pogranicza plastyki i flmu (En el límite del arte plástico y del film). Catálogo de exposición, Museo Sztuki, Lodz, 1980, (p. 274s).

M. D.

Propuesta de trabajo:

a) Compara entre sí los cuadros 1 y 2 y destaca en ellos los rasgos en los que se definen la antigüedad.
b) Confronta los anteriores aspectos con los elementos y temas modernos que aparecen.
c) Realiza un estudio comparativo de todas las visiones de Roma que aparecen en las fotos de este libro.
d) Relaciona la obra de cada uno de estos pintores con la época histórica en que se realizaron estos cuadros.
e) Compara entre sí los cuadros 3 y 4 y resalta en ellos la relación entre la antigüedad y la idea de progreso.
f) Realiza para estos cuadros el comentario expuesto en el punto d.
g) Acude al Museo o Museos de Arte Moderno que haya en tu ciudad y realiza un estudio sobre la visión de la antigüedad que presentan los cuadros.

Bibliografía

A.A.V.V. (1991), Antiguitat/modernitat en l'art del segle XX, Fundació Joan Miró, Barcelona.

Como elementos complementarios pueden servir los diversos comentarios realizados a lo largo del libro, especialmente la introducción.

Bibliografía

ALTHEIM, F. (1971): *El Imperio hacia la medianoche*, Ed. Eudeba. Buenos Aires.

ANDERSON, P. (1979): *Transiciones de la Antigüedad al Feudalismo*. Ed. S. XXI, Madrid.

ARCE, J. (1982): *El último siglo de la España romana: 284-409*, Alianza Ed., Madrid.

ARCE, J. (1988): *España entre el mundo antiguo y el mundo medieval,* Ed. Taurus, Madrid.

BARBERO, A.; VIGIL, M. (1974): *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista*, Ed. Ariel, Barcelona.

BARBERO, A.; VIGIL, M. (1978): *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, Ed. Crítica, Barcelona.

BARIDON, M. (1976): *Gibbon et le Mythe de Rome*, París.

BARIDON, M.; CLAVEL-LÉVÊQUE, M. (1977): *Rome, Gibbon et deux siecles de plus*. La Pensée.

BERNARDI, A. (1973): «Los problemas económicos del Imperio Romano», en *La decadencia económica de los Imperios*. Alianza Ed. Madrid.

BIANCHI BANDINELLI (1981): *Del helenismo al medievo*, Ed. Akal, Madrid.

BIANCHI BANDINELLI (1971): *Roma. El fin del arte antiguo*, Ed. Aguilar, Madrid.

BLOCH, M. (1976): «Cómo y por qué terminó la esclavitud antigua» en *La transición del esclavismo al feudalismo*, Ed. Akal, Madrid.

BOAK, A. E. R. (1955): *Manpower Shortage and the Fall of the Roman in the West* Londres.

BONNASSIE, P. (1985): «Survie et extinction du régime esclavagiste dans l'Occident du haut moyen âge (IV-XI s.)», en *Cahiers du civilisation médiévale*, XXVIII.

BRAVO, G. (1983): «La relativa importancia de los conflictos sociales tardo romanos en relación con los diferentes esquemas de transición», *Klío*, 65.

BROWN, P. (1971): *The World of Late Antiquity. From Marcus Aurelius to Muhamad*, London.

CALDERINI A. (1949): *I Severi. La crisi dell'Impero Romano nel III secolo*, Bolonia.
CHRIST, K. Editor, (1970): *Der untergang der Römischen Reicher*, Darmstadt.
DOCKES, P. (1979): *La libération médievale*. París.
FERNÁNDEZ UBIÑA, J. (1982): *La crisis del siglo III y el fin del mundo antiguo*, Ed. Akal, Madrid.
FERRILL, A. (1989): *La caída del Imperio Romano*, Ed. Edaf, Madrid.
FINLEY, M. I. (1973): «La mano de obra y la caída de Roma», en *La decadencia económica de los imperios*, Alianza Ed., Madrid.
FINLEY, M. I. (1976): «La cuestión demográfica», en *La transición del esclavismo al feudalismo*, Ed. Akal, Madrid.
FRANK, T. (1916): «Race mixture in the Roman Empire», en *American Historical Review*, 21.
GARCÍA MORENO, L. (1975): *El fin del reino visigodo de Toledo*, Universidad Autónoma, Madrid.
GIBBON, E. (1984): *Historia de la decandencia y ruina del Imperio romano*, 6 vols. Turner, Madrid.
GOFFART, W. (1980): *Barbarians and Romans a.d. 418-584. The techniques of Accomodation*. Princeton.
HÜBINGER, P. E., Editor (1969): *Kulturbuch oder Kulturkontinuität im Übergang von der Antike zum Mittelalter*, Darmstadt.
HÜBINGER, P. E., Editor (1969): *Zur Frage der Periodengrenze zwischen Altertum und Mittelalter*, Darmstadt.
HUNGTINTON, E. (1917): «Climatic Change and Agricultural Exhaustion as elements in the Fall of Rome», *Quaterly Journal of Economics*, 31.
JONES, A. H. M. (1964): *The Later Roman Empire 284-602*, Oxford.
KOVALIOV, S. I. (1976): «El vuelco social del siglo III al V en el Imperio Romano de Occidente» en *La transición del esclavismo al feudalismo*, Ed. Akal, Madrid.
LOT, F. (1956): *El fin del mundo antiguo y el comienzo de la Edad Media*, Ed. Uteha, México.
MAC MULLEN, R. (1988): *Corruption and the Decline of Roma*, Yale.
MARROU, H. I. (1980): *¿Decandencia romana o antigüedad tardía?*. Ed. Rialp, Madrid.
MAZZA, M. (1973): *Lotte sociale e restaurazione autoritaria nel III secolo d.C.*, Roma-Bari.
MAZZARINO, S. (1951): *Aspetti sociali del quarto secolo*, Roma.
MAZZARINO, S. (1961): *El fin del mundo antiguo*, Ed. Utheha, México.
MAZZARINO, S. (1974 y 1980): *Antico, tardo antico ed era constantiniana*, 2 vols. Bari.
MAZZARINO, S. (1976): *L'Impero Romano*, Roma-Bari.
MAZZARINO, S. (1976): «¿Se puede hablar de revolución social, al fin del mundo antiguo?» en *La transición del esclavismo al feudalismo*, Ed. Akal, Madrid.
MEYER, S. (1955): *El historiador y la Historia antigua*. Fondo de Cultura Económica, México.
MOMIGLIANO, A. (1954): «Gibbon's contribution to historical Method» en *Historia*, 2.
MOMIGLIANO, A. (1969): «L'Età del traspaso fra storiografia antiga e storiografia medieval (350-550 d.c)» en *Rivista storica italiana*, 81.

MOMIGLIANO, A. (1978): «After Gibbon's Decline and Fall», en *Annali della Scuola Normale Superiore di Roma*, VIII.
MONTESQUIEU, O. (1962): *Grandeza y decadencia de los romanos*, Espasa Calpe, Madrid.
MUSSET, L. (1967): *Las invasiones*, Labor, Barcelona.
PIGANIOL, A. (1970): «The causes of the Fall of the Roman Empire» en *Journal of General Education*, 5.
PIRENNE, H. (1937): *Mahomat et Charlemagne*, París.
PINYOL, J. (1984): «La caiguda de Roma i el benestar dels provincials», en *Estudios de la Antigüedad*, I.
PRIETO ARCINIEGA, A. (1976): En torno a una lectura de la crisis del Imperio Romano: Del cristianismo a la ilustración» en *La transición del esclavismo al feudalismo*, Ed. Akal, Madrid.
REMONDON, A. (1967): *La crisis del Imperio Romano. De Marco Aurelio a Anastasio*. Barcelona.
ROSTOVTZEFF, M. (1962): *Historia social y económica del Imperio Romano* 2a, Ed. Madrid.
ROSTOVTZEFF, M. (1930): «The Decay of the Ancient World and its economic explanations» en *Economic Historic Review*, 3.
SALRACH, J. M. (1987): «El procés de feudalització (segles III-IX)» en *Història de Catalunya*, Ed. 62, Barcelona.
SALRACH, J. M. (1988): «El creixement altmedieval i l'altra transició», en *L'Avenç*, 120.
SESTAN, F. (1962): «Tardo antico e alto medievale: difficultà di una periodizzazione», en *Settimana di Studio del Centro italiano di studi sull'alto medievo*, IX, Spoleto.
STAERMAN, E. M. (1964): *Die Krise der Sklavenhalterordung im Westen des römischen Reiches*, Berlín.
STAERMAN, E. M. (1976): «La caída del régimen esclavista», en *La transición del esclavismo al feudalismo*, Ed. Akal, Madrid.
UDALTZOVA, S. V.; GUTNOVA, E. V. (1976): «La génesis del Feudalismo en los países de Europa» en *La transición del esclavismo al feudalismo*, Ed. Akal, Madrid.
VOGT, J. (1968): *La decadencia de Roma*, Ed. Guadarrama, Madrid.
VOLTAIRE (1959): *ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, Hachette, Buenos Aires.
WALBANK, F. W. (1978): *La pavorosa revolución. La decadencia del Imperio Romano de Occidente*. Alianza Ed. Madrid.
WEBER, M. (1976): «La decadencia de la cultura antigua. Sus causas sociales», en *La transición del esclavismo al feudalismo*, Ed. Akal, Madrid.
WESTERMAN, W. L. (1915): «The Economic Basis of the Decline of Ancient Culture» en *American Historial Review*, 20.
WHITTAKER, O. R. (1976): «Agri deserti» en *Studies in Roman property Cambridge*.